



Destinados

SARAH SUMMERS

DESTINADOS
SARAH SUMMERS

Título: Destinados.

© 2019 Sarah Summers.

De la edición y maquetación: 2019, Roma García.

De la composición de la cubierta: 2019, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

NOTA DE LA AUTORA

Lo primero de todo muchísimas gracias por tener este libro entre tus manos. Me ha llevado mucho tiempo terminar mi primer libro y estoy muy contenta de que otras personas puedan leerlo y que lo disfruten de principio a fin como hice yo al escribirlo.

Quiero agradecer a todos los que han estado a mi lado apoyándome. Gracias a vosotros nunca me rendí y seguí escribiendo.

Espero que os guste.

Capítulo 1

MEREDITH

No entendía nada de lo que estaba pasando. Apenas tenía diez años cuando mamá me dejaba en casa de la vecina para jugar con su hija Desy. Ella también tenía mi edad y por ello congeniamos tan bien. Aquella fatídica noche me tuve que quedar en su casa a dormir y, como siempre, lo pasé muy bien.

A la mañana siguiente, mamá llegó a casa de Desy para recogerme. Llevaba un vestido negro y largo. Su rostro parecía demacrado, demasiado blanquecino en comparación con el color tostado de su piel. Nunca la había visto tan triste y apagada.

—Gracias, Irene —le dijo a la mamá de Desy agarrándome de la mano—. Ahora tendré que hablar con ella.

Su voz era melancólica y muy fría. Me daba miedo. Dije adiós con la mano a Desy y llegué a casa medio a rastras porque mamá caminaba muy deprisa y no podía seguir bien su ritmo.

—¿Dónde está papá? —pregunté cuando vi que no estaba en casa.

Vivíamos en una casa de madera alejada de la ciudad. Todo a nuestro alrededor era campo y tierras de cultivo. Teníamos hasta un establo con gallinas y de ellas comíamos los huevos y el pollo; claro que yo todo esto con diez años aún lo sabía, si no me hubiera dado algo al pensar que aquellos pollitos a los que yo daba granos de maíz llegaban a mi paladar; pero no tardé mucho en enterarme de eso y de muchas cosas más...

Es interesante ver lo fácil que es vivir en la ignorancia cuando somos pequeños.

Mamá se echó a llorar cuando pregunté por papá. No le encontraba por ningún lado. ¿Qué pasaba? Mi ignorancia era absoluta.

—Mamá... —le agarré de la mano sin entender qué le ocurría.

Parecía una estatua, pero entonces se agachó adecuándose a mi aún

pequeña estatura y dijo entre sollozos:

—Meredith, cariño. Papá... Papá ha tenido un accidente con el coche —rompió a llorar de nuevo.

¿Un accidente? ¿Se habrá hecho daño?, pensé tan ilusa.

—Pero mamá, ¿ya le has curado, no? Cuando yo tengo accidentes tú me curas las heridas siempre. Mira, ésta de aquí... —me señalé la rodilla donde antes tuve una gran brecha al cortarme con un cristal roto, pero mamá no me dejó explicarme y me interrumpió.

—Meredith, papá se ha ido al cielo, cariño. Ya no volverá...

Sí, eso fue lo que mamá me dijo aquel día. ¿Cómo decirle a una niña de diez años que su padre ha muerto? ¿Que no volverá a verle nunca más? ¿Que nunca podrá darle un abrazo o desearle buenos días por las mañanas? Ahí no conocía lo que mucha gente llama “destino”. Pero ahora sé que existe y también sé que papá había llegado al suyo aquel día.

A partir de esa mañana todo cambió. Mamá enfermó gravemente a los pocos meses y yo no tuve más remedio que dejar el colegio y encargarme de cuidarla, además de hacer las tareas de casa, claro está. Con diez años aprendí a cocinar lo más sencillo, también a fregar, coser, barrer, limpiar el establo y todo lo que conllevaba. Sin embargo, siempre tuve la ayuda de mis dos fieles amigas y vecinas: Nina y Desy.

Nina era conocida en el barrio por ser la única pelirroja del lugar, su melena rojiza y lisa era perfecta y brillante, siempre la llevaba bien cuidada. Sus ojos azules como el cielo y su piel blanquecina le hacían parecer aún más perfecta, como si fuera una muñeca de porcelana. Desy, al contrario, era de tez morena. Su larga y castaña melena ondulada caía tras su espalda hasta casi llegar a sus caderas. Sus ojos marrones verdosos eran preciosos. La verdad es que tenía unas amigas guapísimas. Yo, en cambio, nunca me había preocupado mucho por mi aspecto. No era algo que entrara dentro de mis prioridades. Mis ojos eran claros y mi pelo castaño era lacio. No lo llevaba ni muy largo ni muy corto. De todas formas, casi siempre solía recogerme el pelo en una coleta alta o en un moño. Me molestaba cada vez que tenía que hacer las tareas de la casa. Nina y Desy vivían cada una a un lado de mi casa. Ellas sí que podían ir al colegio de la ciudad y me contaban muchas cosas interesantes cada vez que las veía. Fue gracias a ellas cuando aprendí lo que era la verdadera amistad.

Pasaron cuatro años. Cuatro años en los que puedo asegurarnos que maduré, me sentía adulta con tan solo catorce años. Crecí y me hice fuerte, muy fuerte. La responsabilidad es lo que hace que llegues a madurar, como lo hice yo. Creo que la madurez no tiene una edad fija, solo llega cuando tú quieres que llegue. O a veces, como me pasó a mí, no tuve otra opción que madurar a una edad temprana.

Yo para nada aparentaba la edad que tenía, era alta y tenía un rostro serio e inusual para las niñas de mi edad. Tampoco había pasado mis últimos años jugando en la calle con el resto de niños, por lo que desconocía todo aquello. Mamá seguía cada vez más enferma. Estuvo cuatro años en cama, no podíamos pagar ningún tipo de operación médica porque se pasaba de nuestro presupuesto, por lo que el dinero que teníamos guardado de papá lo gastamos para contratar un médico privado que visitara a mamá todos los días. Tenía fe en que mamá saliera adelante, pero el destino también le llegó a ella... Sí, ese destino del cual nadie puede escapar.

Tras la pérdida de mamá lloré, claro que lloré, el ser madura también te permite mostrar tus sentimientos. Tuve que vender nuestro hogar y nuestras tierras para tener algo de dinero. Pero ahí no acaba todo, al ser menor de edad no podía emanciparme así que Irene decidió adoptarme. No tenía otro familiar que pudiera encargarse de mí. Mis padres eran hijos únicos y mis abuelos eran demasiado mayores como para hacerse cargo de una niña.

Capítulo 2

Me costó poco adaptarme a mi nuevo hogar, ya que había pasado la mitad de mi infancia junto a Irene y su hija Desy.

Fue una noche de verano viendo la televisión mientras cenábamos cuando me di cuenta de que el destino no sólo se refería a cuando te llega la hora de abandonar a tus seres queridos sino que también está relacionado con el amor. Supe que existía el amor a primera vista gracias a la televisión. Sí, la televisión tuvo la culpa de todo.

—¡Oh, mira! —señaló Desy la pantalla—. Mami, sube el volumen.

Estaban echando en directo un concierto de un grupo para mí entonces desconocido. Jamás vi la televisión en mi casa porque nunca llegué a tener una así que siempre que venía a casa de Desy no hacía más que verla pero nunca antes había escuchado a aquel grupo que tocaba en aquellos momentos en directo desde nuestra capital: Berlín. El grupo tenía como nombre *4Kats*. Pude comprobar que no tenían demasiado público, ¿estarían comenzando? Por lo visto sí, los cuatro componentes parecían bastante jóvenes. Diría que tenían cerca de nuestra edad o quizás un poco más.

—¡Ah, mira! ¡Van a tocar en Leipzig! —gritó Desy emocionada mirando a su madre—. ¡Porfa, mami! Vienen aquí a tocar, ¿podemos ir?

Irene sonrió.

—Creo que puedo conseguir entradas gratis.

Desy abrazó a su madre con fuerza y yo sonreí al recordar las veces que había abrazado a la mía. Había pasado casi medio año desde su fallecimiento, pero todavía la recordaba. Es imposible olvidar a una persona que lo ha significado todo para ti.

Irene trabajaba de relaciones públicas en el centro de Leipzig y tenía muchos contactos por lo que sería fácil conseguir aquellas entradas. Fijé de nuevo la vista en la televisión para observar a los componentes de *4Kats*: había un cantante principal, bajito, moreno, con un flequillo tieso hacia abajo

tapándole un ojo, vestía muy de negro y tenía los ojos maquillados de negro; tenía un look muy particular. El chico que tocaba el bajo era corpulento, de pelo largo, lacio y castaño, al menos le llegaba a los hombros. El otro chico tenía rastas rubias que le caían sobre los hombros, vestía con ropas anchas, dos veces la que sería su talla. Además, pude localizar un par de tatuajes que adornaban sus brazos. La verdad es que tocaba genial. Cuando la cámara le acercó la cara pude comprobar ese *piercing* de aro que tenía en el labio inferior tan llamativo y sexy. El batería era un chico rubio de pelo corto, menudo pero con fuertes brazos de tanto ejercer de batería.

Irene tardó un mes en conseguirnos las entradas y en ese mes se lo comentamos a Nina que enseguida nos mostró un disco del grupo que ella ya se había comprado tiempo atrás. Nos contó que ya los conocía de antes y nos habló un poco sobre ellos: Stefan era el cantante, un chico al parecer tierno y sensible. Marcus era su hermano gemelo (aunque yo no encontraba ningún parecido físico). Este chico era conocido por no dejar de hablar de sexo y de contar anécdotas sobre cómo suele ser el que más liga con las fans. Luego estaba Jon, el bajista e impuntual, además de chistoso y también con el don de ligar con sus fans. Por último estaba el batería, un chico llamado Martin algo reservado, pero muy amigable. Este grupo fue dejándose conocer poco a poco por el resto del pueblo y muchas de las chicas no dejaban de hablar del concierto que estaban por dar por fin en nuestra ciudad por vez primera.

Capítulo 3

Irene consiguió tres entradas para que Nina, Desy y yo fuéramos juntas. El día anterior al concierto estábamos de los nervios, tanto que a Nina se le ocurrió la absurda idea de hacer una apuesta a cumplir a quien le tocara. Nunca antes podría haber imaginado todo lo que conllevaría aquella apuesta que comenzaría como un simple juego y terminaría como mucho más que ello. Tanto que haría cambiar mi vida para siempre.

—Bien, a la que le caiga esta piedrecita en la cabeza tendrá que cumplir la apuesta.

—Espera, espera —le interrumpió Desy—. ¿Cómo dices que vamos a entrar a la fiesta privada?

Por lo que tenía entendido, normalmente *4Kats* hacía una fiesta después del concierto para celebrarlo y sabíamos el lugar, ya que Nina lo había estado buscando en Internet días atrás.

—Nos colaremos —sonrió—. Me conozco la entrada secreta. Bien, ¿la tiro ya? —mostró la piedrecita que tenía en la mano.

—Un momento —volvió a interrumpir Desy lo que hizo que Nina suspirara—. ¿Y cómo sabremos que habrá cumplido la apuesta?

—Es Marcus —mostró una sonrisa picarona dándose por satisfecha con su respuesta—. Y nos conocemos bastante bien, sabremos al instante si la ha cumplido o no.

Bien, antes de contar a quién le tocó la piedrecita os diré en qué consistía la apuesta: a quien le cayera la piedra tenía que acercarse a Marcus en la fiesta y conseguir acostarse con él. Sí, era una apuesta un tanto alocada, ¿verdad? Pero Nina nos aseguró que Marcus era bastante fácil. Al parecer era famoso por tener relaciones sexuales con sus fans, o eso iba diciendo en las entrevistas. Mis amigas estaban más que decididas a intentarlo porque ya habían tenido relaciones con otros chicos del colegio, pero yo... Yo pasé toda mi infancia sin pisar la escuela y no pude relacionarme con ningún chico lo

que hacía que me sintiera algo insegura. Aún así, no podía mostrarme débil ante ellas porque no quería parecer una cobarde. Por supuesto acepté la posibilidad de que me tocara. Por cierto, ¿recordáis cuando dije que no había edad para madurar? Bien, pues en mi barrio tampoco había edad para tener relaciones sexuales. A los catorce años casi todas mis vecinas ya habían tenido el más mínimo roce físico con chicos.

Excepto yo.

Nina lanzó la piedra en ese instante hacia arriba para que cayera sobre nuestras cabezas, y cerré los ojos con fuerza cuando sentí de repente un golpecito en mi cabello.

—¡Te ha tocado, Meredith! —exclamó Nina, ilusionada—. ¡Qué suerte! ¡Espero que la cumplas porque si no te arrepentirás!

Desy me miraba con algo de desconfianza. ¿No estaría pensando que por no haber salido con ningún chico me iba a rajar? Porque de ninguna manera iba a echarme atrás.

—Por supuesto que la cumpliré —sonreí muy segura de mí misma—. ¡Haré que os muráis de la envidia!

Nina me animó bastante, en cambio Desy estaba algo más distante. Pero su comportamiento no me preocupó en absoluto porque iba a demostrarle que era como ellas.

*

El concierto fue alucinante, eran buenísimos sobre el escenario. Además, en persona eran aún más atractivos. Yo no pude dejar de mirar a Marcus durante toda la actuación. Aquel guitarrista sería sólo mío aquella noche. Cuando terminaron, corrimos hacia el local donde harían la fiesta. Para cuando llegamos, ellos ya debían de estar dentro porque nosotras fuimos caminando y ellos en un autobús privado por lo que tenía entendido.

—Es por aquí —señaló Nina una puerta que daba a la parte de atrás del local.

—¿Seguro que no nos verá nadie? —pregunté algo insegura.

—Nadie —nos aseguró abriendo la puerta de metal haciéndola rechinar un poco.

—¿Y si nos preguntan dentro quiénes somos? —preguntó Desy esta vez.

—Diremos que somos invitadas del *Meet & Greet*.

Yo no tenía ni idea de qué era un *Meet & Greet*, pero Nina nos explicó enseguida que es un pase que pueden ganar las fans para conocerles en persona.

Una vez en su interior crucé los dedos. Todo debía salir bien.

Nos adentramos entre el gentío hacia una sala abarrotada de adultos y jóvenes.

—Madre mía... ¡Están ahí! —exclamó Nina agarrándonos a ambas de la manga mostrando su nerviosismo y emoción.

Desy y yo miramos hacia el frente; los componentes de *4Kats* estaban a menos de diez pasos. Reconocí inmediatamente a los cuatro chicos que hablaban tranquilos con una copa en la mano.

—Vamos a la barra a pedir algo —dijo Nina arrastrándonos con ella.

Nina era bastante sabionda e hiperactiva y no le daba ningún corte nada de lo que hacía, como podéis ir comprobando. Pidió tres cubatas mostrando un documento falso que consiguió tiempo atrás al hacer otra de sus travesuras. Por suerte le sirvieron sin miramientos. Íbamos tan arregladas y maquilladas que nadie podía averiguar que nada más teníamos catorce años. Incluso llevaba unos tacones de mi madre, tuve que llevarlos por casa un tiempo para practicar con ellos. Era la primera vez que llevaba tacones por la calle.

Nina nos dio dos copas cargadas de alcohol. También era la primera vez que tenía algo de alcohol en mis manos. Di un sorbo y...

—¡Puaj! —escupí al suelo—. ¡Está asqueroso! —dejé la copa en la barra de inmediato.

El camarero me miró con rareza.

—¿Estás tonta? —me susurró Nina, asustada—. No te comportes como una cría. Los mayores de edad beben alcohol, ¿vale?

—Pero... —me intenté quejar.

—¡No, Meredith! ¡Bebe! —agarró mi copa y me la volvió a dar al tiempo que sonreía al camarero para mostrar que todo estaba en orden y no había ningún problema con la bebida.

Entonces miré a Desy. Ella, al ver que no tenía otra, también bebía de su cubata dando pequeños sorbos. Nina sonrió y se terminó la suya en cinco minutos.

—Bueno chicas, llegó la hora de pasar a la verdadera acción.

Nos agarró a ambas del brazo y tras soltar nuestras copas medio vacías nos arrastró hacia los chicos de *4Kats* que seguían en la barra charlando. Nina no

parecía cortarse un pelo y, sacando pecho (era la que más tenía para mostrar), dio un suave golpecito en el hombro de Jon que era el único que nos daba la espalda. El joven se giró de repente y nada más repasarnos a las tres de arriba abajo con la mirada dijo:

—Pero qué bellezas tenemos aquí —sonrió, flirteando.

—¿Quiénes sois? —preguntó Stefan acercándose a nosotras mientras sujetaba su copa medio vacía. Su ojo derecho era el único que quedaba al descubierto debido a su flequillo que tapaba ligeramente el otro.

Mientras Nina les contaba una pequeña mentirijilla, yo miraba a Marcus embobada. Éste, que se encontraba detrás de Jon, daba sorbos a su copa al mismo tiempo que no dejaba de mirarme, y no a los ojos precisamente.

—¿Y qué tal os pareció el concierto? —preguntó Martin.

—¡Genial! ¡Sois auténticos! —exclamó Nina, quien no paraba de mostrar cualquier interés por ellos.

—¿Y vuestros nombres son...? —preguntó Marcus esta vez, humedeciéndose el labio inferior con la lengua rápidamente.

¡Madre mía! ¡Este chico sí que sabe llamar la atención!

—Yo soy Nina —se señaló con el dedo—. Y ellas son mis vecinas y amigas de toda la vida: Desy y la dulce Meredith —ablandó el tono de voz al nombrarme.

—Bonitos nombres —dijo Stefan desviando la mirada hacia Desy. Ésta última sonrió colocándose un mechón de pelo tras la oreja tímidamente.

—Y, bueno... ¿Podemos quedarnos con vosotros o sois de los típicos que quieren a sus fans para solo un rato? —bromeó Nina mirando expresamente a Marcus.

El chico sonrió de forma pícaro y contestó, no antes de dar el último sorbo a su copa.

—Yo me considero más de los últimos, ¿alguna se ofrece?

¡Qué directo!, pensé enseguida tragando saliva.

Imaginaba que iba a tener tiempo para prepararme, pero la respuesta tan directa de Marcus hizo que Nina reaccionara de inmediato y me empujara contra el chico. Éste colocó su brazo sobre mi cadera y me arrastró junto a él.

—Nos vemos, chicos —se despidió tocándose la visera de la gorra que llevaba puesta.

Miré a Nina y Desy una última vez. Nina sonreía al tiempo que me guiñaba un ojo mientras que Desy sólo se preocupaba de mirar a Stefan, ya que era su

favorito.

Capítulo 4

Y a partir de aquí es cuando mi vida comenzó a cambiar radicalmente. Es impresionante lo bien que recuerdo cada detalle de lo ocurrido. Nunca he tenido buena memoria, pero esa noche y todo lo que ocurrió a raíz de ella me hace sentir como si pudiera revivir todos aquellos momentos de nuevo...

*

Marcus me va guiando entre la multitud que le saluda sin cortarse un pelo, nadie pregunta por qué lleva de la mano a una chica. Subimos unas escaleras algo apagadas y llegamos hasta una puerta.

—Espera —me suelta de la mano y saca una llave que encaja perfectamente en la pequeña cerradura.

No voy a negar que los nervios me corrían por cada parte de mi cuerpo, pero debo intentar no mostrarlos si no Marcus podría pensar que sólo era una niña y no lo era para nada. La niñez ya la había dejado muy atrás. Puedo comprobar que estamos en un pequeño cuarto amueblado por una cómoda cama, una mesita de noche y un armario. Al parecer el local era también un hostel.

Respiro hondo cuando Marcus se tumba en la cama mirando al techo, gira la cara hacia mí y señala un lado de la cama diciendo:

—No tengas vergüenza que conmigo no existe, ¿eh? Además, debes sentirte afortunada de estar aquí conmigo, ¿no crees?

Trago saliva asintiendo como tonta. Como una muda tonta mejor dicho porque no salen palabras de mi boca.

Mientras Marcus se acerca a mis labios pienso una y otra vez que debo hacerlo, es una apuesta y tengo que cumplirla. ¡Además, miles de chicas no se lo pensarían dos veces si estuvieran en mi lugar! Claro que... No puedo quitarme de la cabeza que aún soy virgen. ¿Duele la primera vez? ¿Debo

decirle que nunca antes he estado con un chico? ¿Que nunca antes he besado a nadie?

Vale, retiro lo dicho. Ya estoy dando mi primer beso...

Siento sus carnosos y húmedos labios contra los míos. Comienza suave, pero luego va introduciendo su lengua en mi boca. No sé si se ha percatado de mi falta de experiencia pero intento que no se note. Por tanto, de un impulso me atrevo a pasar mi mano sobre su cálido cuello lo que hace que Marcus reaccione al contacto y pose su mano sobre mi cintura. Poco a poco voy dejando los nervios atrás. El ambiente va calentándose más y más. Noto cómo va subiendo mi camiseta lentamente.

Me da un escalofrío.

—Déjate llevar... —me susurra entreabriendo los labios contra los míos.

Cierro los ojos haciéndole caso. Me quita la camiseta y el sujetador de una vez e intento entonces quitarle la suya, pero al ser demasiado larga no encuentro el final. ¡Qué vergüenza cuando Marcus se da cuenta de mi intención y me agarra la mano guiándome hasta el final de su camiseta para ayudarme!

Respiro hondo y suspiro.

Gracias a Dios consigo entonces subirle la camiseta hasta la cabeza y se la quito. Tiene un cuerpo perfecto, nada que decir de los abdominales. ¡¡Está buenísimo!! Su *piercing* sigue rozando mis labios y nuestras respiraciones van siendo cada vez más rápidas y notorias. Sus fuertes brazos llenos de tatuajes me abrazan para no dejarme escapar. Comienza entonces con mis pantalones, los va bajando con suavidad, sin problemas. De seguido sigue con mis braguitas. Marcus se baja esta vez los pantalones sin solicitar mi ayuda.

Estamos ahora completamente desnudos. Siento que voy a explotar del calor que producen nuestros cuerpos. Marcus se coloca encima de mí en un segundo. En este momento rezo para que no me duela. Todo está yendo la mar de bien y no puedo dejar que se dé cuenta de que soy virgen. Lo estropearía todo en el último momento. Además, ya es demasiado tarde para decirlo. Noto poco a poco como se adentra en mí muy despacio. Entonces siento un ligero pinchazo. No me duele y enseguida cogemos el ritmo. Le miro el rostro; tiene los ojos cerrados y me besa los labios sin parar al mismo tiempo que sigue acariciando todos los rincones de mi cuerpo. Parece estar disfrutando como un enano y para qué mentir... Yo también

Ya está. Lo he hecho. Lo he conseguido. ¡Ya soy como Desy y Nina! Bueno, no. Soy mucho más que ellas, porque *yo* he tenido sexo con Marcus Ackerman.

Ahora deben ser ellas las que me tienen que envidiar a mí. ¿No creéis?

Marcus me acompaña hasta la puerta aunque mientras nos vestimos no se le ocurre otra cosa que hacerme una pregunta un tanto inesperada.

—Por cierto, ¿qué años tienes? —dice mientras se abrocha el cinturón.

Pienso rápidamente en la respuesta. Si le digo la verdad quizá pueda traerme problemas. Sólo tengo catorce años.

Vale, tengo que mentir.

—Dieciocho —suelto de repente. ¿Me he pasado quizás? Porque su cara es realmente de asombro.

—¡Vaya! Que sepas que eres la primera de dieciocho con la que me acuesto —se mira a un espejo pequeño colocándose la gorra sobre sus rastas—. Así que siéntete más afortunada aún.

—Quizá tú deberías sentirte más afortunado, ¿no crees? —no puedo evitar sonreír mientras le miro a través del espejo.

Me sonrío desde el reflejo y se gira para acercarse de nuevo a mis labios y besarme con tranquilidad y por última vez seguramente.

—Me has caído bien, fijate —ríe un poco y se acerca a la puerta para abrirla dejándome salir antes que él.

Qué caballero, pienso después de todo.

Marcus me sigue por las escaleras. No puedo creer que me haya creído. ¡Piensa que tengo dieciocho años! ¿Los aparento de verdad? Porque nunca antes me lo habían dicho.

Hemos llegado de nuevo al piso inferior donde sigue la música y la diversión. Encontramos a Desy y Nina en mitad del local bailando a lo loco con Jon y Stefan. Diviso entonces a Martin aún en la barra, en el mismo lugar donde les encontramos al llegar, no parece divertirse demasiado ahí solo. Marcus me grita al oído que se va con Martin a tomar una copa, asiento con la cabeza y me vuelve a gritar que vaya con ellos que me invita a una pero rechazo la invitación. No vuelve a insistir y le sigo con la mirada. Va abriéndose paso entre la multitud rozándose con las chicas que bailan de por medio hasta que llega a la barra con su amigo Martin. ¿Que por qué le rechacé la invitación os preguntáis? Porque la apuesta había terminado. No incluía una invitación por su parte, por mucho que me duela, pero es así. Era sólo sexo y he cumplido. Fin de la historia. Voy directa entonces hacia Desy y Nina. Enseguida me reconocen y dejan de bailar.

—¡Oh, Meredith! —exclama Nina con una voz más aguda de lo normal—.

¿Todo bien?!

Miro a Desy, su rostro no es tan alegre como el de Nina.

—¡Sí, pero será mejor que nos vayamos ya! —grito para que se escuche mi voz por encima de la música.

Al mismo tiempo he desviado sin querer la mirada hacia Marcus que ya está tonteando con un par de chicas que no parecen haber dudado en acercarse a él. ¿Es que tiene un imán para las chicas? ¡No lo puedo creer! Resoplo y dejo de mirarle. No sé por qué, pero me molesta que esté tonteando con otras. No tengo por qué sentirme así, ¿no? Al fin y al cabo yo soy una más en su lista. Al igual que ellas. Seguramente hasta alguna de esas rubias termine la noche de hoy con Marcus. ¡Dios, qué rabia! Por un momento me da por pensar que me estoy enamorando pero ¿cómo saberlo? Nunca antes lo he estado, no sé lo que es el amor ni lo que se debe sentir para asegurar que lo es.

Desy asiente a mi petición de salir de allí cuanto antes.

—Sí, será mejor que nos vayamos. Mi madre ya estará nerviosa —dice mirándome a los ojos.

Nina también asiente y las tres nos despedimos de Jon y Stefan que se quedan bailando y nos despiden con un “encantado de conoceros”.

—¿No nos despedimos de Marcus y Martin?! —exclama Nina mientras les señala. Aún siguen en la barra tomando unas copas con aquellas dos chicas rubias— ¡Oh, vaya! —se sorprende—. Creo que están algo ocupados.

Miro de nuevo. Sí, por lo visto ya están enrollándose. Sobre todo Marcus que no duda en rodear a una de las jóvenes por la cintura, como hacía menos de una hora había hecho conmigo. Sin más dilación salgo de allí a paso rápido y sin volver la vista atrás. Nina y Desy me alcanzan enseguida. Para volver a casa decidimos ir a la parada del autobús. Durante la espera apenas cruzamos palabra, nada más hablamos de la música que pusieron y de la forma de bailar tan divertida de Jon y Stefan.

Han pasado veinte minutos cuando el autobús llega a la parada. Una vez dentro me avasallan a preguntas respecto a Marcus. Era de esperar, no iban a tardar mucho.

—Tranquilas, una por una —sonríe intentando dejar ver mi orgullo y algo de superioridad. ¿Qué pasa? Una no consigue acostarse con Marcus Ackerman todos los días ¿no?

—Ante todo, ¿sí o no? —pregunta Nina desesperada por conocer la verdad.

—Sí —afirmo esta vez seria para hacer notar mi sinceridad.

Nina pega un grito agudo y algunas personas del autobús giran sus cabezas para mirarnos sorprendidos.

—¿En serio lo hiciste?! —vuelve a preguntar Nina para cerciorarse de que me ha escuchado bien. Yo asiento una vez más—. ¡Ay, Dios! ¡Eres la mejor!

Desy gira la cara para mirar por la ventana. Desde que habíamos entrado al local lleva un humor raro y apenas me ha dirigido la palabra. ¿Qué le ocurre conmigo? En cambio, Nina sigue mostrando su entusiasmo sin importarle que varios ojos de los pasajeros del autobús estuvieran puestos en nosotras.

—Tía, tienes que sentirte afortunada ¿eh? ¡Perder la virginidad con Marcus Ackerman no le ocurre a una todos los días! —lo grita a los cuatro vientos y enseguida me agacho un poco en mi asiento para que la gente no se quede con mi cara.

—Ssh... No grites tanto, Nina —le aviso aún acurrucada—. Además, ocurrió algo.

—¿Tuviste un orgasmo, no!? ¡Es algo normal! —me interrumpe sin bajar la voz.

Le doy un pellizco para hacerle callar y niego con la cabeza.

—Idiota, déjame hablar —me mira a los ojos sonriente—. Resulta que me preguntó la edad.

—¿Y? —abre los ojos de par en par.

—Le mentí. Le dije que tenía dieciocho.

—¿Y te ha creído?! —asiento con la cabeza volviendo a aparecer de nuevo a la vista de todos.

—¡Qué fuerte! —vuelve a subir el tono de voz—. A mí no se me hubiera ocurrido mentirle.

Tras seguir el resto del trayecto preguntándome cosas y repitiendo mil veces que me idolatraba, llegamos a la parada más cercana a nuestras casas. Desy sigue caminando junto a nosotras sin abrir el pico. ¿Es que no le interesa que Marcus y yo...?

—Buenas noches —se despide caminando hacia el rellano y sin esperarme.

Nina no hace caso a su despedida y me da dos besos de buenas noches, no antes de decirme algo:

—Que sepas que mañana serás noticia en el barrio. Te envidiarán.

Sonrío sin problemas, suena genial. ¡Me envidiarán! ¡A mí! Todas aquellas niñas que van al colegio desde pequeñas y que han tenido contacto con chicos me van a envidiar a mí por acostarme con el conocido Marcus Ackerman. ¿No es genial?

Entro en casa de Desy (también es mi casa, pero me suena raro decirlo) y por lo que veo ha ido derecha a su cuarto porque no la encuentro en la cocina o el comedor.

—¿Qué tal el concierto? —me pregunta Irene al cruzármela en la entrada.

—Bien —contesto solamente y dispuesta a subir al segundo piso para acostarme.

—¿Qué hicisteis luego? Porque son las cuatro de la mañana —apunta mirando su reloj de muñeca.

Titubeo antes de responder.

—Eh... fuimos a celebrarlo —camino hacia mi cuarto por fin—. ¡Buenas noches, Irene! —Y cierro la puerta antes de que diga nada más.

Mientras me pongo el pijama no puedo dejar de mirarme en el espejo de mi armario y ver una nueva Meredith en él. Sí, soy la misma, pero algo más renovada. Al fin he perdido la virginidad y besado a un chico por primera vez, y todo al completo en un mismo día. Ah, y no con un chico cualquiera, sino con el guitarrista Marcus Ackerman.

Sonrío de nuevo satisfecha conmigo misma.

Ya en la cama y con la luz apagada me viene la imagen con la que he salido de la fiesta: Marcus enrollándose con otra chica a la que seguro volvió a subir al mismo cuarto que a mí unos minutos antes.

¿No es increíble la facilidad que tiene para llevárselas a la cama? No puedo evitar odiarle por eso en este momento. Pero ¿por qué ahora, Meredith?, me pregunto. Si Nina ya nos avisó de que era así con todas. ¿Será verdad que me he enamorado de él? Después de todo, para mí por lo menos sí que había sido especial perder mi virginidad con él. Claro que Marcus eso no lo sabía cuando me acosté con él. Quizá si se lo hubiera comentado ahora él también podría estar pensando en mí.

Capítulo 5

Los rayos de sol de un nuevo día de verano penetran por mi ventana en este instante. Me desperezo y miro el reloj de mi mesilla. Son las diez de la mañana, algo tarde para los que vivimos en mitad del campo. Todo el mundo sale a la calle temprano para comenzar su jornada de cultivo o en la ganadería.

Unos golpecitos suaves en la puerta hacen que mire hacia ella sin levantarme de la cama.

La puerta se abre. Es Desy.

—Mamá quiere que vayamos a regar, date prisa —me anuncia abriendo y cerrando la puerta enseguida.

¿Todavía sigue enfadada conmigo? Algo grave le tiene que pasar. Pero ¿el qué?

Desayuno rápido y pregunto a Irene por Desy que me informa de que ya está regando las plantas del patio trasero.

Gracias por esperarme, pienso enseguida con ironía.

Me dirijo hacia allí intentando no ensuciar mucho mi ropa aunque sé que es algo difícil porque vivimos en mitad de la naturaleza. La verdad es que tengo ropa suficiente, ni mucha ni muy poca y tampoco he querido nunca que Irene derrochara el dinero en mis caprichos.

Encuentro a Desy abriendo la manguera y enseguida hace salir el chorro de agua.

—Yo utilizaré ésta —murmura mirándome de reojo—. Busca tú la otra, debe estar en el almacén.

Hago lo que me dice sin rechistar y busco en un pequeño almacén que pocas veces he abierto, pero la encuentro enseguida. Vuelvo para enchufar mi manguera y ponerla así en funcionamiento y comienzo a regar.

Llevamos un rato cada una por nuestro lado regando las distintas plantas y cultivos que Irene ha plantado tiempo atrás. Una vez Desy decide acercarse a regar las plantas que están al lado de las mías, aprovecho la ocasión para preguntarle qué le pasa conmigo.

—Nada —me contesta esperando que le creyera.

Río falsamente.

—No te creo —le contesto parando de regar, ella sigue sin mirarme—. No me diriges la palabra desde la fiesta de *4Kats*, ni siquiera me has preguntado qué tal me fue con Marcus —bajo un poco el tono de voz al decir su nombre—. ¿Es que no te alegras por mí o qué? —concluyo esperando una respuesta por su parte.

Desy apaga de repente la manguera algo enfadada y dirigiéndose a mí con mala cara me contesta:

—¿Es que no puedo creer que te hayas dejado llevar tan fácilmente! No pensé que fueras tan tonta y tan niña aún. ¿No eras tú la que decía que habías madurado? ¡Pues no lo veo! Perder la virginidad por una estúpida apuesta. ¿No lo ves, Mere? Vale que Nina y yo la perdiéramos antes, pero déjame decirte que fue por amor. No por una simple apuesta en la que has caído como si de una estúpida trampa se tratase.

Sus palabras resuenan en mi cabeza como si me estuvieran dando varios martillazos seguidos. ¿Está queriendo decir que la he defraudado como amiga? ¿Y por qué no me alertó antes de ello? ¡Pensé que estaría orgullosa de mí! ¡Pensé que estaba haciendo lo correcto acostándome con Marcus! Las lágrimas van escurriéndose por mis mejillas sin darme cuenta. De pronto, son mis piernas las que mandan sobre mí y echo a correr, esta vez sin importarme que mi ropa se ensuciara, es lo que menos me importa en este momento.

Tras unos minutos corriendo, decido ir a dar un paseo por el barrio para intentar pensar con claridad. Sin embargo, fue un error caminar por los alrededores. Todas las niñas de las casas vecinas me señalan. A medida que voy pasando por su lado voy escuchando sus continuas risitas. ¿Por qué se ríen? ¿No me aseguró Nina ayer que me envidiarían? Intento no escucharlas, pero me es imposible. Decido entonces volver atrás y comienzo a correr hasta la casa de Nina; tengo que hablar con ella seriamente acerca de todo esto. Llamo a la puerta verde de madera con varios golpes, ya que no tiene timbre. Es su padre Mario el que me recibe algo desvestido, tan sólo lleva puestos los pantalones del pijama por lo que compruebo enseguida.

—¿Está Nina en casa? —pregunto con la voz entrecortada e intentando que no note que he estado llorado.

—Sí, pasa Meredith. Está en su cuarto, pero creo que no está sola.

—¿Con quién está? —pregunto extrañada.

—Con el hijo del quiosquero me parece.

Todos conocemos al quiosquero y su hijo, ya que es el único quiosco que hay en el barrio que nos tiene informados con sus periódicos y revistas. El hijo, que es de nuestra edad, se encarga del correo mediante su inseparable bicicleta. Miro un poco más allá del porche y veo aparcada la bici. La reconozco enseguida.

—Entonces ya vuelvo luego si eso —me doy la vuelta cuando escucho la voz de Nina desde la ventana de su cuarto, en el segundo piso.

—¡Mere! ¡Sube! —miro hacia arriba, su cabeza se asoma por la ventana y a su lado puedo ver la cabeza de Andreas con su pelo rubio platino ondulado por el viento. Estoy a punto de gritar que volvería luego, pero Nina me insiste y decido subir. Está claro que delante de Andreas no voy a poder hablar con ella del tema así que debo pensar en algún otro tema y rápido.

Llego a su cuarto encontrándome la puerta abierta. Andreas y Nina están sentados sobre la cama con un juego de mesa sobre ella. Compruebo que se trata del Monopoly, a Nina le encanta y muchas veces nos hemos tirado días completos jugando.

—Hola —saludo a ambos.

Nina se levanta corriendo y me da un cálido y estrecho abrazo.

—¿Qué tal dormiste? ¡Lo de ayer no fue un sueño, ¿eh?! —bromea voceando como siempre.

No puedo evitar entonces mirar a Andreas que me sonrío pícaramente.

Estupendo, también lo sabe.

—No te preocupes, Andreas lo sabe —cerciora Nina al ver que lo estaba mirando de reojo algo cortada por la situación.

Andreas se levanta de pronto de la cama.

—Os dejo a solas, tengo que ir a la ciudad a por más periódicos.

—Vale, amor —éste sonrío y le da Nina un beso en la comisura.

—Bueno, cuéntame —se sienta en la cama tras la despedida de Andreas.

—Andreas y tú... ¿estáis juntos? —pregunto para asegurarme de lo que acabo de ver.

—Jajaja no, pero es que la primera vez no se olvida fácilmente —me

guiña un ojo.

Ah, claro. Andreas fue el chico con que el Nina perdió la virginidad hacía ya un par de años por lo menos. Recuerdo el día que llegó a nosotras corriendo para contarlo a los cuatro vientos. Estuvieron saliendo unos meses pero enseguida lo dejaron, tenían entonces sólo once o doce años.

—Porque —prosigue— tú no has olvidado a Marcus ¿a que no? —me da un pequeño codazo en las costillas.

—De eso quería hablarte seriamente —digo sentándome junto a ella.

Nina permanece en silencio mientras le voy contando lo que Desy me había echado en cara por la mañana. Después le comento que las vecinas me habían señalado y que se habían reído de mí por la calle.

Su conclusión es la más inesperada.

—¡Envidia es lo que tienen todas! No te preocupes tía, ¿quién no querría acostarse con “el Dios del sexo”? —dice refiriéndose a Marcus. Al parecer se le conocía con ese apodo.

—Pero Desy no tiene envidia porque a ella le gusta más Stefan y el caso es que dice que...

—No la creas, cariño —me interrumpe utilizando una dulce voz que no conocía hasta ahora—. Desy hace mil que no moja. Te tiene envidia y punto —se levanta de un salto—. Y ahora, ¿vamos a dar una vuelta? Quiero que me vean con la chica que se acostó con Marcus Ackerman.

Debería sentirme bien al escuchar lo orgullosa que Nina está de mí pero no, no puedo quitarme de la cabeza lo que Desy me ha dicho. Su opinión es muy importante porque es como una hermana para mí. Hasta que ella no diera el visto bueno a todo lo ocurrido no me iba a quedar tranquila.

Capítulo 6

Ha transcurrido el mes de julio. ¡Madre mía, cómo pasa el tiempo! Ya hace un mes desde nuestro encuentro con el grupo *4Kats*. Por lo que Nina ha descubierto estos días por Internet (Desy y yo no tenemos de eso), están ahora de gira por el resto de Europa.

Durante este mes, Desy parece haberse olvidado un poco del tema y ya volvemos a estar como antes aunque nunca solemos hablar de *4Kats*, ya que he comprobado que cuando Nina saca el tema, Desy vuelve a estar reacia conmigo. No sé muy bien por qué tiene tanto asco a *4Kats*, pero ya ni escucha sus canciones.

Hoy es una tarde cualquiera de finales de julio. Estamos las tres esperando a Andreas frente a su casa (sí, Andreas ha vuelto con Nina después de todo). Decido entonces contarles algo que la verdad ya hace un par de semanas que me preocupa bastante. Es algo que en aquel momento no podía llegar a pensar que podría cambiarme tanto la vida. Para bien... y para mal. De nuevo, eso a lo que yo llamo destino decide volver a conducirme hasta él de alguna forma.

—Chicas... —trago saliva nerviosa—. Tengo que contaros algo —rompo el silencio.

Ellas me miran con algo de curiosidad pero sin darle demasiada importancia.

—Te... Tengo... Yo... —balbuceo sin encontrar las palabras exactas.

¡Es que nunca antes me ha pasado!

—¿Qué pasa, Meredith? —me pregunta Desy al fin notando mi preocupación por lo que quiero contarles.

—Bueno, es que no sé si será grave, a lo mejor no, pero no sé.

—¡Tía, dispara! —exclama Nina llena de nervios.

Respiro hondo y lo suelto, esta vez sin tartamudear:

—Tengo un retraso de dos semanas —Vale, aunque por fuera me mantengo serena por dentro soy todo nervios. Pero al menos ya lo he dicho.

Desy reacciona llevándose las manos a la boca exhalando un grito mientras que Nina en cambio se encoge de hombros.

—A mí me ha pasado varias veces —coloca su mano sobre mi hombro para tranquilizarme—. Cuando tienes sexo es probable que la menstruación sea más irregular que antes, al menos tras la primera vez, así que no te rayes, no estás preñada —suelta una carcajada—. Y menos de Marcus Ackerman, sería una locura ¿no creéis? —mira hacia la casa de Andreas al verle salir de ella luciendo la nueva bicicleta que nos iba a mostrar.

Mientras tanto, yo sigo pensando en las últimas palabras de Nina y me entra la risa. ¡Y tanto que sería una locura! ¿Os imagináis? ¡Embarazada de Marcus Ackerman, “el Dios del Sexo”, como muchas lo suelen llamar!

La tarde se llena finalmente de risas y despreocupación. Por varias horas consigo olvidarme del tema.

Y los días van pasando, uno tras otro. No hemos vuelto a sacar el tema, aunque cabe decir que tampoco me ha vuelto la menstruación, lo que hace que no me sienta del todo relajada. Por supuesto no le he contado nada de esto a Irene, no quiero preocuparla y menos por mí que ni siquiera soy su hija.

Capítulo 7

Tengo unas ganas enormes de que llegue mañana. Estamos a tan solo un día de empezar el instituto. ¡Al fin iba a poder conocerlo y vivirlo como una adolescente cualquiera! El verano ha terminado, dos meses y medio han pasado ya desde que vimos a *4Kats*, y al fin las vecinas del barrio han dejado de reírse y señalarme a las espaldas. Parece como si nunca hubiese pasado y es mejor que sea así.

Hoy hemos ido con Irene a la ciudad a comprarme una mochila y los correspondientes materiales para mañana. Qué feliz estaba y qué pronto iba a finalizar esa felicidad. Es lo que tiene el destino, ¿no? Aparecen situaciones en tu vida que nunca sabes cuándo van a llegar pero que cuando llegan muy pocos pueden salvarse de ellas. Si el destino ha decidido que así sea, así será. Yo he sido una de las tantas personas que no pudo escapar y pronto sabréis a qué me estoy refiriendo exactamente.

Esta última semana de verano he tenido fuertes dolores de tripa, pero Nina me ha vuelto a asegurar que era algo normal, que seguramente tenga dolor estomacal por algo que he comido y me haya sentado mal. Yo, inocente de mí, me lo he creído y tampoco he querido decirle nada a Irene.

Ya se me pasará, pienso una y otra vez.

*

El primer mes de instituto lo he pasado genial, he conocido nuevos compañeros de la ciudad, ya que el instituto está situado en el centro de Leipzig y viene gente de todas partes. Es curioso no encontrarte con las mismas caras de toda la vida. A la salida, siempre cogemos el autobús las tres juntas para volver de nuevo a nuestras casas, a las afueras de la ciudad.

Una tarde cualquiera de finales de septiembre, estábamos las tres en casa de Nina haciendo un dichoso trabajo sobre la historia de Alemania. De pronto, estiro los brazos, necesito relajar los músculos para seguir escribiendo.

Entonces Nina aparta la vista del libro para mirarme y hacer un comentario:

—Oye, Meredith, ¿tú estás más gorda o se me hace a mí? —me mira fijamente la tripa.

Bajo la mirada para observarme. Es cierto, la tengo más redondita que antes, ya lo había notado días atrás pero no me preocupé la verdad. Llevaba varias semanas comiendo bastante, solía picar entre horas por lo que sería debido a eso.

—Es que me ha dado por comer mucho ¿verdad, Desy? —ella asiente, no parece muy de acuerdo conmigo de todas formas.

—Tía, pero... —Nina se levanta y me sube un poco la camiseta—. Joder. Qué tripa más rara, en serio —se deja caer en la silla de nuevo mirándome a los ojos—. ¿Sigue sin bajarte la regla?

Asiento tragando saliva. Los nervios vuelven a aparecer de nuevo.

—Pues es que ya es bastante raro. Han pasado... ¿Cuántos meses? ¿Dos y medio desde que nos dijiste que no te bajaba? —asiento con la cabeza un poco—. No sé, a mí nunca me tardó tanto. Deberíais ir al médico a que te hagan una revisión, a ver si vas a tener algo grave —concluye para seguir con el trabajo.

Desy y yo nos miramos enseguida entendiendo lo que significaba ir al médico.

—Cuesta caro ir a una consulta —digo sin pensar.

—No digas tonterías —dice Desy de forma repentina—. Mi madre puede llevarte en coche a la ciudad, no es molestia y lo sabes. Y tenemos dinero suficiente para la consulta —añade rápidamente sabiendo que me iba a negar a aceptar su dinero.

Entre las dos me convencieron para ir, así saldríamos de dudas enseguida. Lo peor de todo ha sido decirle a Irene que quiero ir a hacerme una revisión porque me duele la tripa desde hace varios días. Por suerte no me ha hecho preguntas al respecto y no me ha notado la tripa hinchada, ya que suelo llevar siempre camisetas holgadas.

Desy e Irene están en la sala de espera. He querido pasar yo sola a la consulta porque no quiero ver las caras de ambas si el médico me llegara a decir que...

—Señorita —el doctor me mira por encima de sus gafas de media luna—, está embarazada —su voz ha sonado neutral, pero enseguida muestra una

pequeña sonrisa.

—Pero ¿qué está diciendo? ¿Cómo...? —tartamudeo sin parpadear. El corazón se me va a salir del pecho de un momento a otro.

—No me diga ahora que no se lo esperaba. Está de casi tres meses. Normalmente la tripa se empieza a notar a partir del cuarto o quinto mes, pero en su caso es diferente. Está usted muy delgada y, por tanto, se le ha notado antes. Ahora mismo tiene usted un bebé en miniatura dentro de su vientre. ¿No estará pensando en abortar? —su mirada parece tan acusadora que niego con la cabeza varias veces—. Ahora debe seguir adelante —prosigue el doctor—. En unas semanas puede volver y le diremos si es niño o niña —se levanta y con una agradable sonrisa me abre la puerta invitándome a salir.

¿Qué os he dicho? El destino. ¡Vaya jugada me acaba de hacer! ¡Embarazada con catorce años y ni más ni menos que de Marcus Ackerman! ¡Y todo por una estúpida apuesta! ¿Con qué cara debo mirar ahora a Irene y Desy? Tengo un miedo increíble. ¿Y si Irene decide echarme de su casa por estar embarazada? ¿Y si no me apoya? ¿Y si Desy decide no volver a dirigirme la palabra en su vida? Estas dudas y algunas más son las que no dejan de pasar en estos momentos por mi cabeza.

Llego a la sala de espera y enseguida me preguntan por lo ocurrido. Seguidamente y sin poder decir ni una palabra, rompo a llorar y ambas me abrazan sin entender el por qué de mis lágrimas.

Ya en casa y algo más calmada decido contar la verdad, pero no solo sobre el embarazo sino que comienzo a contarle a Irene *toda* la verdad. Es decir, desde la apuesta hasta las palabras del médico hacía una hora. Debo decir que pensaba que Irene se enfadaría mucho conmigo, pero ha sido todo lo contrario. Miro a Desy en cuanto termino de contarle todo y enseguida empieza a echarme en cara cosas como “te lo dije”, “te dije que la apuesta era una tontería” y cosas de ese tipo.

Entonces Irene habla por primera vez interrumpiendo a su propia hija:

—Yo también me quedé embarazada a tu edad —mira de reojo a Desy.

La pequeña observa a su madre, compungida. De repente, le parece la persona más frágil del mundo. En ese instante me da por fijarme más en el físico de Irene. No es que se conservara bien, es que es bastante joven. ¡Sólo tiene veintiocho años!

—Mami —a Desy se le empañan los ojos de lágrimas.

—Es duro tener un bebé a edad tan temprana. Pero Desy, quiero que sepas que nunca me arrepentí de tenerte —conforme habla sus ojos se van colmando de lágrimas—. Tu padre era un don nadie pero le quise, vaya que si le quise... Y como una tonta me enamoré del niño equivocado y al conocer de mi embarazo me dejó marchándose de la ciudad para siempre —suspira secándose las lágrimas—. Nunca más supe de él, pero no me importa porque te tengo a ti, cariño —abraza a Desy y ésta llora sobre su hombro.

Noto un nudo en la garganta horrible que no puedo controlar y rompo a llorar también recordando a mamá. ¡Cuánto la echo de menos! ¡Cuánto extraño sus abrazos, su voz, su perfume! ¡Cuánto la necesito en este momento!

—Mere, ven aquí —me invita Irene a abrazarlas al verme allí en silencio y observándolas.

Sin pensarlo dos veces le abrazo dándole las gracias por entenderme y apoyarme. Desy me sonrío y se la devuelvo. Ahora más que nunca me siento parte de aquella pequeña pero hermosa familia. Permanecemos las tres abrazadas largo rato y cuando nos repusimos, Irene decidió hacernos la cena. Una cena especial, con velas y todo. Había que celebrarlo. Traer nuevas vidas al mundo siempre es algo precioso. Mientras tanto, Desy y yo hemos subido al cuarto y enseguida hemos comenzado a pensar posibles nombres masculinos y femeninos para el bebé.

Capítulo 8

Al día siguiente, una vez en el instituto, le hemos contado a Nina la verdad y ha alucinado muchísimo, hasta me ha felicitado y todo. Pero no recordábamos que Nina es demasiado bocazas y ahora que nos hemos encontrado con Andreas a la salida, Nina lo ha soltado todo:

—¡Embarazada de Marcus Ackerman! ¿El guitarrista de *4Kats*? —exclama Andreas tras conocer la noticia.

Menos mal que justamente no pasa nadie cerca si no ya tendría un gran corrillo de cotillas alrededor.

—¡Nina! —gritamos Desy y yo mirándola enfadada.

Estamos los cuatro solos en la puerta de salida del instituto. Ya no hay ni un alma por ahí así que es el momento adecuado para hacer una promesa de amigos.

—Prometamos aquí y ahora que esta noticia no saldrá de aquí nunca —dije estirando mi brazo y extendiendo la palma en el centro del círculo que formábamos.

Desy enseguida coloca su mano sobre la mía, sin pensarlo.

—Pero ¿cómo no se van a enterar, Meredith? ¡Tu tripa no pasa desapercibida!

—Nina —suspiro, por primera vez me siento más inteligente que ella—. Claro que de eso se darán cuenta, pero lo que será ultra secreto es decir quién es el padre —miro a Andreas y Nina simultáneamente.

Andreas coloca su mano sobre la de Desy.

—Lo prometo, no diré nada —dice seguro de sí mismo.

Todos miramos entonces a Nina, sorprendidos de que esté pensando tanto en la promesa.

—¿Es que no te sentirías afortunada de que todo el mundo supiera que Marcus es el padre? —pregunta alzando las cejas, sorprendida.

Esta vez es Desy la que le contesta:

—Mira Nina, no queremos que la gente lo predique por ahí porque podría llegar a la prensa —mira a Andreas de reojo. Es cierto, él tiene muchos contactos y aún así ha hecho la promesa—. Y eso conllevaría —prosigue Desy mirando a Nina— a un gran desastre para *4Kats* y sus fans. ¿No crees que sea mejor mantenerlo en secreto?

Nina suspira profundamente y sonriendo coloca finalmente su mano sobre las nuestras.

—Está bien, prometo no soltar prenda, pero creedme que me va a costar lo suyo.

—Lo sabemos —reímos los tres a la vez.

*

Cuatro años han pasado desde aquella promesa. Sí, como os lo cuento. Todos hemos alcanzado la mayoría de edad. Ya tenemos dieciocho años. ¿Quién lo diría, eh? Ah, ¿que cómo fue el embarazo os preguntáis? ¡Genial! Mi tripita fue creciendo tanto que tuve que dejar de ir a la escuela para que tampoco se enterara toda la ciudad, ya que los cotilleos llegarían a mi barrio a la velocidad de la luz.

En el mes de abril nacieron mis niñas. Espera, ¿qué no os lo he dicho aún? ¡El médico me anunció que iba a tener gemelas! Cómo no, el padre es gemelo, de alguien tenía que salir este gen. Las llamamos Amanda y Yasmina. Desy le puso el nombre a Mandy y yo a Yas, así es como solíamos llamarlas. Ya sabéis, para acortar. Las niñas nacieron muy sanas y guapísimas. Además, se han criado bastante bien gracias a la ayuda de Irene, ya que su experiencia como mamá fue realmente necesaria. Cuando las niñas cumplieron el año enseguida comenzamos a presentarle a la familia. A Irene la presentamos como su abuela, ya veis, una abuelita de treinta y dos años. ¡En nuestra casa rebosaba la juventud! Y bueno, para Desy las pequeñas son sus sobrinas. Estos cuatro años han sido bastante normales, nada fuera de lo común a destacar. Bueno, quizás se me hizo algo duro porque ya no pude hacer lo que otras adolescentes habrían hecho a mi edad, pero no me importó quedarme con mis niñas. Además, tuve a Nina y Desy a mi lado todos los días y me animaron. Al final conseguí terminar el instituto, ya que las niñas se las quedaba Irene que pudo cambiar su turno de trabajo para por las tardes y así pudo cuidar de sus nietas por las mañanas mientras Desy y yo estudiábamos.

Sobre la promesa, aún sigue en pie, ninguno de los cuatro la ha roto y no ha llegado a oídos de nadie del exterior. Las vecinas cotillean preguntándome a menudo por el papá, pero yo les suelo contestar que ha salido de viaje por razones de trabajo y que apenas le veo. Al fin y al cabo no digo una mentira ¿no? A Marcus solamente le puedo ver por televisión y he de decir que últimamente *4Kats* sale bastante, no hay día que no vea un videoclip o un programa donde aparezcan. Los gemelos Ackerman han cumplido este año los veintidós y arrasan por Estados Unidos con su grupo como si de un huracán se trataran. Van dejando miles de fans histéricas por ellos allá donde van. Los conciertos están siempre repletos de gente que les ama y adora.

Sobre mí... Bueno, yo no he podido dejar de pensar en todos estos años en que ninguno de ellos sabe todo lo que tienen a las espaldas ahora mismo. Cada vez que veo algún reportaje en el que un paparazzi ha localizado a Marcus en la playa o en algún lado con alguna chica o una nueva novia, no puedo evitar soltar alguna lagrimilla. Y es que duele pensar una y otra vez que Marcus sigue igual que siempre y sin saber que tiene dos hijas, sangre de su sangre... Y, lo peor de todo, que aún sigue de flor en flor conociendo más y más chicas. No puedo quitarme de la cabeza que nunca podré tenerle a mi lado, que nunca llegará a conocer la existencia de sus hijas por no poner al grupo en peligro, que nunca llegué a significar nada para él, que las niñas nunca conocerán a su padre. Y, por supuesto, que Marcus nunca llegará a quererme. Ni siquiera sabe quién soy.

Capítulo 9

Me he quedado traspuesta en el sofá sin darme cuenta cuando noto una sacudida en el brazo. Abro los ojos y sonrío al ver a las gemelas ante mí.

—Mamá, la tita te está llamando desde el cuarto —dice la pequeña Yasmina con su vocecilla angelical.

—Muy bien —me levanto del cómodo sofá frente a la chimenea y subo las escaleras hacia el cuarto de Desy.

Encuentro la puerta entreabierta así que entro sin más.

—¿Me llamabas?

—Sí —sonríe al verme—. Me acaba de llamar Nina al móvil diciendo que si queremos pasar la Nochebuena en su casa y que Andreas también estará.

Andreas y Nina han vuelto juntos seriamente. Hace ya un par de años que salen juntos como pareja formal. A decir verdad es la relación más duradera que ha tenido Nina en toda su vida, aún sigo sin creerlo.

—Claro —asiento con la cabeza levemente y observando cómo rompe su hucha—. Desy, ¿qué estás haciendo?

—Voy a ver cuánto dinero tengo este año para los regalos de navidad —dice mientras cuenta las monedas, concentrada.

—No hace falta que compres nada a las gemelas —comento conociendo su intención.

—Soy su tía, les he comprado todas las navidades cosas, ¿por qué no este año?

Aunque Desy e Irene no quieren admitirlo, el trabajo de Irene no es suficiente para mantenernos a todas y menos aún a dos niñas que comen por cuatro y que para rematar no hacen más que pedir por esas pequeñas boquitas. Durante estos cuatro años, Irene ha gastado la mayor parte de su sueldo en mis hijas. Yo he intentado convencerla para que me dejara buscar trabajo y pagar las cosas de las pequeñas, pero Irene siempre se negó en rotundo diciendo que mi prioridad estaba en terminar los estudios así que eso hice, al igual que

Desy. Pero este año al fin hemos terminado, es cierto que sólo tengo los estudios básicos pero no tengo pensado seguir estudiando, mi gran prioridad desde hace ya cuatro años es que no les falte de nada a mis pequeñas y no quiero que todo sea a costa de Irene. Se acabó.

Ya está decidido.

Tengo que buscar un trabajo digno para estas navidades.

Y aquí me encuentro ahora, a un día de Nochebuena y llamando a varios teléfonos que he encontrado de ofertas de trabajo en el periódico. Me paso día y noche llamando sin éxito. Es imposible, ya no hay trabajos decentes y pocos de ellos aceptan a chicas de fuera de la ciudad sin experiencia alguna en algo que no estuviera relacionado con el cultivo.

Desy acaba de salir a comprar los regalos de Navidad, no he podido detenerla. Irene se encuentra en el piso de abajo dando la cena a las niñas. ¿No lo notáis? Todo lo que hacen en sus vidas es ayudarme con las niñas.

Son las tres de la mañana, tengo ahora mismo una depresión absoluta. Estoy tirada en mi cama llorando sin cesar cuando escucho la puerta.

Es Desy.

—¿Meredith? —golpea suavemente la puerta, pero no contesto.

Las lágrimas y el ardor en la garganta me lo impiden. Noto que entra al interior y que se sienta al borde de mi cama.

—Tía, ¿no has encontrado nada, no? —sé que se está refiriendo a la búsqueda de trabajo.

Niego con la cabeza un poco sin articular palabra.

—Mere, no te preocupes, de verdad —se sienta más cerca de mí—. A las niñas nunca les faltará de nada. Mi madre...

—¡¡Tu madre ya ha hecho suficiente!! —grito al fin con voz alta y clara. Me incorporo al mismo tiempo que grito aquellas palabras, mirándola con ojos enrojecidos e hinchados, debo tener un aspecto horroroso—. ¡Tu madre y tú habéis hecho todo por ellas, hasta por mí! ¿Y yo qué he hecho? ¡Nada! Solo traer problemas. *Dos* problemas para ser exactos —suelto sin más refiriéndome a mis niñas.

Desy me entiende a la perfección.

—No digas eso... —me agarra la mano para consolarme, pero yo la aparto de repente.

—Desy, por favor —me levanto de la cama—. Mira, nunca pensé que

tendría que llegar a esto pero... Necesito pedirte un último favor.

—Claro, dime —su voz suena entrecortada y por lo que veo no puede evitar llorar también.

Me acerco a ella y le miro a los ojos diciendo:

—Tienes que convencer a tu madre de que lo mejor para todas es dejarnos marchar a las niñas y a mí.

—¿Qué?! ¿Estás loca?!

—¡No! ¡No lo estoy! —sin darnos cuenta hemos alzado mucho la voz y las niñas, que están durmiendo en el cuarto de al lado, rompen a llorar y a gritar—. Desy, escucha, es la mejor opción y la única. Mírate y mira a tu madre. No tenéis apenas nada porque lo habéis gastado todo en las niñas —bajo la voz al fin— y en mí —concluyo agachando la cabeza.

Desy llora sin cesar y sin apartar la mirada de mis ojos dice:

—No puedes decirme adiós, Meredith. Son muchos años juntas.

—Es lo mejor para todas... —nos damos un fuerte abrazo, ambas derramando lágrimas quizás de despedida.

Tras recomponernos un poco salgo corriendo hacia el cuarto de las gemelas. Es un cuarto pequeño que antes utilizaban para guardar trastos viejos, pero que fue limpiado cuando nacieron las niñas para proporcionarles una pequeña cama para cada una, y ahí duermen desde hace ya cuatro años.

—Mamá —cojo en brazos a Amanda—. ¿Por qué gritáis?

Yasmina comienza a dar pequeños saltos desde su cama llamando la atención. Miro a ambas mientras me seco las lágrimas y con voz neutral les contesto:

—Porque mañana quizá sea nuestro último día aquí y a la tita le da mucha pena, al igual que a mí —Yasmina deja de saltar y se acerca para abrazar mis piernas. Le acaricio el cabello mientras miro a la pequeña Mandy que apoya su cabecita sobre mi hombro.

El plan de mañana sería pasar la Nochebuena en casa de Nina como despedida. He tenido que contarle esta tarde a Irene mi decisión. Ella, al ver que lo tengo más que decidido, ha rechazado ir a la cena de Navidad. Me ha dado mucha pena que se sintiera tan mal pero no he podido convencerla, ni su hija tampoco.

Son las ocho de la tarde, apenas quedan unas horas para la llegada de la Navidad. Desy, las gemelas y yo acabamos de llegar a casa de Nina. Ésta y Andreas ya están al tanto de mi decisión y me parece muy raro que no me estén

preguntando nada al respecto. ¿Acaso no les importa que me vaya? A veces siento que no conozco a Nina lo suficiente. Ella tenía un as en la manga, algo que a mí nunca se me hubiera pasado por la cabeza. Algo que iba a hacer que no me desviara de mi preciado destino.

Capítulo 10

Tras la fantástica y agradable cena, las niñas se han puesto a bailar y jugar con la música que sonaba en ese momento por los altavoces que no era otra que la de *4Kats*. Volver a escucharles de nuevo me animaba al mismo tiempo que me entristecía.

Los cuatro estamos sentados en el sofá mientras vemos a las gemelas intentar imitarles, ya los conocen de verlos en televisión y parece que les encanta el mundo del espectáculo. Qué curioso ¿eh? Ambas imitando a Marcus tocar la guitarra y ellas sin saber realmente que aquel guitarrista que tanto les gustaba imitar era su padre.

—Así que te vas... —dice Andreas sacando al fin el tema.

—Sí —asiento suspirando y sin dejar de mirar a las enanas que ahora empiezan a imitar a Martin con la batería.

—¿Y podrías repetirme el por qué de esa decisión repentina? —pregunta Nina esta vez.

Sabía que no iba a tardar mucho en hablar de ello.

—Ya te lo expliqué por teléfono esta mañana —le recuerdo—. Es lo mejor para todos.

—Claro —dice enseguida—. Es lo mejor que una chica, bueno, una madre —se corrige ella misma— de dieciocho años, sin trabajo, soltera, con dos hijas y sin casa se vaya por ahí. Pero porque es lo mejor para todos ¿eh? —termina mirando a cada uno de los que estamos allí.

Por su tono de voz sé con certeza que es una ironía y suelto lo primero que me viene a la cabeza:

—¿Acaso tú tienes un plan mejor!? —grito sin darme cuenta.

Andreas y ella se miran al mismo tiempo, tal vez poniéndose de acuerdo en algo.

—Pues sí —afirma Nina sonriente.

¿Qué? ¿Nina tiene un plan mejor? ¿Había encontrado una solución para mí?

Desy también la mira atónita por su respuesta y esperando a que comenzara a contarnos.

—Bueno, venga, dime —le empiezo a meter prisa al ver que no hablaba.

—Es que no puedo creer que en esta cabecita —explica tocándome la coronilla suavemente— no haya más de una solución. Y encima que hayas elegido la más insensata de todas.

—¿De qué estás hablando, Nina? —pregunto ya seriamente.

Os juro que no tengo ni idea de lo que Nina tiene pensado.

—Andreas y yo a la hora de comer hemos estado pensando, no como tú —dice dándome un pellizco en el brazo—. Y ambos hemos llegado a la mejor solución.

—¿Quieres decirlo ya? —es Desy quien interviene esta vez hartandose de tanto misterio.

—Tienes que llegar hasta Marcus de nuevo y hacérselo saber —susurra para que las niñas no lo escuchen. Aunque no lo harían, están demasiado metidas en la música ahora mismo.

—¡¿Qué?! —exclamamos Desy y yo al unísono.

—¡¿Romper la promesa?! —vuelvo a hablar de nuevo.

—No estás rompiendo la promesa, Meredith —repone Nina—. Prometimos que no se lo contaríamos a nadie, pero eso no cubría decírselo al padre.

—¡Pero han pasado cuatro años! —exclama Desy incrédula—. Marcus ni se acordará de su cara.

—Eso no lo sabremos hasta que no la tenga delante —contesta Nina tranquilamente.

—Un momento —añado de nuevo tras una pausa—, aún no entiendo qué tiene que ver que Marcus sepa que es el padre con lo de que me vaya o deje de irme.

Entonces Nina suspira profundamente echando el aire al mismo tiempo que se levanta. Se coloca frente a nosotros mirándonos como si estuviera a punto de darnos una larga charla, y comienza a hablar:

—¡Porque él también es responsable! ¡Él tiene como obligación ayudarte a ti y a las niñas! ¿Es que no lo veis? No es tan difícil —se cruza de brazos esperando una respuesta.

Me paro a pensar un momento.

Ah no, ya sé a qué se está refiriendo exactamente y no pienso permitirlo.

Eso sí que no.

—No, no y no —me niego en rotundo—. No pienso ir a pedirle su dichoso dinero. Yo puedo...

—¿Puedes esperar a conseguirlo?! —me interrumpe alzando la voz, lo que hace que al fin las niñas dejen de bailar para mirarnos—. ¿Tú crees que podrás conseguirlo de aquí a una semana? ¿Crees que ellas —mira a las niñas— aguantarán a tu lado sin tener una cama donde dormir o unos juguetes? ¿En realidad lo crees, Meredith?

Las duras palabras de Nina inundan mi corazón de lágrimas que deciden asomarse por mis tristes ojos. Me levanto de pronto y las seco enseguida con la mano para evitar que las niñas se den cuenta.

Lo he conseguido, no se han enterado de nada porque siguen bailando y jugando.

Nina entonces me da un abrazo y me susurra al oído:

—Por favor, no cometas el error de marcharte. Déjanos ayudarte una vez más a conseguir que veas a Marcus —me mira a los ojos—. Confía en mí, ¿vale?

La última vez que confié en ella me llevó a una apuesta absurda que hundió mi niñez y adolescencia. En cambio, esa apuesta también me regaló dos preciosas niñas a las que adoro con toda mi alma. Decido entonces asentir con la cabeza sintiéndome una niña indefensa después de tanto tiempo en el papel de madura. Necesito confiar en sus palabras y en que pueda ayudarme a salir de todo esto. Por tanto, he salido de casa de Nina decidida a intentar que el plan de Nina llegara a realizarse.

Por la noche apenas puedo conciliar el sueño dando vueltas en la cama y levantándome cada dos por tres a ver dormir a las enanas. Quizás suene algo cursi, pero las estoy mirando y me estoy imaginando por un momento que a mi lado se encuentra él: Marcus Ackerman. Ambos agarrados de la mano y sonriendo a las gemelas, observándolas en silencio y con cuidado de no despertarlas. Esta imagen se desvanece por completo cuando entra en el cuarto Irene con la bata puesta sobre su pijama. Miro a las niñas una última vez antes de salir al pasillo junto a ella.

—¿Qué tal, Mere? —susurra cariñosamente.

Ya le he contado el plan de Nina, y su ánimo y felicidad ha vuelto a su rostro. Tiene la esperanza de que me quede en casa. Pero yo no sé si el plan saldrá bien, no quiero hacerme ilusiones.

—Pues nerviosa, no sé si el plan de Nina va a funcionar —mis susurros son aún más débiles que los de ella. No quiero que las gemelas se despierten por nada del mundo.

—No tienes que estarlo, sabes que estamos contigo —apoya su mano sobre mi hombro y por un instante me hace recordar a mi madre. Ella también me hubiera dicho aquellas dulces palabras.

—Lo sé, Irene, gracias —sonríó un poco.

—Ahora vete a dormir anda, lo necesitas —dice mirando hacia la puerta donde duermen las pequeñas—. Ellas están bien y a salvo.

Asiento levemente y me dirijo de nuevo a mi cuarto. Me dejo caer sobre mi cama y tapándome con el edredón hasta el cuello miro el reloj: las cuatro de la mañana. Tengo que dormir o si no mañana no voy a rendir.

Capítulo 11

Despierto con la frente perlada en sudor. He tenido una horrible pesadilla. ¡Marcus secuestraba a las niñas! Sí, ya sé que suena raro pero me ha parecido tan malévolo y real... Por supuesto, lo primero que hago es levantarme y correr hasta el cuarto de las niñas. El corazón casi se me sale por la boca al no verlas en sus camas. ¡¿Dónde están!?! Bajo las escaleras a toda prisa hacia el comedor. ¿Y si se ha hecho realidad el sueño? ¿Y si Marcus ha descubierto que tiene dos hijas? ¿Y si se las quiere llevar consigo?

—¡Buenos días, Meredith! —exclama Irene mientras les da el desayuno a las gemelas.

De repente, caigo al suelo en redondo tras un ligero temblor en las piernas.

*

Abro los ojos despacio. ¿Qué ha pasado? Estoy tumbada en un sofá, de eso me doy cuenta enseguida. Entonces veo a Irene que me está sirviendo un vaso de agua y a Desy, a mi lado, que me abanica con un papel. De fondo, consigo escuchar las voces infantiles de Yasmina y Amanda.

—¿Qué le pasa a mamá?

—¿Está malita, abuela?

—Seguid desayunando, chicas —les dice Irene mientras sigo dando sorbitos al vaso de agua que me acaba de ofrecer.

—¿Qué ha pasado? —consigo decir tras devolverle el vaso.

Madre mía, tengo un malestar increíble.

—Te has desmayado de repente y estabas sudando. Debió ser un bajón de azúcar, no te preocupes —me explica Irene con calma.

Me llevo la mano a la frente, ya no tengo sudor. Entonces recuerdo la pesadilla.

—Marcus... —susurro su nombre.

Desy frunce el ceño, pero no dice nada al respecto.

—Queremos ir al parque —comienza a decir Yasmína tirando de la manga de mi pijama—. ¿A que sí, Mandy? —pregunta a su hermana.

—Sí, queremos ir, mamá, *porfa...* —dice la otra mientras hace un pucherito que me derrite por dentro.

Les acaricio ambas mejillas y me incorporo sentándome con cuidado.

—Bien, pues vamos al parque —me levanto.

—Pero Meredith, ¿estás...?

—Estoy bien —interrumpo a Desy—. Gracias a las dos —digo con sinceridad mirando a ambas que siguen pensando que no me encuentro bien.

Ninguna dice nada y siguen terminando sus respectivos desayunos. Yo no tengo hambre, todo esto de la pesadilla ha hecho que me la sacie. Subo a mi cuarto y me visto mientras las niñas no dejan de hablar del parque. Cuando termino, les ayudo a vestirse y tras abrigarnos bien comenzamos a caminar hacia el parque más cercano. Bueno, en realidad es el único parque que tiene columpios, ya que el resto de parques están destrozados y nadie del pueblo parece dispuesto a venir a arreglarlos.

—¡Vamos, Yas! —grita Amanda a su hermana mientras corre la primera para llegar al columpio.

—¡Cuidado, no os vayáis a caer! —exclamo al verlas correr. Pero no hacen caso a mi comentario, propio de unas niñas de cuatro años, y corren a toda prisa hacia los columpios donde ya comienzan a columpiarse sin problemas. Pueden pasarse un día entero allí que no se cansaban nunca.

Estoy ensimismada observándolas y pensando en mis cosas cuando una voz realmente conocida hace girarme:

—Ya sé cuándo podrás verle.

—Nina, ¿de qué hablas?

—Más bien di de *quién* hablas —frunzo el ceño sin entender y resopla—. ¡Hablo de Marcus! ¿De quién va a ser? He buscado información y he anotado que el próximo concierto de *4Kats* es en Berlín. Este sábado —concluye.

—¿Mañana?! —exclamo atónita.

—Sí, mañana —sonríe mientras se mueve de un lado para otro explicándome el perfecto plan—. Verás, he pensado en todo. Iremos contigo al concierto, por supuesto las enanas se quedarán aquí con Irene. Entonces, tras verles de nuevo en el concierto, iremos directas al hotel donde se alojarán, que resulta que el director del hotel es el abuelo de Andreas —coge aire y sigue hablando sin parar—. Él nos facilitará la entrada y podremos conocer a

4Kats en persona. Y es *ahí* —me señala con el dedo parando frente a mí—, cuando tú te quedarás a solas con Marcus y le dirás quién eres y todo lo demás. ¿Qué te parece? ¿No soy genial? —termina cruzándose de brazos y sonriendo.

—¿Que qué me parece? —resoplo—. Primero, que espero que todo salga bien y segundo, que estás muy loca.

—¿Y tercero?

—Que gracias por todo lo que estás haciendo por mí y las niñas —nos abrazamos calurosamente.

—¡Mamá! ¡Mira que altooooo!

Ambas nos separamos para observar a las niñas columpiarse.

—¡Yasmina, no tan alto! —alzo la voz al ver la altura.

—¡Ya no puedo parar! —ríe la pequeña.

Nosotras también reímos y nos acercamos a ellas para columpiarlas más despacio. Las horas van pasando volando mientras las niñas juegan sin indicios de cansarse.

Me despido de Nina ya en mi puerta y quedamos en vernos mañana a las ocho de la tarde para irnos en autobús hacia Berlín, ya que el concierto comenzaría a las diez de la noche y debíamos ir con tiempo.

A la hora de la comida y tras acostar a las gemelas para la siesta (son muy dormilonas), les cuento a Irene y Desy el perfecto plan de Nina. Ambas están de acuerdo con ello y no dejan de animarme diciendo que todo saldrá bien. Irene me ha prometido que mañana cuidará a las pequeñas y que no tenía que preocuparme.

La noche la paso peor que la anterior; no puedo dejar de darle vueltas a cómo me sentiré al volver a ver a Marcus Ackerman a la cara después de cuatro largos años. Pensando en ello he cerrado los ojos y he caído dormida en un profundo sueño.

Capítulo 12

Estoy notando calor en mi brazo, cada vez me arde más. Abro entonces lentamente los ojos y lo aparto del sol que está penetrando a través de la ventana, proyectando sus rayos sobre un lateral de mi cama. Pero ¿cómo puede quemar tanto el sol en diciembre? Definitivamente, el tiempo está loco. Me llevo la mano a la frente, también la tengo ardiendo. Pero no me preocupo por ello, debe ser por el calor del sol. Me desperezo bostezando y golpeo sin querer el reloj de la mesilla con la mano. Lo agarro antes de que termine en el suelo y miro las agujas que marcan las doce de la mañana. ¡Madre mía! ¡Sí que he dormido! Enseguida pienso en las niñas, seguro que Irene ya se ha ocupado de darles el desayuno. ¡Vaya madre estoy hecha!, pienso mientras me levanto. Tengo que irme de esta casa cuanto antes con las niñas. Irene ya ha hecho suficiente por mí todos estos años. Ahora más que nunca estoy totalmente decidida a intentar hablar con Marcus y hacerle razonar para que me ayude con ellas.

Me visto rápidamente con lo primero que pillo y me dirijo al baño para peinarme. Al poco rato bajo al comedor. Ya huele a rica comida. Irene es una excelente cocinera.

—¡Mami! —exclama Yasmina al verme.

—¡Mamá, mira! —dice Amanda señalando la televisión.

Ambas están sentadas sobre la alfombra mirando la pantalla, entonces me acerco y puedo ver que en el telediario están hablando ni más ni menos que de *4Kats*. Le subo el volumen mientras me siento en la alfombra junto a ellas.

—“Y esta noche a las diez, el grupo de rock *4Kats* llenará el gran teatro de Berlín donde ya hay miles de fans esperando entrar. *4Kats* ha arrasado por Estados Unidos y de nuevo lo hace en Europa y, cómo no, empezando por su país natal...”.

—¡Hay mucha gente! —dice Yasmina levantándose y acercándose más a la pantalla al ver la imagen de la larguísima cola de adolescentes esperando tras

las puertas del teatro.

—Yas, vete hacia atrás, es malo estar tan cerca de la pantalla —ésta retrocede y vuelve a sentarse sobre la alfombra.

Suspiro y cambio de canal.

—Anda, ved los dibujos.

Y ahí las dejo ensimismadas levantándome y yendo hacia la cocina donde Desy e Irene están cocinando.

—Siento no haberme despertado antes —comento mientras saco los vasos para llevarlos al comedor.

—No pasa nada —contesta Irene tan amable como siempre.

—¿Nerviosa? —me da un codazo Desy.

—Un poco. Voy a ver al padre de mis hijas después de cuatro años y le voy a contar que tiene dos hijas. Sí, algo nerviosa estoy —concluyo medio sonriendo.

Desy ríe y dándome unos golpecitos suaves de ánimo en la espalda me ayuda con los vasos y demás cosas para ir colocando la mesa.

Llega la una de la tarde cuando comemos todas juntas. Durante la comida evitamos sacar el tema de *4Kats* porque las niñas están delante y no es plan de que se enteren, ya que podrían hacer cualquier cosa para venir. Tras terminar de comer, Desy y yo subimos a mi cuarto. Las horas van pasando probándonos ropa para el concierto, pero cada cosa que me pongo me gusta menos.

—Ah, ya sé, espera, verás. Vas a causarle de todo menos miedo —dice Desy mientras rebusca como una loca en mi armario. No sé qué va a encontrar, me he probado todo—. Ahá, aquí está —saca un vestido precioso que Irene me regaló en uno de mis cumpleaños, no recuerdo bien cual pero jamás he tenido una ocasión perfecta para ponérmelo. El vestido es admirable. Pero ¿de verdad quería que me pusiera justamente ése para esta noche?

—Desy, ¿estás loca, no? ¿Esperas que vaya al concierto así? —abro los ojos de par en par observando el vestido detenidamente.

Es bastante corto y con un escote que hace realzar mi pecho. La verdad es que es muy bonito y elegante.

—El concierto es lo de menos, tienes que ponértelo para cuando tengas a Marcus delante —se relame los labios, ilusionada—. Venga, ya verás lo genial que te queda.

Suspiro, no tengo opción o se pondrá pesada con ello. Voy al baño y me lo pruebo mirándome al espejo. En realidad queda precioso puesto. Salgo del

baño y me dirijo descalza hacia el espejo del pasillo que es igual de alto que yo o quizás un poco más. Ahora sí puedo verme entera.

Desy sale del cuarto en ese momento y contemplo su cara sonriente a través del espejo.

—Estás guapísima. No podrá decirte que no a nada de lo que le pidas.

Me hace sonrojarme un poco.

—Bien, y ahora... —me agarra de la mano—. Sesión de peluquería y maquillaje.

Desy me arrastra al baño de nuevo y tarda menos de diez minutos en obtener todo lo indispensable para hacerme un bonito peinado. No sé, yo creo que está exagerando demasiado pero bueno, espero que al menos todo esto dé buenos resultados.

Las horas van pasando tan rápido que a las ocho de la tarde ya está Nina puntual en la puerta para recogernos a ambas. En la entrada me despido de las niñas y de Irene.

—Suerte cariño, estás bellísima —Irene me da un beso en la cabeza.

—Gracias —hace que me sonroje.

—¿Y yo? ¿Yo no estoy bella? —interviene Desy haciendo pucheritos.

—¡Sí, tita! ¡Tú también! —salta Amanda haciendo que nos sacara una sonrisa a todas.

Las niñas nos abrazan y tras esto salimos a la fachada. Irene les ha tenido que mentir diciendo que íbamos de cena de Navidad, ya que no podíamos decirles que íbamos a ver a *4Kats*.

Tras los últimos adioses llegamos a la parada más cercana subiéndonos al primer autobús que llega. Madre mía, de nuevo vamos al concierto de *4Kats*, igual que hace cuatro años. Bueno vale, igual no. Nosotras habíamos cambiado y ellos habían cambiado, eso era más que obvio. Durante el trayecto no puedo controlar los nervios, noto mariposillas en el estómago. ¿Vosotros no? Claro, no estáis en el mismo pellejo, pero tan solo imaginadlo y sabréis cómo me estoy sintiendo ahora mismo. Nina y Desy no paran de darme consejos ante cualquier situación. ¡Es que pueden pasar tantas cosas diferentes! He soñado muchas veces que volvía a tener a Marcus delante, pero siempre he tenido algo más que claro: no iba a reconocerme. Él sólo recordará la cara de niña de catorce años que tenía aquella noche. Bueno, ni eso, directamente no se acordará. Lo sé.

Capítulo 13

¡Madre mía! ¡El concierto ha sido una completa locura! Han cantado varios temas nuevos que he escuchado ya en estos años por televisión y radio. ¡Son geniales! Además, habían empezado a cantar en inglés también sabiendo que tenían tantas fans fuera de Alemania. Querían ser reconocidos mundialmente y para ello decidieron cantar también en inglés.

El público ha llenado todo el teatro de Berlín, ni pizca de comparación con el último concierto al que fuimos. Ahora están en la cima y miles de fans suspiran por ellos y por su música. Y también sé que miles de esas fans han pasado por la cama de Marcus. Por mucho que me duela admitirlo es la dura verdad. Antes de que Stefan hubiera terminado de cantar *I'll be there* (mi tema favorito), Nina ha tirado de nuestros brazos para ir saliendo antes que el resto, ya que luego se convertiría todo ello en una gran estampida.

Ya estamos fuera del teatro. Estábamos aún jadeando y cogiendo aire fresco cuando un coche nos pita y nos dirigimos hacia allí. Reconozco el coche de inmediato.

—¿Qué hace aquí Andreas? —pregunto a Nina algo desconcertada.

—¿Cómo quieres entrar al hotel si no vamos con el nieto del jefe?

Entonces lo recuerdo. Es verdad, sin Andreas no podríamos entrar y conocer a *4Kats* en persona. Nos metemos en el coche enseguida y en menos de veinte minutos llegamos al hotel de cinco estrellas más lujoso de Berlín. ¡Cómo se nota que los chicos han conseguido tal éxito que pueden alojarse en uno de éstos! Observo la puerta que está bloqueada por fans que alzan pancartas y gritan desesperadas sus nombres y canciones. Me paro a pensar en lo afortunada que me siento en este momento. Quizás si no hubiera realizado aquella apuesta tonta ahora sería una de esas fans que están saltando y gritando tras las vallas que abren un pasillo hacia la enorme entrada al hotel y por el que pasarían los chicos más tarde.

—Bueno, yo os dejo aquí —nos dice Andreas en doble fila—. No hay donde aparcar por esta zona.

—Vale —asiente Nina dándole un suave beso en los labios.

—¡Suerte! —me guiña un ojo y dándole las gracias bajo del coche.

—¡Espera An! —exclama Nina de repente abriendo de nuevo la puerta de copiloto—. ¿Cómo se supone que nos van a dejar entrar si tú no vienes con nosotras?

—¡Es verdad! —saca una tarjeta del bolsillo y se la da—. Toma, ahí tienes mi carnet de socio del hotel —sonríe—. Decidle a mi abuelo que venís de mi parte y ya está.

—¿Cómo se llama tu abuelo? —pregunta Desy esta vez acercándose al coche.

—Richard Rechner.

Tras despedirnos de él vamos caminando por el pasillo mientras me voy fijando en los carteles que sostienen las fans y los cuales casi nos estampan en la cara entre todos los empujones que se daban unas con otras intentando acercarse lo más posible a la valla.

Un momento. Hay una pancarta que me ha llamado bastante la atención. Dice así: “Marcus, quiero un hijo tuyo”. ¡Já! ¿De verdad está tan segura esa chica de quererlo? ¿Y para qué? ¿Para sufrir como he hecho yo creyendo que Marcus recordaría mi nombre e intentaría ponerse en contacto conmigo? ¿Pensará la chica que estará con ella y con su futuro hijo? No saben nada. Que piensen bien antes de decir aquellas cosas. No es ningún juego. Eso sí, dejo bien claro que no me arrepiento para nada de tener a mis preciosas gemelas que las quiero con locura. Para mí son un gran regalo y agradezco que el destino me haya hecho llegar estas dos criaturas a mi vida.

Una vez en el enorme hall del hotel, aún puedo escuchar los gritos del exterior aunque ahora suenan más bajos y lejanos.

Nos dirigimos las tres hacia el mostrador.

—Hola —sonríe Nina al chico de recepción.

—Hola, ¿tenéis habitación?

—No exactamente —le muestra el carnet de Andreas—. Venimos de parte del nieto de Richard. ¿Podemos hablar con él?

El chico mira de reojo a su compañera y nos pide un segundo para llamar por teléfono. No tarda mucho en terminar de hablar y vuelve hacia nosotras. Nos informa de que en breves el abuelo de Andreas se reunirá con nosotras.

Perfecto. Ahora solo queda que él nos deje quedarnos.

—Genial —susurra Nina intentando no mostrar demasiado entusiasmo por ello.

No han pasado ni cinco minutos cuando Richard llega hasta nosotras tras salir de un ascensor.

—Así que vosotras sois amigas de mi nieto... ¿A qué se debe esta visita? —el hombre parece amable por lo menos.

—Pues a que Andreas nos prometió que podríamos conocer a *4Kats* en persona y bueno —prosigue Nina sin cortarse un pelo—, que si podría hacernos el favor de facilitarnos una habitación para esta noche.

Diez minutos más tarde... ¡Voilà! Las tres estábamos en una enorme habitación de lujo y pared con pared con la que será la habitación de *4Kats*.

—Madre mía, más lujo imposible ¿no? —repetíamos las tres admirando el enorme baño con jacuzzi, la terraza y las amplias camas.

¡Esto es una pasada! No podéis haceros una idea de lo impresionante que era ver todo aquello. Nosotras, que hemos pasado toda nuestra vida en el campo y, ahora, estando en un hotel de cinco estrellas, es algo mágico y diría que irreal de no ser porque sé que no es un sueño. Richard nos ha dicho que mandará a uno de sus botones para avisarnos de la llegada de *4Kats* y así poder ir a sus “aposentos”. ¡Madre mía! No puedo dejar de morderme las uñas, inquieta. Cada vez estoy más y más nerviosa.

Inspira, espira, inspira, espira...

—Bueno Mere, ¿lo tienes todo, no? —la pregunta de Nina me desconcierta de repente.

—¿Todo? ¿Qué todo? No he traído nada.

—¡Qué tonta! Me refiero a que si lo tienes todo en tu cabecita —me da varios golpecitos en la coronilla intentando no despeinarme.

—Ah, sí, sí —afirmo sin hacerle mucho caso.

Capítulo 14

De pronto, suena el timbre de la puerta. Las tres nos miramos y juntas abrimos la puerta. Al otro lado hay un chico joven vestido de botones que nos anuncia la llegada del grupo.

—Gracias, ahora vamos —sonríe Nina educadamente.

Vuelvo a coger aire y a echarlo suavemente por la boca cuando estamos en el pasillo. Ya nos encontramos frente a la puerta de los chicos. Por inercia vuelvo a llevarme las uñas a los dientes y mi corazón sigue latiendo a mil por hora.

Vale, Meredith, ya estás aquí, no puedes echarte atrás ahora.

—Tranquila —me susurran mis dos amigas a la vez.

—Todo va a salir bien —me asegura Desy.

Pero yo no estoy nada segura del final de todo esto.

Nina parece no querer esperar más y da unos suaves golpecitos a la puerta. Enseguida me coloco entre medias de ambas, así me siento más respaldada y protegida, no sé por qué.

No pasan ni cinco segundos cuando Martin, el batería, nos recibe con una gran sonrisa. ¡Madre mía, qué cambio! Sí, es cierto que les he visto en el concierto, pero creedme que no te fijas muy bien en ellos en esos momentos porque estás más pendiente de sus actos y de las canciones. Sin embargo, ahora que lo tengo delante a pocos centímetros compruebo su gran cambio. La última vez que le vi en persona tenía gafitas y era más regordete, ahora compruebo que se ha puesto lentillas y que tras la camiseta de manga corta negra que lleva puesta se dejan ver unos duros brazos. Supongo que de tanta batería se ponen así.

—Hola —sigue sonriendo—. ¿Sois las fans que el botones del hotel nos ha dicho?

Bien, así de primeras parece que él por lo menos no nos ha reconocido.

—¿Y qué te ha dicho el botones exactamente? —se lanza Nina a preguntar

cogiendo confianza enseguida.

—Pues que seréis las privilegiadas que van a pasar la noche con nosotros.

Sí, ahí está Marcus, esa frase solo puede ser suya. Aparece entonces de repente metiéndose en la conversación colocándose al lado de Martin que nos deja pasar empujando a Marcus hacia un lado.

¡Por Dios! Os mentiría si os dijera que Marcus Ackerman no es irresistible y que a día de hoy más que nunca. Vale, ya sé que lo he estado viendo en televisión durante estos cuatro años, pero tenerle delante es completamente distinto. Supongo que toda fan piensa lo mismo cuando tiene la suerte de conocer a sus ídolos cara a cara. Sus rastas rubias están recogidas esta vez en una coleta. Hoy no lleva gorra sino una bandana negra que le queda genial. Además, ha crecido bastante, lo compruebo en cuanto se coloca a mi lado para ofrecernos unas copas llenas de champán. Por lo que veo, en algo no ha cambiado: no se ha quitado el vicio de beber en público.

Estoy tan ensimismada en la copa que me está ofreciendo Marcus con su preciosa sonrisa que no me doy cuenta hasta este instante de que acaba de aparecer Stefan. Vaya, ya no tiene el mismo peinado que hace cuatro años, ahora lo lleva más largo aunque todavía de color negro. Está realmente cambiado y a mejor.

Miro a Desy de reojo, está sonriendo a más no poder. Normal, ha vuelto a ver a su gran ídolo: Stefan Ackerman.

—¡Ey! ¡Las fans! —el vozarrón de Jon, el último que faltaba en aparecer, hace que todos le miremos. Éste se acerca a darnos un abrazo después de Stefan—. Encantado, chicas.

Muy bien, al parecer ninguno nos ha reconocido. Pues sí que estamos cambiadas ¿no? Enseguida nos ofrecen sentarnos junto a ellos en los cómodos sofás del salón. Tener a Marcus enfrente no hace que me calme los nervios sino todo lo contrario. Nos han comenzado a preguntar por nuestros nombres. Tengo la esperanza de que cuando los escuchen nos recuerden, pero vuelven a repetir más o menos lo mismo que dijeron cuatro años atrás.

—Qué nombres más chulos y originales —dice Stefan sin dejar de mirarnos.

Entonces noto cómo repara en Desy y ésta se sonroja un poco sorbiendo de

su copa delicadamente.

Miro el reloj. Ya llevamos una hora y pico charlando sobre su éxito y demás. Casi he olvidado a qué venía exactamente aquí, pero es que no sé qué hacer para que Marcus y yo nos quedemos a solas.

—¿Jugamos a un juego? —la voz de Nina interrumpe mis pensamientos.

La miro con intriga, a saber lo que está tramando esta muchacha. Nina enseguida explica el juego al ver que los chicos están de acuerdo. Al parecer, el juego consiste en ir haciendo preguntas e ir bebiendo alcohol cada vez que no te arriesgues a contestar. Típico juego de Nina. Creía que se iban a oponer, pero enseguida y con bastante ánimo deciden jugar. Marcus el primero, que en cuanto estamos a punto de comenzar dice:

—Voy a tener que no arriesgarme con algunas preguntas porque hoy me habéis pillado con ganas de beber —sonríe, jugueteando con el *piercing* del labio.

¡Madre mía! ¡Aún sigue con esa manía del labio que tanto me encanta!

Stefan le da un codazo pero Marcus no deja de sonreír y mirarnos. ¡Qué mono! Respiro hondo cuando da comienzo el juego. Sé que Nina debe tener algo preparado para que Marcus y yo nos quedemos a solas, o eso espero, porque a mí no se me ocurre nada.

Llevamos una hora de juego, ya todos comenzamos a reír por pequeñas tonterías y estupideces. Nos hemos saltado las reglas y hemos acabado bebiendo sin más. Vaya, creo que me he pasado con tanto alcohol porque la cabeza empieza a darme vueltas. Por inercia, me levanto corriendo del sofá necesitando un baño urgentemente.

—¿Vas al baño? —escucho la grave voz de Marcus algo lejana y asiento levemente con la cabeza. Noto que alguien me agarra de la mano y me conduce hasta algún lugar.

Vale, es el aseo, puedo verlo aunque con la vista algo nublada. Sin cerrar la puerta me dirijo al váter rápidamente. Me arrodillo ante él y agarrándolo con ambas manos empiezo a vomitar.

—Siempre lo digo. Las chicas no sabéis beber —sí, es Marcus quien me ha acompañado al baño y el que ha dicho estas palabras.

Levanto la cabeza un poco tras terminar de vomitar y consigo mirarle a los ojos. Está apoyado en la puerta mirándome con ojos achinados por culpa de

aquella sonrisa marcada en sus labios. Sonriendo, da un trago a su bebida.

—¿Mejor? —me pregunta cuando decido levantarme del suelo poco a poco.

Mi cuerpo se tambalea y, entonces, escucho de nuevo su voz, aún lejana para mis oídos:

—Creo que sé lo que necesitas. Ven conmigo —me dice agarrándome de la cintura.

Camino junto a él sin saber a dónde me conduce, pero no me importa. Me siento protegida a su lado. Noto un escalofrío cuando su mano roza mi piel de la cadera que ha quedado un tanto al descubierto porque la camiseta se me ha doblado de ese lado. Todos estos años he soñado con sus caricias y ahora estoy sintiendo sus manos sobre mi cuerpo de nuevo. ¿Es real por fin o es uno de esos tantos sueños que he tenido?

—Espérame aquí —dice dejándome tumbada sobre una mullida y cómoda cama de matrimonio.

¿Dónde estoy? ¿Es la cama de Marcus? Me llevo la mano a la cabeza y cierro los ojos pero todo me sigue dando vueltas. No debí haber jugado a ese estúpido juego con alcohol. No estoy acostumbrada.

De pronto, escucho la voz de Marcus de nuevo, más cerca esta vez. Ya está a mi lado. Noto su mano sobre mi frente y aquello me reconforta.

—¿Te encuentras muy mal?

—Me mareo... —susurro con la mirada perdida—. Quiero... Quiero ir a casa. ¿Y mis amigas?

—Se han ido ya a su habitación —dice tranquilamente mientras sigue acariciándome con las yemas de sus dedos.

—¿¡Qué?! —me incorporo rápidamente, pero él me empuja suavemente haciéndome caer sobre la cama de nuevo.

—No te preocupes, hemos acordado que pases la noche aquí.

Vale, ahora lo entiendo. Deben de haberse marchado sin mí para que me quede con Marcus a solas. Al fin estoy a solas con él. Ahora me estoy dando cuenta. Le miro a los ojos y me sostiene la mirada por varios segundos. Está

tan cerca... Observo seguidamente sus carnosos labios y su *piercing* de aro del labio inferior. Reparo en sus brazos llenos de tatuajes haciéndole parecer un tipo duro.

—Marcus —consigo pronunciar su nombre y empiezo a buscar las palabras exactas—. Marcus, tengo... Tengo que decirte algo importante.

—Tranquila, no vamos a hacer nada que no quieras, tampoco soy tan malo —me dice con su grave voz y con una media sonrisa.

¡Vamos, Meredith! ¡Suéltalo ya! ¡Ahora o nunca!

Abro los ojos algo más y le agarro de la mano, apartándola de mi frente.

—Marcus, no me recuerdas, ¿verdad?

Éste frunce el ceño y me mira de una forma extraña, como si estuviera viendo a través de mí. Como si estuviera intentando recordar algo.

—Soy Meredith —prosigo antes de que me interrumpa—. Hace cuatro años te acostaste conmigo... —apenas lo he susurrado pero sé que me ha escuchado porque sonrío, tranquilo.

¿Me ha reconocido?, pienso entonces sonriéndole también.

—Vaya, Meredith. Pues lo siento mucho pero es que como han pasado tantas tías por mi cama no me acuerdo —dice sin borrar la sonrisa.

Pero yo sí que borro la mía. Decido incorporarme de nuevo y ésta vez no hace nada para impedírmelo. Voy a tener que hacerle recordar un poco más.

—Ya sé que fui una fan más, eso lo tengo claro. Pero ¿recuerdas la primera chica de dieciocho años con la que te acostaste?

Sí, lo sé, ahora iba a tener que salir a la luz mi gran mentira pero no tengo otra opción. De pronto, vuelve a posar su mirada en mí, sólo que esta vez me mira de arriba abajo como si me estuviese chequeando. Parece algo sorprendido.

—¿Tú...? —abre los ojos de par en par poniéndose de pie.

—Sí, yo —me levanto tambaleándome. Tengo ganas de vomitar otra vez, pero me aguanto. Tengo que conseguir que me recuerde de verdad—. Yo soy aquella chica a la que subiste esa noche a una habitación, en la fiesta privada que hicisteis en Leipzig cuando tenías dieciocho años —añado para concluir todo aquello.

—Un momento, un momento —me interrumpe a toda prisa y algo serio—. Pero si tenías entonces dieciocho años como me dijiste... ¿Cómo es que antes en el juego habéis dicho que *todas* —recalca la última palabra— tenéis dieciocho ahora? ¿Cómo puede ser eso posible? Se supone que tienes que

tener mi edad a día de hoy.

Suspiro y con calma le contesto:

—Te mentí aquella noche. No tenía los dieciocho.

—Joder, eso está ya más que claro. Pero ¿qué años...? —no termina la frase, parece que está echando cuentas—. Claro. Si yo hace cuatro años tenía dieciocho, entonces tú tenías... —hace una pausa y me mira como si fuera la primera vez que ve mi rostro—. ¡Tenías tan solo catorce años! Pero ¿¿por qué mentiste?! —sube la voz.

—Lo siento. Yo... —agacho la cabeza, incómoda por la situación—. Pensé que sería demasiado pequeña para ti y que me rechazarías.

Consigo mirarle algo asustada por su comportamiento.

—Dios... —resopla llevándose la mano al cuello, desesperado—. Nunca me acosté con menores. ¡Tenías que haberlo dicho! ¡Me pones en un puto compromiso! ¡Si se llegaran a enterar los medios o... yo qué sé! —concluye, inquieto por la situación.

Su tono de voz ya no me gusta para nada, tengo que soltar la verdad. Toda la verdad. Es decir, a lo que venía a decirle desde un principio. Ahora sí que puedo sentir el corazón palpitando a mil por hora. Noto tan fuerte la aceleración de mis pálpitos que me duele.

—¿Hay algo más que deba saber? ¿No vendrás a decirme ahora que te quedaste preñada, no? —suelta una carcajada—. Porque no me jodas, vaya nohecita —dice mientras ya está sacando una botella de Ron del mini bar.

Entonces rompo a llorar. Me derrumbo sin más. No sé por qué pero... ¿No es un momento en el que te entran ganas de dejarlo todo atrás y olvidarlo? ¿De volver a nacer a lo mejor? ¿Para qué decirle algo que obviamente no creería?

Marcus se acerca a mí lentamente y a través de mis lágrimas puedo ver que tiene la mirada puesta en mi vientre. Su mirada es totalmente de incredulidad y desconcierto.

—No es verdad —afirma solamente.

Yo sigo llorando sin cesar. Marcus da un trago a la botella de Ron que sostiene en la mano y, tras ello, se lleva la mano a los ojos restregándose por alguna razón.

—Mira, chica —comienza a hablar—. Yo sé que os pongo a cien y tal, pero de verdad que no hace falta que me mintáis para acostaros conmigo, soy mucho más fácil de lo que pensáis —da otro trago a la botella intentando parecer más macho.

Marcus sigue diciendo cada vez más estupideces sin sentido sobre fans enloquecidas por él que serían capaz de inventarse cualquier cosa, etcétera. Pero ya estoy harta y no le escucho más. Entonces reviento, gritando y mirándole con ojos llorosos y enrojecidos:

—¡¡Cállate!! —se traga las palabras de repente, sorprendido ante mi comportamiento—. ¡Tengo dos hijas tuyas, joder! ¡He estado cuatro puñeteros años escondiéndolas de los medios por ti y tu banda! —Marcus me mira como si estuviera loca, casi a punto de echarse a reír, pero yo sigo gritando—. ¡Todos los días la gente me pregunta por su padre y tengo que mentir! ¡Y ya estoy harta! ¡¡Harta!! —las lágrimas me provocan un nudo en la garganta y no puedo seguir.

Necesito vomitar de nuevo. Marcus sigue frente a mí como una estatua aunque su sonrisa ha desaparecido. Le empujo para salir de la habitación y me choco entonces con Stefan, Martin y Jon en la puerta. Vale, genial, se han enterado de todo los muy cotillas. Bueno, mejor, ya no tengo que gastar más saliva.

—¿Qué está pasando? —pregunta Stefan cuando paso entre ellos directa a encerrarme en el baño.

Cierro con cerrojo y me acuclillo sobre el váter. Vuelvo a vomitar una vez más llorando al mismo tiempo y a punto estoy de atragantarme. El malestar que llevo encima hace que mis párpados se cierren poco a poco. Necesito dormir ahora mismo... y rezar porque todo esto sea una pesadilla nada más. Intento imaginar que en la vida real aún estoy junto a mis padres, al lado de la chimenea, leyendo un libro en el que la protagonista es otra y no yo. Intento imaginar que nada de esto ha ocurrido jamás.

Capítulo 15

No sé cuánto tiempo ha transcurrido desde que he entrado al baño, pero no tengo fuerzas para levantarme del suelo y salir. Intento escuchar las voces que provienen desde el otro lado. *AKats* parece estar discutiendo pero no alcanzo a entender todas las palabras. Escucho mi nombre varias veces tras la puerta.

—¡Meredith, abre! —Marcus grita dando varios golpes a la puerta, parece estar fuera de sí.

Miro hacia la puerta y un escalofrío recorre todo mi cuerpo en este instante.

—¡Marcus, deja de asustarla más! —escucho la voz de Stefan.

Parece que su intervención ha hecho que deje de aporrear la puerta aunque su grave voz vuelve a sobresalir.

—¡¿Asustarla!? ¡Ella es la que me ha asustado a mí, Stefan! ¡Está loca!

—Ante todo, deja ya de beber, tío. Dame la botella —esa es la voz de Martin, la reconozco.

Parece que Marcus aún seguía con la botella de Ron en la mano.

—Dice que tiene dos hijas mías. ¡No me jodais que la creéis!

Sus hirientes y desconfiadas palabras se clavan en mi corazón con un gran dolor. Mis lágrimas no dejan de salir.

—Jon, llama a las amigas, no creo que salga de aquí sin ellas.

Éste parece hacer caso a la orden de Stefan, ya que no escucho palabras en contra. Marcus sigue alzando la voz al hablar y vuelve a dar golpes a la puerta, histérico.

—¡He conocido fans locas por mí pero no tanto como ella! ¡Venga, sal y da la cara! ¡Vuelve a decir esa gilipollez de las niñas si te atreves!

—¡Marcus, basta! —chilla Stefan por primera vez.

Necesito respirar, el baño comienza a resultarme angustioso y sin oxígeno.

Me levanto apoyando mis manos en el retrete. Hay un momento en el que mis piernas flojean y me hace tambalear. Llevo bastante tiempo de rodillas y ahora se resisten a estirarse. Con mano temblorosa agarro el cerrojo y me lleva varios segundos deslizarlo hacia un lado. Abro la puerta lentamente con la mirada al suelo, temiendo encontrarme con la mirada de Marcus. Pero entonces levanto la cabeza un poco y me encuentro con una persona muy diferente.

—¡Desy! —exclamo sollozando al verla.

Le abrazo y lloro en su hombro. No me doy cuenta de lo que está sucediendo hasta que consigo escuchar a Nina gritar.

—¡¿Por qué iba a querer mentiros!?! ¡Marcus, deja de creerte el centro del universo por un segundo! ¡Y déjame decirte que lo que menos haría una fan para volver a verte sería mentirte acerca de un hijo tuyo! Porque con esas cosas no se juega.

Me separo de Desy, y ella, dándome ánimos, me guía hacia el comedor donde se encuentran todos. *4Kats* y Nina están de pie mirándose cara a cara. Todos vuelven enseguida la cabeza hacia nosotras, pero todos me miran a mí. Marcus el primero. Su mirada se clava en mi retina de una forma dolorosa. ¡Es el padre de mis hijas por Dios! ¡Y no me cree! ¡No me cree y no va a creerme nunca! ¿Qué puedo hacer?

Vuelven a discutir con Nina, pero ya no aguanto más esta situación y grito:

—¡¡Está bien!! —todos se callan de repente y me miran—. ¡No van a creerme! —miro a mis amigas—. ¡Estamos perdiendo el tiempo aquí! Y estoy reventada... Vámonos —consigo calmarme dirigiéndome ya hacia la puerta, pero la suave voz de Stefan me retiene.

—Espera, Meredith —giro la cara lentamente para mirarle. Que me deje en paz, no quiero volver a escuchar más tonterías. Mis lágrimas me impiden verle el rostro con claridad, aun así le escucho—: Marcus se hará la prueba de paternidad —añade rápidamente.

—¡¿Cómo?! —exclama Marcus reaccionando a lo que su hermano acaba de decidir.

Éste prosigue sin hacer caso a Marcus:

—Mañana tenemos día libre, iremos al hospital temprano y se hará la prueba. Vosotras tendréis que llevar a las... —alza la mirada al techo, le cuesta encontrar las palabras—. Bueno, a las niñas, para que también se hagan la prueba. Ahí sabremos si decís la verdad o no.

—¡Eso sí que es una pérdida de tiempo! —interviene Marcus—. Dará negativo y habré tenido que madrugar para nada —se tumba sobre el sofá, mostrando pasividad sobre el asunto.

—Marcus, no perdemos nada por hacerlo —dice Martin interviniendo en esta conversación por vez primera—. Así todos estaremos más tranquilos.

—A mí también me parece bien —añade Jon.

—Muy bien —dice Nina mirando a su alrededor—. Pues eso haremos, y pronto conoceréis la verdad y tendréis que pedirnos perdón por todo lo que nos habéis montado.

Stefan asiente con la cabeza, al igual que sus dos compañeros. En cambio, Marcus resopla y niega con la cabeza medio riendo.

Sé que está pensando en que va a salir victorioso de ésta, pero ya me reiré yo cuando sepa los resultados y entonces tendrá que disculparse.

—Hasta mañana entonces —se despide Desy empujándome suavemente hacia el exterior.

Una vez dentro de nuestra habitación miro el reloj. ¡Madre mía, son las cinco de la mañana!

—Yo no duermo ya —me tumbo sobre el sofá, agotada.

Nina me mira con ternura.

—Necesitas dormir. Yo por lo menos lo necesito, llamadme en un par de horas —Y diciendo esto desaparece por el pasillo dirigiéndose a algún cuarto de aquella inmensa habitación.

Desy sigue a mi lado sentada en el sofá. Entonces me doy cuenta de algo.

—Des, ¿estás llorando? —le pregunto al ver que tiene las manos en la cara.

—Lo siento, Meredith —susurra entre sollozos—. Marcus Ackerman es tu ídolo desde siempre y ahora tiene que ser muy duro verle en tu contra. No has dejado de soñar con volver a verle y con un bonito reencuentro y...

No puedo más y rompo también a llorar al tiempo que nos abrazamos.

—Desy —consigo pronunciar su nombre al rato—. No hablas solo de mí y de Marcus ¿verdad? —ella levanta su triste mirada hacia mí—. Stefan se ha puesto también en tu contra porque me has defendido. Gracias, Desy —le abrazo de nuevo—. Gracias por todo. Y lo siento, perdóname por haber llegado a esto. Jamás hubiera querido que vieras al chico de tus sueños discutiendo por mi culpa.

—No importa, Meredith —me dice agarrándome de los hombros—. No me

importa enfrentarme a él... —se muerde el labio nerviosa— por respaldar a mi hermana, porque ante todo estás tú. Siempre.

Y al fin sonreímos en todo lo que llevamos de madrugada. Tras ello, nos damos un último abrazo y nos deseamos buenas noches. Ambas acabamos dormidas sobre el sofá. Juntas, como siempre.

Capítulo 16

Apenas parece que he conciliado el sueño cuando el sonido de una cafetera me hace despertar. Abro los ojos mirando a mi alrededor. Reconozco la habitación enseguida. Estoy en el hotel de Berlín. Me incorporo un poco sentándome en el sofá y hago un pequeño gemido por el dolor de cabeza.

—Ay el alcohol... Qué malas jugadas nos hace pasar ¿eh?

—Nina, dime que lo de anoche con *4Kats* fue una mala jugada por el alcohol —digo mientras le observo beber de su café recién hecho.

—Lo siento niña, pero no, no lo fue —da otro sorbo al café.

—Me lo temía —me levanto con cuidado—. ¿A qué hora volvemos a casa?

Desy, que acaba de aparecer por el pasillo, es quien me contesta:

—Va a venir mamá en media hora a recogernos.

—¿Cómo estarán las niñas? Debería llamarlas, ¿dónde está mi móvil? —busco con la mirada por la habitación.

—Tranquila, tía —Nina me ofrece una taza de café caliente—. Relájate, toma —agarro la taza sentándome de nuevo—. Vas a verlas en media hora, estarán bien.

Suspiro un momento. De pronto, suena el timbre. Las tres nos miramos extrañadas. No puede ser Irene, no han pasado ni cinco minutos desde su llamada.

—Quizás son las de la limpieza —dice Desy caminando hacia la puerta.

Nina y yo seguimos desayunando cuando escucho la voz de Desy desde la entrada:

—Tú...

Nina y yo nos ponemos en pie mirándonos intrigadas. Nina me dice que me relaje al ver que vuelvo a ponerme nerviosa. Esperamos un momento en silencio cuando Desy vuelve de nuevo:

—¿Qué pasa? ¿Quién era? —pregunto yo enseguida.

—Era Stefan —susurra ella.

—¿Stefan? ¿Y qué ha dicho? ¿Qué quería? —insisto en que suelte prenda, pero parece estar en cualquier lado menos aquí—. ¡Desy! —exclamo su nombre y da un respingo.

Contesta medio sonriendo:

—Tengo su número de móvil.

—¡Vaya con la Desy! —exclama Nina—. ¡Qué va a pillar cacho y todo!

—No seas tonta Nina, tengo su móvil, pero es para poder estar en contacto con lo de la prueba de paternidad —contesta mientras me mira, luego vuelve a mirar a Nina—. Se acaban de marchar hacia el hospital para hacérsela cuanto antes.

Resoplo recordando los duros momentos que sufrí anoche en la habitación de los chicos. Sin embargo, hoy es un nuevo día y lo veo todo con algo más de positividad. Yo sé que las gemelas son sus hijas y que no va a poder hacer otra cosa que creerme cuando sepa el resultado de la prueba.

Enseguida hemos recogido un poco y en cuanto ha llegado Irene hemos bajado al *hall* del hotel dejando las llaves en recepción. Dándole las gracias al director y abuelo de Andreas hemos subido al coche de Irene.

Por el camino le contamos a Irene la mala noche de ayer. Ella resopla varias veces sin dejar de animarme diciendo que todo saldrá bien a partir de ahora.

A medio camino me vienen las pequeñas a la cabeza.

—¡Irene! ¿Y las gemelas? —me alerto al ver que no han venido con ella.

¿No habrá sido capaz de dejarlas solas, no?, pienso enseguida.

—Tranquila Mere, están en casa con Andreas.

—¿Y qué hace él con ellas? —pregunto mirando a Nina que se encoge de hombros ignorando la respuesta.

—Le he visto repartiendo los periódicos de esta mañana y le he pedido que se quedara con ellas por veinte euros.

—¿Diez euros cada una? ¡Mis niñas valen mucho más! —bromeo después de tanto tiempo de seriedad e inquietud.

De pronto, el interior del coche retumba gracias a nuestras sonoras carcajadas. Sienta bien volver a reír.

En cuanto Irene apaga el motor, soy la primera en salir escopetada hacia la casa. La puerta suele estar abierta siempre de día, hay confianza con el resto del barrio y rara vez se cierra la puerta con llave.

—¿Andreas? —pregunto nada más entrar.

—¡Es mamá! —dos lindas voces exclaman a la vez aquellas bonitas palabras.

Enseguida las veo aparecer caminando hacia mí y seguidas de Andreas.

—¡Mami!

Me agacho para estar a su altura y las abrazo con ternura. Enseguida aparecen las demás que saludan también a Andreas. Nina le da un suave beso en los labios.

—Mamá —Yasmina me tira de la manga—. ¿Sabes lo que nos ha dicho Andreas?

—No, ¿qué ha dicho? —miro a éste que se encoge de hombros. Todas esperamos a que Yasmina arranque y termine de hablar.

—Pues, pues ha dicho que, ha dicho que... —balbuceaba sin poder decir algo coherente.

—Ha dicho que te has ido de pingo —dice Amanda al final ayudando a su hermana.

—¿Cómo? ¿De pingo? —desvío la mirada hacia Andreas que sonrío con picardía.

—¿Y vosotras sabéis qué es eso? —pregunta Irene entonces intentando no soltar una carcajada todavía.

—¡Sí, lo sabemos! —asiente Yasmina.

—¡Es verdad! —añade Amanda.

—¿Y bien? ¿Qué es? Decídmelo —me levanto y miro a ambas sonriendo.

—Andreas nos ha dicho que es ir a una fiesta loca con...

—¡Con cerveza y música! —exclama Amanda mirando a su hermana que aún buscaba las palabras exactas.

No pudimos evitarlo más y reímos todos a carcajada limpia. Tras estas pequeñas risas he subido a ducharme, necesitaba despejarme un poco con una ducha relajante. Pero poco me dura la tranquilidad porque enseguida alguien golpea la puerta.

—¡Mere! ¡Date prisa! Stefan me acaba de llamar diciendo que el doctor no les hará la prueba porque...

—¡¿Qué?! —le interrumpo saliendo de la ducha corriendo y con una toalla enredada sobre mi húmedo cuerpo.

Abro la puerta encontrándome con Desy de frente.

—Pues eso, que resulta que el médico les ha dicho que la prueba se la

tienen que hacer al mismo tiempo.

—Espera, espera, ¿quieres decir que las niñas van a tener que ver a Marcus?

—Eso no lo sé, a lo mejor estáis en salas distintas.

—¿Estáis? —repito aquella palabra, extrañada.

—Ah sí, por lo visto también tienes que hacerte tú la prueba —dice casi susurrando—. Los médicos deben comprobar que no mientes al decir que son tus hijas. Vamos, que quieren la familia al completo allí a poder ser.

Resoplo llevándome una mano a la sudorosa frente. No puedo creer que haya que llegar a tanto por todo esto. ¿No hubiera sido más fácil que Marcus me creyera y punto?

—Salgo enseguida, espérame abajo con las niñas —cierro la puerta y comienzo a vestirme.

El vestido de anoche lo llevo seguidamente a la lavadora, apesta a alcohol y vómito. No pienso volver a ponérmelo para ocasiones especiales.

Cuando bajo al *hall* ya preparada, Desy me anuncia que Nina y Andreas se han tenido que ir y que me han deseado suerte. Asiento levemente con la cabeza aunque no doy mucha importancia a la palabra “suerte”, ya que no sirve de nada. Si cada vez que deseamos suerte a alguien saliera todo como quisiéramos sería la vida perfecta ¿no? Pero no, la realidad es que la palabra “suerte” es una palabra más, como otra cualquiera.

—Mami, ¿a dónde vamos?

Yasmina acaba de hacer la esperada pregunta mientras ya estamos subidas en el autobús directas al centro. Desy ha decidido acompañarme, cosa que le agradezco en el alma. No podría enfrentarme sola a todo este embrollo.

—Chicas, ya os lo he dicho yo antes —me ayuda Desy a responder—. Vamos al médico porque os tienen que mirar que no estéis malitas.

—¡Pero si no lo estamos! —exclama Amanda enfurruñada—. No tengo fiebre, ¿a que no mamá? ¡Mira, toca! —me agarra la mano llevándola hacia su frente.

No puedo evitar sonreír y contesto lo más tranquila que puedo:

—No siempre se tiene fiebre para estar malitas, cariño —le doy un beso en su suave cabello—. De todas formas, no creo que estéis malitas, pero aun así el médico es quien os lo tiene que decir ¿vale?

No vuelven a abrir la boca al respecto, ya que en cuanto hemos entrado al centro de Leipzig las niñas se han quedado embobadas mirando por la ventana

los altos pisos y rascacielos. Ahora que hago memoria, ellas nunca antes han pisado otro lugar que no sea el campo. Todo esto era nuevo para ellas por lo que estaban boquiabiertas.

—Desy.

—¿Mmm? —vuelve la cabeza hacia mí, ya que también estaba mirando por la ventana.

—No quiero que las chicas vean a Marcus hoy —Desy frunce el ceño—. No creo que estén preparadas para conocerle.

—Tranquila, de todas formas esto de la prueba se sabrá más tarde, hoy no estarán los resultados y...

—Eso no importa —interrumpo sin querer—. Desy, ya sabemos los resultados, es solo que... —resoplo intentando contenerme para no llorar—. No quiero ni imaginar que las niñas adoren a su padre y éste se muestre reacio con ellas. No quiero que las rechace. Lo van a pasar fatal —concluyo.

—¡Meredith! —alza la voz al tiempo que pasa su brazo por mis hombros—. No puedes decir ahora que tienes miedo después de todo lo que pasaste ayer. Estás haciendo todo esto por el bien de ellas ¿no? —miro de reojo a las gemelas y asiento—. Pues ya está. Es lo único en lo que debes pensar ahora mismo.

—Pero ¿y si...?

—No hay marcha atrás, Mere —me interrumpe y no consigo decir nada más.

Tiene toda la razón. Debo seguir adelante con esto. Marcus Ackerman es el padre de mis hijas y debe afrontar su papel le guste o no. No hay otra opción.

—Vamos chicas, hemos llegado.

Capítulo 17

El autobús acaba de parar frente al hospital donde se encuentra *4Kats*. Es un alivio ver que no hay fans en la puerta ni tampoco medios de comunicación. Parece que cuando quieren saben llevar las cosas en secreto.

Desy lleva de la mano a Amanda y yo a Yasmina. Mientras subimos hacia la cuarta planta no dejo de pensar en el futuro encuentro de las niñas con Marcus. Prefiero que sea lo más tarde posible, no puedo imaginar el momento en el que...

—¡Mamá! ¡Tía Desy! ¡Mirad! —grita Yasmina de repente en cuanto salimos del ascensor.

Amanda también grita y ambas dan saltitos de alegría. Con el corazón a mil por hora levanto la mirada hacia el final del vacío pasillo. Bueno, rectifico lo dicho, no está vacío. En las sillas del final se encuentra *4Kats*, aunque respiro hondo cuando compruebo que Marcus no está entre ellos. Parece que el destino tiene mucha prisa en que las niñas vean a su padre. ¿He dicho que odio el destino? Pues ahora lo digo. ¡Lo odio!

Los gritos de las niñas hacen que los chicos giren la cara hacia nosotras. Menos mal que tenemos a las pequeñas bien agarradas de la mano, ya que intentan soltarse para salir corriendo hacia ellos sin ningún temor o vergüenza. Enseguida al vernos acercarnos poco a poco se van levantando de sus asientos.

—¡Hola, *4Kats*! —exclaman las peques al unísono.

Observo los rostros de los tres componentes del grupo: Martin sonrío cariñosamente mirando a las gemelas. Jon, con las manos en los bolsillos, hace una señal con la cabeza como saludo y Stefan abre los ojos a más no poder al mismo tiempo que la boca.

—Pero, pero, si son... —balbucea sin quitar ojo a lo que está viendo—. ¡Son idénticas!

—No son idénticas, Stefan. Es que estás viendo doble —añade Jon

bromeando y relajando un poco la situación.

Su comentario consigue hacer reír a las niñas pero yo no soy capaz, ¿dónde está él?

—¿Y Marcus? —pregunta entonces Amanda como si me leyera el pensamiento.

Miro a los chicos, asustada.

¡A ver lo que van a contestar!, pienso enseguida tragando saliva.

—Mmm, pues... —intenta Stefan buscar una buena respuesta, pero no le da tiempo, ya que en ese preciso momento se abre una puerta a nuestra izquierda saliendo un médico de ella.

—¿Ya han llegado Meredith y sus hijas? ¿Sois vosotras? —nos mira por encima de sus redondas gafas.

Asiento con la cabeza.

—Muy bien, pues pasad por aquí.

Agarro a las niñas que se enfadan porque quieren quedarse con los chicos. Justo al entrar escucho a Desy preguntar por Marcus, pero el doctor ha cerrado la puerta y no he alcanzado a escuchar la respuesta. La sala donde me encuentro ahora mismo es espaciosa. Tiene una camilla, un gran ventanal que parece dar a un patio interior, un escritorio con un ordenador... Vamos, lo indispensable para un médico. Nada fuera de lo común.

—Tomad, chicas. Venid —les dice el médico a las gemelas indicando que le siguieran.

Me sueltan la mano y van tras él hacia un armario blanco. De ahí saca un par de piruletas. Las pequeñas, al ver los dulces, sonrían y saltan intentando cogerlas, pero el médico no se las da hasta que no se sientan en la camilla. Una vez conseguido su propósito les vuelve a ofrecer las piruletas y ellas no dudan en lamerlas.

Entonces se dirige a mí que aún sigo en la puerta observando todo.

—Tranquila, el chico está al otro lado de la cortina.

Vaya, ¿cómo sabe que me estoy preguntando por su paradero?

Asiento con la cabeza y me invita a tomar asiento. Él rodea el escritorio y se sienta frente a mí.

—Muy bien, una enfermera ya está haciéndole la prueba a él. Ahora cuando termine pasas tú tras las cortinas y seguidamente las niñas.

¿Quería decir con ello que iba a tener que separarme de ellas un momento?

—Tranquila —dice al ver que me muerdo las uñas, nerviosa—. Estarán aquí, al otro de la cortina con otra enfermera.

Bien, la espera ha sido muy breve. Tras firmar los correspondientes papeles, dos enfermeras aparecen enseguida. Una me manda seguirla al otro lado de la cortina y la otra dice cuidar de mis niñas mientras tanto.

—Ahora vuelvo, portaos bien —doy un beso a cada una en la frente.

Ninguna parece preocuparse, ya que aún les dura su entretenimiento con las piruletas.

Al pasar las cortinas, entro a una sala idéntica a la anterior.

—Vaya, se ha dejado el móvil el muchacho —murmura la enfermera cogiendo el aparato de la camilla—. ¿Puedes dárselo cuando salgas?

—Sí, claro —me lo guardo en el bolsillo de mi chaqueta.

¡No puedo creer que tenga el móvil del famoso Marcus Ackerman en mis manos! Bueno, en otra ocasión totalmente diferente a ésta chillaría de alegría, pero no es el caso.

La prueba de ADN consiste en tomar un poco de mi saliva con un pequeño aparato que se introduce en la boca. En menos de dos minutos ya había terminado.

—Ya está —me dice entonces la enfermera—. Puede esperar a las niñas aquí —Y enseguida llama a mis hijas que aparecen tras las cortinas.

—A ver, tomad asiento aquí, guapas —les dice la misma enfermera que me ha tratado a mí.

—¿Y luego nos dais otra piruleta? —pregunta Yasmina aún relamiéndose los rojos labios llenos de caramelo.

—Claro —sonríe la enfermera.

Yo las observo y les muestro una sonrisa para que vean que no les van a hacer nada malo. Enseguida les hacen la misma prueba de saliva que a mí y nos dejan marchar.

—Bueno, ya está, chicas —la enfermera se acerca a un cajón y saca dos

nuevas piruletas que les entrega a cada una—. Por ser tan buenas —concluye acariciándoles el suave pelo.

Éstas dan un tímido gracias (como bien las he enseñado) y me dan la mano. A punto estoy de salir cuando la enfermera vuelve a hablar:

—Mañana les llamaremos para que vengan a por los resultados.

—¿Mañana ya? ¿Y tenemos que venir juntos? —pregunto intentando que la enfermera capte mi pregunta y sepa que me estoy refiriendo al padre.

—Sería lo mejor pero no es necesario —sonríe y nos invita a salir.

—Gracias.

Al salir no me da tiempo a reaccionar y las niñas se sueltan de mis manos corriendo hacia...

—¡Marcus! —ambas gritan su nombre y se agarran a sus piernas.

Éste las mira, sorprendido. Todos están observando la extraña situación. Miro a Desy que no puede evitar sonreír ampliamente. ¿Es que no le preocupa un poco todo esto?

—Eh, chicas, que se me caen los *pantacas* —dice éste colocándose bien sus anchos y caídos pantalones.

—¿Tú también has venido al médico... para... para ver si estás malito? —pregunta Yasmina mirándole a la vez que estira el cuello hacia atrás.

Las pobres no alcanzan a verle mucho la cara de lo altísimo que es. Si ya me saca a mí una cabeza y poco más imaginad cómo le verán ellas.

Éste me mira de reojo y encogiéndose de hombros contesta:

—En realidad, es Stefan el que ha venido a que le vea un médico. Anda, id a preguntarle a él —saca un paquete de tabaco del bolsillo—. Voy abajo a que me dé el aire.

Desaparece entonces de nuestra vista con aquellos andares tan chulescos e irresistibles que tiene. Sé que ha huido para no tener que enfrentarse a esta incómoda escena, pero cuando mañana nos den los resultados tendrá que poner de su parte sí o sí.

Mientras tanto las niñas van hacia Stefan, preocupadas.

—¿Estás malito, Stefan?

—¿Ya no vas a dar más conciertos?

El joven Stefan agachándose y, de este modo, colocándose a su altura, contesta amablemente:

—Pues claro que daré conciertos, ¿sabéis cómo puedo curarme? —un momento, ¿las está siguiendo el rollo? Las pequeñas niegan con la cabeza—.

Pues invitándome a comer a vuestra casa que seguro que mamá hace comidas muy ricas.

Miro a Jon y Martin. Éstos sonríen encogiéndose de hombros. Parece que Stefan acaba de auto invitarse.

—¡Mami! ¿Pueden venir a casa? ¡Porfaaaa! —comienzan ambas a tirarme de la manga y mirando a Stefan que sonrío con timidez.

Asiento con la cabeza haciendo que las gemelas salten de alegría por tener a *4Kats* en su casa. Y repito de nuevo lo mismo. En otra situación totalmente distinta yo también estaría saltando de alegría ante tal noticia, pero lo que menos me apetece es saltar y alegrarme. Siento que todo se va complicando más y más. Al menos esa es mi intuición.

Bajamos todos hacia la entrada y allí les espera Eric, su manager y guardaespaldas.

—Eric, mira, nos han invitado estas chicas a comer y... —mientras Stefan le informa de la última hora, yo miro a Marcus que se encuentra un poco apartado y terminándose un cigarro.

—Un momento, ¿cómo que vamos a comer en su casa? —interviene tirando la colilla al suelo y con una postura chulesca.

Pero Stefan hace caso omiso a su comentario y termina de explicarle a Eri que contesta sereno:

—Está bien, pero que suban en nuestro autobús y así nos vayan indicando el camino.

—Muy bien, vamos.

Marcus resopla y al ver que nadie le presta la menor atención nos sigue. Estamos a punto de subir al famoso autobús de *4Kats* con el que han ido a tantos conciertos cuando la voz de Marcus nos hace respingar.

—¡Mi móvil!

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Stefan algo desesperado por el comportamiento de su hermano.

—Que me lo he dejado dentro —Marcus comienza a correr hacia la entrada.

—¡Marcus, espera! ¡Que lo tengo yo! —exclamo haciendo que se dé la vuelta y camine de nuevo hasta nosotros.

Se acerca a mí lo bastante como para sentir su aliento.

—Gracias —dice con voz neutra cuando se lo entrego.

He rozado su fría mano y por consecuencia, he sentido como una especie

de chispazo. El chispazo del amor. Debe ser ese, seguro. Qué pena que seguramente solo lo haya sentido yo.

Capítulo 18

Una vez dentro del autobús, Desy y yo tomamos asiento en unos cómodos sofás mientras que las niñas empiezan a preguntar por todo lo que encuentran interesante dentro del vehículo. *4Kats* parece entretenerse con ellas, excepto uno de ellos. Sí. Marcus Ackerman ni siquiera está con nosotros, se ha metido más adentro hasta desaparecer por el interior del enorme autobús. Muy valiente parece siempre, pero ahora mismo no lo está demostrando. Allá él.

—Oye, chicas, ¿y donde vivís? —nos pregunta Jon mientras juega con un mechón de su alisado pelo.

—Pues a las afueras de Leipzig —contesta Desy.

—¡Hala! ¿Y esto qué es, Stefan? —miro lo que Yasmina sostiene en la mano y comienzo a reír.

Stefan le quita el objeto de la mano:

—¡Mierda, Marcus es estúpido, mira que le digo que los guarde en su cajón, pues no, tiene que dejar estas cosas por aquí! —refunfuñe mientras se guarda el cajetín de preservativos en el bolsillo.

Todos nos reímos, pero Stefan parece avergonzado. Qué mono.

—Pero, ¿qué era? —insisten las pequeñas, ahora intrigadas.

Esto sí que no me lo pierdo.

—Nada, nada, cosas de mayores —contesta el pobre Stefan, acalorado.

De repente, Marcus llega hasta nosotros preguntando por algo.

—Oye, Stefan ¿has visto si está por aquí mi...?

Pero Stefan se levanta corriendo y le interrumpe. Una vez próximo a él le da el cajetín.

—Toma, esto es lo que buscas ¿no? A ver si los guardas mejor, idiota.

—No buscaba esto, pero bueno —se lo guarda en la sudadera—. ¿Habéis visto mi billetera?

Martin es el que contesta hablando por primera vez en lo que llevamos de trayecto.

—Creo que la vi esta mañana en la mesita de la cocina.

Vaya, ¿tenían cocina y todo en el autobús? Pues sí que es enorme, sí.

Marcus vuelve a mirarme y se gira volviéndose de nuevo hacia la parte trasera del autobús. Stefan se sienta en el sofá al lado de sus compañeros. Las niñas siguen cotilleando las cosas haciendo que Stefan esté todo el rato pendiente de lo que encuentran. Al final he tenido que llamarles la atención diciendo que dejaran de toquetear las cosas de los demás. Haciéndome caso se han sentado en las sillas que quedaban vacías y se han mantenido más tranquilas el resto del viaje. Durante el trayecto, los chicos nos han contado que han hecho una parada en su gira para pasar las navidades en Leipzig junto a sus familias. Por lo visto, el concierto de ayer fue el último. Tuvimos suerte de verles.

Y al fin llegamos a nuestro barrio. Eric tuvo que bajar primero y comprobar que no había nadie alrededor que pudiera entorpecer la salida de *4Kats*.

—Son casi las dos de la tarde, no hay ni un alma nunca a estas horas por aquí —les anuncio cuando ya estamos todos frente a nuestra casa de madera—. Bueno, bienvenidos, ésta es la casa de Desy.

—Y tuya —añade ella refiriéndose a mí.

Las gemelas agarran a Marcus por las manos y empiezan a tirar de él hacia la puerta gritando:

—¡Vamos, Marcus!

—¡Te voy a enseñar el póster que tenemos en la habitación!

No puedo evitar sonreír al ver cómo Marcus se deja arrastrar por ellas. No pone mucho entusiasmo pero al menos no les hace el feo.

Mientras les seguimos, escucho a Stefan hablar con Desy por detrás:

—¿Por qué has dicho que también es su casa?

—Ah, bueno, es una larga historia. Vivimos juntas desde los catorce años.

Sonríó al ver que Desy no tiene intención de contarles mi vida privada.

Eric decide quedarse en el autobús aunque se retira aparcando el vehículo a las afueras del barrio para no llamar la atención de los vecinos. De todas formas, por lo cotillas que son todos seguramente que ya alguno ha alcanzado a ver algo a través de sus ventanas. En cuanto llegamos a la puerta, una sonriente Irene nos abre rápidamente. Sabía que veníamos con ellos porque la habíamos avisado durante el trayecto.

—Pues adelante, pasad al comedor, poneos cómodos —les decía algo alterada tras los saludos.

Está igual de nerviosa como si de una fan se tratara. En realidad Irene también les admira desde siempre, bueno, desde que a nosotras nos dio por admirarlos.

Madre mía, no puedo creer que vaya a comer con ellos. Es imposible de creer, pero es real, sí, ¡es real!

—¿Ya le habéis enseñado el póster? —pregunta Stefan al ver bajar del segundo piso a las niñas con Marcus.

Ambas han subido a Marcus hasta su cuarto para enseñarles un póster que yo misma les había puesto de *4Kats* y que les encanta.

—¡Sí! —gritan ambas.

Marcus suelta entonces a las gemelas y toma asiento junto a su hermano Stefan quien le susurra algo al oído que no puedo alcanzar a oír. Supongo que le habrá dicho que se mantenga sereno y tranquilo.

Irene, que ya tenía todo preparado, nos sirve la comida.

—¿Tú no comes con nosotros? —pregunta entonces Jon al ver que Irene no se sirve su plato.

—Ya he comido, os dejo que tengo que irme a trabajar. Pasadlo bien —le miro y le doy las gracias con una mirada de agradecimiento, ella me guiña un ojo y se marcha tras ponerse el abrigo.

Mientras sacan tema de conversación relacionada con los alrededores y demás, yo tengo que estar pendiente de darle de comer a Yasmina que rechaza la sopa para preguntar todo el rato cosas a los chicos. No hace más que abrir la boca para preguntarles cosas como “¿y os vais a quedar aquí a dormir?” o “¿vais a cantar ahora?”. Intento meterle la cuchara en la boca para que se calle y coma hasta que me canso y lo doy por imposible.

—Pues nada, no comas, así te quedarás en los huesos —me centro entonces en mi plato.

—¡Quiero que me lo de Marcus! —responde cruzándose de brazos y poniendo morritos.

El corazón se me acaba de parar por completo. Pero ¿qué está diciendo?

Respiro hondo.

—Deja que Marcus termine su plato —agarro la cuchara para intentarlo de nuevo cuando la voz de Marcus me interrumpe.

—Ya he terminado.

Todos le miran sorprendidos cuando se levanta y se sienta en la silla vacía al lado de la pequeña Yasmina. Hasta su propio hermano parece desconcertado por su comportamiento. Marcus le da la primera cucharada y Yasmina abre la boca al tiempo que no deja de sonreír al ver que su guitarrista favorito le está dando de comer.

Sin darme cuenta, mis ojos empiezan a empaparse de lágrimas a punto de salir.

—Lo siento —me levanto y salgo corriendo escaleras arriba.

—¿Qué le pasa a mamá? —pregunta Amanda mientras toma su sopa tranquilamente.

—Se ha emocionado de que tu hermana se tome la sopa —responde Desy de forma improvisada haciendo reír al resto de los chicos.

Tumbada sobre mi cama puedo descargar la emoción contenida. No sé muy bien por qué estoy llorando, pero me hace sentir mejor. Es muy impactante poder ver al padre de mis hijas preocuparse por ellas aunque sea en lo más mínimo.

De pronto, alguien da unos tímidos golpecitos a la puerta que he dejado entreabierta. Miro hacia ella y veo a Marcus que no sabe si entrar o quedarse fuera.

—Pasa si quieres —me limpio las lágrimas quedándome sentada en la cama.

Éste da varios pasos hacia el interior de mi cuarto sin dejar de observar las paredes. ¡Oh, vaya! ¿Se dará cuenta de que la mayoría de los pósters que tengo son solo suyos?

—Meredith, yo... —comienza a hablar al tiempo que le interrumpo.

—No digas nada —miro al suelo incapaz de mirarle a la cara—. No lloro por ti ni nada de eso. No te preocupes.

—No vengo por eso —se sienta a mi lado—. Quiero decirte que... Bueno —intenta buscar las palabras exactas—. Lo de mañana. Pues que sea lo que sea no me sentiré reacio a tus hijas —entonces me encuentro con su mirada y le miro, extrañada—. Quiero decir —intenta explicarse ayudándose con el movimiento de las manos, siempre suele hacerlo, ya me he fijado antes—, que no soy tan mala persona como para defraudar a dos pequeñas fans.

Entiendo. Ya sé lo que está queriéndome decir con todo esto. Que delante de las niñas será una persona y detrás de ellas será otra.

Muy bien. Genial, pienso con sarcasmo.

Me levanto y le señalo la puerta:

—Sal, Marcus. Por favor... —le suplico al ver que no se mueve de mi cama.

Se levanta y me mira una última vez antes de salir. Cierro con cerrojo y me derrumbo en la misma puerta cayendo al suelo. Mis lágrimas salen de nuevo a la luz, ahora sí que me ha dejado claro que no piensa ayudarme con ellas. ¿Qué pasará mañana cuando sepa que es el padre? ¿Qué hará? Necesito tenerle conmigo y salir adelante con todo esto. No voy a intentar adivinar el futuro porque sigo pensando que debe estar escrito. El destino dirá cómo terminará toda esta historia. Quizás sea la última vez que le vuelva a ver, ya que si no quiere ayudarme le olvidaré para siempre. O quizás decida ayudarme y pueda tenerle conmigo para siempre. No sé por qué, pero tengo la impresión de que será el primer quizás.

Decido bajar tras media hora encerrada en mi cuarto. Una vez abajo solo me encuentro a Stefan y Desy hablando a solas en el sofá. ¿Dónde está el resto? ¿Y mis niñas? Sé que no está bien escuchar conversaciones ajenas pero no puedo evitarlo por lo que escondida desde las escaleras agudizo el oído.

—No seas tonto Stefan, claro que podrás venir a verlas. Meredith estará encantada.

—Qué bien —escucho la voz de Stefan claramente—. No me preguntes por qué, pero todo esto tan inesperado que nos está ocurriendo... —hizo una leve pausa—. Me da que no vamos a tener otra cosa que seguir adelante.

—¿Entonces nos crees? —pregunta Desy tímidamente.

—Sí, ahora sí que os creo. Y la verdad, a Marcus le costará demasiado asimilarlo todo mañana.

—¿Y a ti no?

—No —parece seguro de sí mismo—. Voy a ser tío —suelta una risita que me hace sonreír, emocionada—. No sé, me hacen feliz esas pequeñas.

Escucho la encantadora risa de Desy tras el comentario de Stefan.

—A mí también me hacen feliz. Mola ser tía —ambos sueltan una carcajada y de pronto Stefan vuelve a hablar, esta vez más serio.

—Aunque me gustaría pedirlos algo seriamente.

No escucho a Desy contestar por lo que Stefan sigue hablando:

—Os pido por favor que nadie llegue a enterarse de todo esto por ahora. Pensad en lo que ocurriría con *4Kats* si los medios llegan a enterarse. Creo

que sería una noticia demasiado impactante.

—Tranquilo, sabemos muy bien que no debemos hacer eso. Puedes confiar en nosotras.

Comienzan entonces a hablar de otro tema y decido bajar haciendo ruido para que se percaten de mi presencia.

—Mere —se levanta Desy al verme.

—¿Dónde están las niñas?

—Los chicos están con ellas en el parque.

—¡¿Qué?! ¡Pero, Desy! ¿Cómo las has dejado ir solas?

—Están con *ellos* —responde Stefan levantándose también—. No te preocupes.

Les miro algo enfadada y sin más dilación salgo corriendo hacia el parque. Vale, siento mucho haber alzado tanto la voz a Desy pero ¿cómo se le ocurre dejarlas en manos de los chicos? Es verdad que nos encantan y que los tenemos en un pedestal, pero tampoco les conocemos en realidad.

Corro a más no poder y con la lengua fuera llego hasta el parque de siempre. Las gemelas están columpiándose junto a Martin y Jon. Parecen estar bien y riéndose de las tonterías que les están diciendo ambos. Observo a mi alrededor y localizo entonces a Marcus sentando en una roca a varios metros de los columpios y fumándose un cigarro tranquilamente. Me acerco por detrás y cuando nota mis pasos gira la cara, pero enseguida vuelve a la misma postura. Sin ni siquiera saludar sigo adelante hacia los columpios.

—Chicas, ¿qué hacéis?

Es una pregunta obvia, lo sé, pero sigo pensando en Marcus que ahora mismo estará clavando su mirada en mi espalda.

Martin responde mientras columpia a Yasmina:

—Aquí están, disfrutando de sus esclavos ¿eh, chicas?

Ambas ríen con gracia y me hacen sacar una sonrisilla.

—Anda chicas, vamos a casa y dejad a los chicos, no vaya a ser que las vecinas cotillas de aquí se acerquen y les acosen.

—Nada, tranquila, estamos acostumbrados —dice Jon bromeando y sin dejar de columpiar a Mandy quien le grita que le empuje mas fuerte.

—Pues sí que te gustan a ti las alturas ¿no? —Y le empuja un poquito más.

—Mamá, a Marcus... no le gustan los columpios —dice Amanda de repente.

—Ya veo. Bueno, no a todo el mundo le gustan —murmullo.

—Oye, chicos —me giro sobresaltada. Marcus acaba de acercarse a nosotros—. Me acaba de llamar mi madre, tenemos que irnos ya. ¿Vamos? —dice agitando el móvil que sujeta en la mano.

Las niñas se entristecen pero Marcus les promete que mañana volverá para verlas. ¿De verdad lo hará? Porque como haga falsas promesas y ellas se hayan ilusionado para nada, lo va a pagar caro.

Tras ello, nos dirigimos a paso rápido hasta casa. Abro la puerta y enseguida me doy cuenta de que parece que hemos pillado a Stefan y Desy de improviso porque ambos dan un respingo y se levantan inmediatamente del sofá. Qué extraño comportamiento. ¿Habrá pasado algo entre ellos? Marcus anuncia que tienen que marcharse por lo que les acompañamos a la entrada donde su mánager Eric les espera ya en la puerta.

—Ah, apunta mi móvil para lo de mañana —añade Marcus justo antes de darme la espalda para marcharse.

Bueno, al menos se interesa, pienso enseguida.

Nos damos el número y salen hacia el autobús. Las niñas les despiden emocionadas. A los pocos minutos, el autobús desaparece por el camino de tierra dirigiéndose hacia el centro de Leipzig.

Capítulo 19

Transcurre la tarde y con las niñas alrededor no encuentro momento para charlar con Desy. Pero al fin cerca de las siete de la tarde llega Irene de trabajar y consigo que las niñas le ayuden un poco con la cena. De este modo, consigo arrastrar a Desy a mi cuarto.

—Cuenta —sonrío cerrando la puerta.

Ella permanece de pie frente a mí mirándome como si estuviera loca.

—¿Que cuente qué?

—Vamos Desy, que nos conocemos —suelto una pequeña carcajada—. Dime, ¿qué ha pasado con Stefan? Que os hemos pillado muy cortados cuando hemos entrado del parque.

—Ah eso, nada. Nos pilló por sorpresa y nos asustamos.

—¡Pero qué mal se te da mentir, tía! —resoplo y consigo que ría.

¡Cazada! Si es que son muchos años juntas.

—Vale, tienes razón, no es eso —abro la boca para hablar, pero me interrumpe—. ¡Y tampoco es lo que estás pensando! Es solo que... Bueno, justamente me estaba diciendo cosas muy...

—¿Picantes? —intento adivinar.

—¡No, idiota! —me da un empujoncito, divertida—. Me ha dicho que tienes suerte de tenerme.

Abro la boca captando la indirecta tan grande que Stefan le ha echado con ese comentario.

—¡Ayyyyy! —grito dando saltitos más emocionada que ella.

Ésta me da pequeños pellizcos para que me calle, pero no puedo expresar más felicidad. Me encanta la idea de que su gran ídolo le diga cosas tan bonitas.

—¡Mere, para ya! —me grita sin poder contener ella también la risa y la emoción—. Tampoco es tan importante lo que ha dicho.

—¿Que no?! —paro de saltar agarrándola por los hombros—. ¡Se te ha

declarado! ¡Es una cacho indirecta! Quiere tener la misma suerte y tenerte también. ¿No lo ves?

—Estás loca.

Al rato bajamos a cenar y el tema de conversación no es otro que el de “4Kats en nuestra propia casa” y contado desde el punto de vista de las niñas que no hacen más que hablar y hablar en vez de comer.

—Jo, ahora no está Marcus para que me ayude a comer... —dice Yasmina poniendo morritos mientras le intento meter una cucharilla en la boca.

—No, no está. Vamos, come.

Todas reímos. Una vez limpiamos la mesa tras terminar de cenar, el teléfono comienza a sonar.

—¡Es Nina! —exclama Irene.

Me apresuro a descolgar la llamada.

—Hola, Nina.

—¿Qué tal, mi niña? ¿Qué tal fue el encontronazo con 4Kats en el hospital? ¿Todo bien?

—Bueno, hay de todo —resoplo—. Han estado aquí, en casa.

—¡¿Qué me dices?! —grita tanto que tengo que alejarme el teléfono de la oreja—. ¡Pero seréis malas que no avisáis!

—Perdona, es que con tanto alboroto...

Es cierto, pobre Nina. Seguro que hubiera querido estar aquí con ellos, al fin y al cabo ella es una persona clave en todo esto. Pero Nina suele enfadarse por cosas mucho más graves y enseguida me dice que no me preocupe y que la próxima vez se vengará como no le avise. Charlamos un rato sobre lo ocurrido y me manda mucha suerte para mañana.

—Ah, y ya me cuentas qué tal la reacción de Marcus, me gustaría verle pedirte perdón por todo lo que te montó en el hotel. ¡Grábalo! —bromea antes de despedirnos.

Hoy nos hemos acostado pronto, las niñas se han quedado traspuestas en el sofá y con ayuda de Irene las hemos subido a sus respectivas camas. Yo enseguida me he metido en la mía también, reventada, pero no consigo dormir. No concilio el sueño pensando en mañana, en los resultados y en Marcus..

Amanece al tiempo que suena mi despertador del móvil. Lo apago y me levanto poco a poco. Me miro al espejo del armario. Vaya, qué pelos llevo. Voy al baño y me lavo la cara. Sí, ya mucho mejor, me digo mientras me miro

al espejo. Bajo a desayunar y allí ya están todas levantadas.

—Hola, mami —me saluda Amanda.

—Qué madrugadoras —les revuelvo el pelo.

Las niñas terminan de desayunar las primeras y deciden irse a jugar con los últimos juguetes que Desy e Irene les habían comprado por navidad.

—Bueno Mere, ¿quieres que luego te acompañe a los resultados?
—pregunta Desy.

—Como quieras, me encantaría que vinieras —sonrío y sigo desayunando.
Cerca de las diez de la mañana suena mi móvil y voy corriendo a cogerlo.

—¿Sí?

—Buenos días, llamo desde el Hospital “Adolf Schöner”, es para avisarles de que ya pueden venir a por los resultados del ADN que os hicieron ayer.

—Ah, bien, gracias. Nos pasamos por allí enseguida. Hasta luego —bajo las escaleras hacia el comedor—. ¡Desy! ¡Me acaban de llamar! Vamos, ya los tienen.

Marcus me manda un mensaje al rato diciendo que el hospital le ha avisado también. Le contesto con un simple “está bien, nos vemos en un rato” y empiezo a prepararme. Hemos quedado directamente en la puerta del hospital en media hora. Una vez listas salimos Desy y yo escopetadas sin decir nada a las niñas que ni se han enterado de que nos hemos ido. Ya se ocupará Irene de inventarse cualquier cosa.

Respiro hondo varias veces durante el trayecto en autobús. Al fin ha llegado el tan esperado momento en el que Marcus sabrá toda la verdad. Lo peor de todo esto es el pedirle ayuda con las niñas. Sé que él no tendrá problemas en darme dinero para ellas, pero yo en realidad no quiero solo eso. Quiero que siga estando presente en nuestras vidas y que tarde o temprano pueda decirle a las niñas quién es Marcus en realidad. ¿Estaré pidiendo demasiado? Quizás sí.

Nos bajamos en la parada del hospital, en la entrada no hay nadie así que nos adentramos y enseguida localizamos a los gemelos Ackerman sentados en un banco de la sala de espera. Se levantan y vienen hacia nosotras. Ambos camuflados bajo unas enormes gafas de sol.

—Buenos días —saluda Stefan amablemente.

En cambio, Marcus solo hace una señal con la cabeza.

—Buenos días —decimos ambas a la vez.

—Bueno, vamos a ello —añade Stefan.

Subimos los cuatro en el ascensor. Qué incómodo es cuando nadie habla en un momento como éste.

—¿Y las niñas? ¿No han venido hoy? —pregunta Stefan rompiendo el silencio.

—No. He preferido dejarlas con la abuela —contesto mirando a Marcus para ver su reacción al hablar de ellas, pero no puedo observar su mirada, ya que sigue con las gafas puestas.

Las puertas del ascensor se abren por fin y llegamos al mismo pasillo que la última vez. Nos sentamos frente a la puerta del despacho del médico y en menos de cinco minutos sale a llamarnos. Marcus y yo nos levantamos. Miro a Desy una última vez antes de entrar y Stefan le da un empujoncito cariñoso a su hermano en la espalda.

—Muy bien parejita, sentaos.

¿Parejita? Ojalá, pienso mientras tomo asiento.

—Bien, aquí tengo el papel con los resultados.

Nos muestra un papel que Marcus agarra enseguida. Se quita las gafas de sol de los ojos por primera vez y lo lee con detenimiento.

—¿Es totalmente fiable este papel? —su voz ronca sale al fin a la luz.

Casi me entra la risa y todo. ¿Está cuestionando a los mismos médicos? Sin embargo, no soy yo la que responde.

—¿Está cuestionando nuestra profesionalidad?

Pero Marcus no contesta al doctor y deja de nuevo el papel sobre la mesa. Me atrevo a mirarle de reojo, parece muy angustiado y diría que a punto de echarse a llorar si no fuera porque no creo ni que fuera capaz de mostrar un ápice de emoción.

—Bueno, enhorabuena a los dos —nos dice el médico para finalizar al ver que la conversación estaba más que zanjada.

Agarro el papel y Marcus se levanta antes que yo, saliendo del despacho con rapidez. ¿Que cuál fue su reacción al salir al pasillo? Pues la de un cobarde. ¡Cuál iba a ser!

—¡Marcus! ¡¿A dónde vas?! —grita Stefan al ver que su hermano sale corriendo por el pasillo. Entonces le entrego los resultados a Stefan y éste al leerlo suspira entendiendo todo—. Madre mía, quién nos iba a decir que estaríamos en esta situación. Oye, chicas, voy a buscar a mi hermano —dice éste preocupado y devolviéndome los resultados—. Ya os llamo para hablar de todo esto más tranquilos y cuando consiga que Marcus lo asimile.

—Está bien, no te preocupes —dice Desy.

Stefan sonrío y sale corriendo en la misma dirección que su hermano.

—Bueno, pues ya está todo hecho —resopla Desy mientras bajamos en el ascensor.

—Marcus no querrá saber nada de mí ni de las niñas —afirmo sin más.

—No pienses ahora en eso. Es muy impactante para él saber esto ahora mismo, tienes que darle un tiempo y ya verás que te ayudará con ellas, es su deber y lo sabe.

Las palabras de Desy no hacen que me relaje. Sigo pensando que Marcus querrá olvidar todo y que no querrá tener nada que ver conmigo y las niñas. Pero sobre todo, espero que me pida perdón por llamarme mentirosa la noche del hotel. Al menos espero una pequeña disculpa por su parte ahora que ya conoce la verdad y que estaba equivocado.

Una vez en casa, mientras las niñas se están echando la siesta, hemos puesto a Irene al día de lo ocurrido. De pronto, recuerdo a Nina y le llamo para contárselo, pero decide pasarse un momento por casa para que se lo cuente a la cara. Cerca de las cinco de la tarde llega Nina y las tres subimos a mi cuarto. Con detalle le cuento la reacción de Marcus al enterarse de los resultados.

—¿No te ha pedido perdón todavía por acusarte de mentirosa? —es lo primero que pregunta cuando terminamos de contarle.

—No, todavía no. Pero...

—¡Ni peros ni nada! —se levanta enfadada—. ¡Ahora mismo le llamas y que te pida perdón por lo mal que te lo hizo pasar!

—Tranquila, Nina. Stefan habrá hablado con él y... —de pronto nos interrumpe Irene abriendo la puerta.

—Chicas, está abajo uno de los chicos —todas nos miramos extrañadas.

—¿Quién? —preguntamos al unísono.

Que sea Marcus, que sea Marcus, que sea Marcus, repito para mis adentros.

—El del pelo negro. ¿Stefan, puede ser? —no respondemos—. Dice que quiere verte, Meredith.

Trago saliva mirando a mis amigas al mismo tiempo.

—¿Quieres que te acompañemos?

—No, Nina, no importa. Voy a ver qué quiere.

Bajo las escaleras lentamente y con nerviosismo. ¿Habrá tenido bronca con

su hermano? ¿Qué querrá decirme? Stefan se encuentra frente al espejo que hay la entradita cuando nota mis pasos y me mira con una tímida sonrisa.

—Hola —saluda amablemente.

—Hola —saludo algo inquieta—. ¿Pasa algo?

El joven agacha la cabeza un poco y vuelve a posar la mirada en mí.

—Es Marcus —dice seriamente—. No he podido hacer que entre en razón. Todavía sigue creyendo que todo esto no es más que una mentira. Lo único que he podido conseguir de él ha sido esto —saca su billetera y me muestra varios billetes de 500 euros. Intento no alarmarme al ver tanto dinero junto—. Me ha dicho que te lo diera para lo que necesites y —hace una leve pausa— que no quiere saber nada más.

Conforme va diciendo aquellas duras palabras dos lagrimones caen sobre mis mejillas sin poder contenerse. Entonces hago lo que el corazón me está pidiendo que haga.

No me lo pienso dos veces.

—No lo quiero —digo con voz entrecortada rechazando el dinero.

—Pero...

—Stefan, ni siquiera ha tenido el valor de dármelo él mismo a la cara. No puedo coger este dinero.

—Pero, ¿no era esto lo que querías conseguir cuando quisiste decirle a Marcus la verdad? Porque supongo que a tu edad no tendrás mucho para poder mantenerlas y...

No puedo seguir escuchándole y grito por encima de su voz, nerviosa y llorando sin cesar.

—¡No quiero vuestro maldito dinero por pena! ¡Me pondré a trabajar y nos les faltará de nada! —cojo aire y lo suelto intentando calmarme—. Puedes decirle a Marcus que esté tranquilo. No volverá a saber nada de mí ni de las niñas.

—¡Meredith!

Pero ya estoy subiendo las escaleras corriendo sin importarme nada de lo que dijera. Nina y Desy me agarran fuertemente del brazo preguntándome qué ha pasado, pero consigo deshacerme de ellas y entro a mi cuarto cerrando con cerrojo y tirándome sobre la cama para desahogarme por fin.

¿Por qué tiene que ser el destino tan cruel conmigo? ¿No sería más fácil que Marcus asumiera su responsabilidad y compartiera a mi lado el cariño de las niñas? Bueno y si eso es mucho pedir, al menos que hubiera tenido el valor

de venir y darme a la cara ese dinero y con una buena disculpa. Al haber hecho venir al pobre Stefan con toda su buena fe a dárme lo ha hecho que se lleve toda mi rabia y le he gritado a él cuando tenía que haber gritado a su hermano. Todo esto hace que me hunda un poco más. ¡Necesito un trabajo ya! Es la única forma de demostrar a mis hijas que quiero lo mejor para ellas y que no voy a parar hasta conseguir que sean lo más felices posibles. Y si Marcus no va a poner de su parte lo haré yo sola, no me hace falta nadie más.

¡Con cuánta facilidad puedo llorar! Tantos años soltando lágrimas de dolor que ya salen por sí solas sin apenas darme cuenta. ¿Cuándo podré llorar de alegría?

Nunca, quizás.

Capítulo 20

No sé cuánto tiempo llevo encerrada en mi cuarto llorando y temblando de rabia e impotencia, pero el móvil me alerta al empezar a vibrar. Lo agarro de la mesilla de noche y, secándome las lágrimas, leo el mensaje. ¡No lo puedo creer, es de Marcus!

Espero que hayas aceptado el dinero, suerte con las niñas.

Por inercia estampo el móvil contra la puerta al mismo tiempo que alguien da golpecitos en ella. Me levanto restregándome los ojos con la manga de la camiseta y abro la puerta.

—Mamá —miro hacia abajo. Las dos pequeñas me miran llorosas y me agacho para observarlas mejor.

—Eh, ¿por qué estáis tristes? —intento sonreír un poco y ligeramente hago una pequeña mueca.

Las gemelas me miran con ojos brillantes y haciendo pucheritos.

—Has peleado con Stefan.

—¿A que sí? —interviene Amanda.

Voy a contestar cuando Yasmina me interrumpe:

—¡No queremos que os peleéis!

Las abrazo enseguida y suelto una lágrima que enseguida me seco. No quiero que me vean llorar.

—Niñas, a veces los mayores discuten para arreglar las cosas. Así que no os preocupéis porque ya somos amigos otra vez ¿eh?

Recuerdo estas mismas palabras dichas hace años por mi madre cuando mis padres discutían. ¡Cuánto la echo de menos!

Las peques sonríen entonces aliviadas.

—¿Y cuándo va a venir Marcus?

—¿Marcus? —repito su nombre con miedo.

—¡Nos dijo que venía hoy a casa para vernos!

Oh, no. Es cierto, pienso enseguida, debo inventarme una excusa ya.

—Anda, vamos a cenar.

Vale, no se me ocurre nada que decirles. ¿Qué les voy a decir? ¿Que Marcus no cumple sus promesas? Les defraudaría. Y permito que me defraude a mí, pero no a mis pequeñas.

Mientras nos encontramos en el comedor reina el silencio. Tan solo escuchamos y vemos los dibujos animados para que las niñas coman tranquilas. Con ello evito que sigan preguntando y me ahorro inventar las respuestas.

—Nina vendrá mañana para hablar contigo —me anuncia Desy al rato.

Asiento con la cabeza.

Tengo curiosidad por saber qué hizo Stefan después de que le dejara tirado en la entrada con el fajo de billetes en la mano. Lo peor de todo es que ahora me arrepiento de haberle tratado tan mal, debería llamarle y pedirle perdón.

Cenamos enseguida e Irene decide encargarse de acostar a las gemelas. Mientras tanto, Desy y yo estamos en mi cuarto un rato como casi todas las noches antes de acostarnos.

—¿No me vas a preguntar por Stefan?

La miro de reojo tumbada sobre mi cama, ella se balancea en la silla del escritorio.

—Me dijo que él sí que quiere seguir teniendo contacto con nosotras y con las niñas —dice sin parar de sonreír—. No sé tía, quizás Marcus con el tiempo decida...

—¿Decida qué? —le interrumpo de mala gana—. ¿Darme otro fajo de billetes? No, gracias.

—Pero Mere, no seas así. ¿Por qué no los aceptas? Marcus debe ayudarte y lo ha hecho al fin y al cabo —prefiero no contestar y dejo que continúe—. Además, el plan de Nina de volver a verle después de cuatro años era para que Marcus te ayudara económicamente y lo ha hecho ¿no?

Me levanto repentinamente con lágrimas en los ojos.

—¡No quiero solo su dinero, Desy! ¡¿No lo entendéis?! —me mira sin comprender mi postura—. ¡Desy! ¡Me he enamorado de él! ¡No puedo aceptar

solo su dinero y no volver a saber de él!

Ella se levanta entonces y me abraza llorando también sobre mi hombro.

—Te entiendo, de verdad —me susurra—. Pero Mere, no se puede ir en contra del destino.

—Lo sé, créeme que lo sé —suspiro cogiendo una bocanada de aire—. Necesito salir un momento fuera a que me dé el aire. Gracias por estar siempre a mi lado.

Desy sonrío dándome una palmadita en la espalda y se marcha directa a su cuarto. Yo bajo hacia la entrada y agarro mi abrigo del perchero. Abro la puerta y un aire cortante y frío de invierno me azota el rostro. Dejo la puerta entornada para que no entre mucho aire y me siento en el bordillo de la puerta. Una vez sentada, alzo la mirada al cielo estrellado. Ni una sola nube y un frío terriblemente insoportable. Me abrazo a mí misma intentando darme algo de calor.

El móvil me vibra en el bolsillo de repente. ¿Quién será a las doce de la noche?

Vaya, ¿otro mensaje de Marcus?, pienso al leer su nombre en la pantallita.

Siento mucho no haber cumplido mi promesa —sé que se está refiriendo a la visita de las niñas, sigo leyendo—: y también siento el haberte gritado aquella noche en el hotel. Serás una buena madre, yo no creo estar preparado para ello. Suerte de nuevo.

Noto un nudo en la garganta horrible. Necesito gritar, pero sé que si lo hago los vecinos me tomarían por loca y ya sería lo que me faltaba: una madre soltera y loca. Decido no contestarle a este mensaje tampoco, no sé qué decirle la verdad. Subo de nuevo a mi cuarto, aunque antes compruebo que las gemelas están dormidas y a salvo.

Capítulo 21

A falta de un día para Año Nuevo, Nina ha venido a visitarme muy enfadada cuando le hemos contado que no acepté el dinero que ayer Stefan me ofreció de parte de Marcus.

—¡Estás tonta, Meredith! Mira, si tú sigues así de cabezota no me dejas opción. ¡Iré yo misma a por el dinero hablando cara a cara con Marcus!

—Pero...

Intenté oponerme varias veces, pero con Nina fue imposible, ya que no dejaba que le interrumpiera.

—Voy hoy mismo, debe mandarte dinero todos los meses. ¡Es el padre y también responsable de las niñas!

No he tenido otra que darle el número de móvil de Marcus. Ni siquiera le ha llamado delante de mí. Se ha marchado escopetada de nuestra casa sin más.

No puedo comer tranquila pensando en que Nina se verá con Marcus. ¿Conseguirá algo ella? ¿Tendrá más poder que yo para manipularlo y hacerle entrar en razón? Sí, eso seguro. Nina me gana en eso y en muchas más cosas que la verdad tengo que reconocer.

La tarde ha transcurrido sin noticia alguna, pero hemos estado entretenidas, ya que Irene ha pedido el día libre para montar una buena fiesta en casa para despedir este año. Los últimos cuatro años solo celebramos la Nochevieja nosotras solas (bueno, y con Nina y Andreas), pero este año Irene ha invitado a compañeros de su trabajo y al resto de vecinos. Total, que estábamos montando una buena. Hemos ido al centro a comprar varias botellas de sidra y champán para brindar en los últimos segundos de fin de año. Las enanas están como locas con sus nuevos trajecitos que entre Desy e Irene les compraron por su cumpleaños el pasado mes de abril. Están bellísimas.

Una vez en la puerta recibiendo a los invitados, todos me reconocen enseguida. Las vecinas más ancianas no dejan de piropearme. “Vaya madre

más guapa”, “ojalá todas nos conserváramos igual de bien que tú”, etcétera.

—Hola, Andreas —le doy dos sonoros besos al recibirle—. Hola, señor Mario.

—Llámame Mario, querida. Que somos vecinos de toda la vida.

Mario, el padre de Nina, tenía un carácter muy amable aunque cuando se enfadaba y gritaba podíamos escuchar su voz a kilómetros de distancia, sin exagerar. Tomando el tentempié con el resto de invitados y a falta de una hora para la cuenta atrás, me acerco a Andreas para preguntarle por el paradero de su chica: Nina. Me tiene muy preocupada porque lleva con el móvil apagado desde hace varias horas. Pero Andreas me responde con la misma ignorancia.

—Pues ni idea. Me ha dicho su padre que iba a Leipzig a comprar unas cosas para esta noche.

Vale, un momento. ¿Su novio Andreas no está al tanto de que Nina fue a ver a Marcus? Qué raro me parece, ya que Nina confía en Andreas. Que yo sepa pocos secretos se guardan entre ellos. De todas formas, no me atrevo a decirle que yo sé a dónde ha ido Nina, prefiero esperar un poco más.

Vamos, Nina. ¿Dónde estás?

Miro nerviosa hacia la puerta donde Irene sigue saludando a algún invitado más que se une a la fiesta en el último momento. Entablo una conversación con Marcela, una de mis vecinas de toda la vida. Tiene solamente catorce años, pero me recuerda muchísimo a mí. Es bastante madura para su edad y de hecho es igual de alta que yo. Bueno, tampoco hace falta ser muy alto para alcanzarme. Entonces, mientras me está contando algo acerca de su última mascota, (tiene muy mala suerte y se le mueren enseguida todas), miro de reojo a la pequeña Mandy que se dirige a Desy con un móvil en la mano; el de ella. Sigo intentando mantener la conversación con Marcela, pero la cara de asombro de Desy al ver su móvil hace que me retire y vaya directa hacia ella.

—¿Pasa algo?

—¿Eh? —le he pillado desprevenida y se guarda el móvil en la chaqueta, veloz—. No, nada —sonríe—. Venga, vamos a tomar un poco de tarta.

Se aleja, pero yo no la sigo. Me acerco a mi hija Mandy que ha empezado a jugar con uno de sus juguetes favoritos.

—Ey, cariño, ¿por qué le has dado el móvil a la tita Desy?

—Ah, era Stefan, un mensaje creo —dice embelesada con el juguetito.

¿Stefan? ¿Y por qué Desy no quiere contarme que es él? ¿Ocurrirá algo relacionado con Marcus o Nina?

De pronto, Irene llama la atención de todos dando palmas y alzando la voz:
—¡Muy bien, vamos a servir el champán, quedan quince minutos!

Entre Irene, Desy y yo servimos copa por copa todo el champán y sidra que hemos comprado para hoy. La televisión está encendida y empieza la cuenta atrás. ¡¿Dónde diablos estará Nina?! ¿Se va a perder esta Nochevieja junto a todos nosotros? Tan solo faltan cinco minutos para brindar por el fin de año cuando alguien grita el nombre de Nina. Me giro y Andreas la está besando en los labios. A los pocos segundos, le arrastra hacia la mesa para servirle su copa de champán. Me acerco a Desy y le anuncio que ya ha llegado Nina, pero ésta solo se encoge de hombros diciendo un simple “vale”. Pero ¿qué le pasa ahora a Desy? Intento no pensar en ello y me abro paso entre los invitados intentando no derramar mi copa.

Consigo llegar hasta Nina.

—¡Tía! ¡¿Por qué has tardado tanto!?! ¡Llevas por ahí desde mediodía!

—Sí, me retrasé. Luego te cuento.

Le noto algo inquieta y no entiendo el por qué.

—¡Allá va! ¡La cuenta atrás! —exclama Irene subiendo el volumen de la televisión para escuchar cómo anunciaban los últimos segundos.

Con nuestras copas en alza comenzamos a contar hacia atrás en alto los últimos doce segundos de este año.

¡Doce, once, diez...!

Echo un vistazo a mi alrededor: todo son caras sonrientes embobadas con la televisión y el reloj que aparece en ella. El año está a punto de terminar para dar comienzo a uno nuevo.

¡Nueve, ocho, siete...!

La gente comienza a emocionarse sin dejar de sonreír aunque reparo entonces en Desy. Ella no está sonriendo, tiene la mirada perdida en la pantalla del televisor y entreabre los labios un poco para susurrar la cuenta atrás con voz inaudible.

¡Seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno...!

—¡¡Feliz año nuevo!! —gritamos todos al unísono.

Y ahora llega el momento del brindis, los abrazos y el deseo de un feliz año para todos. Tras brindar con varias personas; entre ellas Irene, Nina, Andreas y Mario, voy directa a besar y abrazar a mis pequeñas que no dejan de ser el centro de atención de muchos de los presentes. La fiesta sigue, con música navideña incluida. Observo que Desy desaparece del comedor. No

tengo la menor idea de qué le ocurre o qué le habrá dicho Stefan en aquel supuesto y misterioso mensaje, pero ahora mismo me interesa más lo que Nina ha hecho con respecto a Marcus así que me acerco a ella esquivando a los vecinos que intentan sonsacarme la identidad del padre de mis hijas por milésima vez. Ignorando a todos como puedo, consigo llegar hasta mi amiga.

—¡Nina! —exclamo cuando veo que agarra el abrigo del perchero—. ¿Te vas ya?

—Mmm... sí. Estoy algo cansada —dice mientras se coloca el abrigo.

—Vaya, qué raro —sí, me extraña mucho porque Nina es muy fiestera. De hecho, el año anterior no salió de mi casa hasta después de haber desayunando—. Bueno, antes de irte, ¿vas a decirme qué ha pasado con Marcus y el dinero? ¿Te lo ha dado? ¿Qué te ha dicho? —pregunto nerviosa por conocer lo que ocurrió.

—Ah, un momento —rebusca en su bolso sacando de él un sobre blanco—. Toma, es el dinero que rechazaste ayer. Dice que te enviará cada mes su parte sin ningún problema.

—¡Nina!

Me doy la vuelta con el sobre en la mano al escuchar la voz de Andreas que llega hasta la entrada exhausto de esquivar a tanto invitado. Sin embargo, el portazo de la puerta de la calle hace que vuelva a mirar hacia allí.

—¿Nina? —abro la puerta, pero ya ha desaparecido. ¡Qué velocidad!

¿Qué está pasando? ¡Qué raro el comportamiento de mis amigos! Andreas se asoma a la calle a mi lado y al ver que Nina ni siquiera le ha esperado maldice por lo bajo.

—Andreas, ¿qué está pasando? —le pregunto con la esperanza de encontrar en él las respuestas, pero éste niega con la cabeza y se sienta en el bordillo, abatido y encogido de hombros.

Le imito mirándole de reojo. Solo pasan unos segundos de silencio cuando Andreas abre la boca para decir algo totalmente inesperado.

—Nina acaba de romper conmigo sin darme explicaciones.

—¡¿Cómo?!

Andreas respira entrecortado y con la cabeza gacha. Está destrozado.

La noche termina antes de lo esperado, Andreas se ha marchado sin mediar palabra. ¿Qué habrá pasado para que Nina dejara al pobre Andreas sin darle explicaciones? Cuando los invitados han desalojado la casa cerca de las tres de la mañana, subo a las niñas a su cuarto y caen rendidas sobre sus camas.

Todavía escucho voces en la entrada que supongo es Irene despidiendo al resto de invitados. Entonces me dirijo al cuarto de Desy a quien no he visto apenas en toda la noche.

¡Vaya fin de año más raro!

Con un ligero golpecito de nudillos llamo a la puerta, pero Desy no responde. Quizás esté dormida. Espero unos segundos más y cuando decido darme la vuelta para volver a mi cuarto la puerta se abre.

—¡Desy! —me alarmo al ver su triste rostro. Sus ojos hinchados y rojos le delatan—. ¿Qué te pasa?

Ésta me deja pasar y cierro tras de mí. No consigue decir nada por más que le pregunto, solamente me da su móvil y me deja leer el mensaje que Stefan le ha mandado anteriormente. Ella, sentada sobre su cama, me mira detenidamente mientras lo leo. Vale, ahora sí que estoy nerviosa. ¿Qué pasa? Leo el mensaje entre susurros. No puedo creer lo que estoy leyendo.

Desy, creo que deberías saber esto. Quizás defraude a mi hermano por decírtelo, pero cuando hace algo mal soy el primero en hacerlo saber. Nina ha estado aquí, en casa, y ha conseguido que Marcus le entregue el dinero a Meredith pero... no solo eso. Tardaban demasiado en salir del cuarto y me atreví a cotillear, lo que vi no me agradó en absoluto. Ya sabes cómo es Marcus. Y al parecer Nina no se ha negado a sus "encantos". Solo quería informaros aunque supongo que Nina os lo contará como amiga vuestra que es. Un beso. /Stefan

La voz de Desy irrumpe mi estado de *shock*.

—Lo... Lo siento mucho, Meredith. Yo tampoco puedo creerlo —me toca el brazo, pero mi reacción hacia su caricia es repulsiva.

Me aparto y le tiro el móvil a la cama con asco, como si se tratara de algo horrible que nunca hubiera querido tener que tocar. Me tiembla el labio inferior de la rabia contenida y con la mirada perdida salgo hacia mi cuarto. Desy no me lo impide. Ni siquiera enciendo la luz al entrar. A tientas, llego hasta mi cama y me tiro sobre ella boca abajo dejando derramar todas mis lágrimas sin importar provocar un charco en el colchón. Ahora me viene todo a la cabeza y consigo enlazarlo: la tardanza de Nina a la fiesta, las pocas palabras que salieron de su boca hacia mí... y, por supuesto, la ruptura con Andreas sin poder darle alguna explicación coherente. La ira comienza a

apoderarse de mí en menos de un minuto; y el odio, el extremo odio hacia Nina. No puedo creer que una de las que consideré mi mejor amiga haya caído tan bajo como para acostarse con Marcus Ackerman, padre de mis pequeñas y del que estoy perdidamente enamorada.

¿Por qué!?! ¿Por qué ha hecho eso!? Me siento totalmente traicionada.

Mis ojos comienzan a cerrarse lentamente y, sin darme cuenta, el sueño va apoderándose de mis pesadillas y de mis pensamientos.

Capítulo 22

Los párpados se me abren solos de sopetón. Permanezco temblorosa y jadeante en mi cálida cama durante unos minutos, intentando liberarme del sueño. Me enfado conmigo misma en cuanto me doy cuenta de que no llevo el pijama puesto sino que he dormido con la ropa de anoche. Me incorporo y me fijo en una mancha en la almohada debido al mar de lágrimas que anoche derramé sin cesar. Me levanto medio perdida y mareada, resoplo al ver mi ropa demasiado arrugada. Una vez en la ducha consigo relajarme un poco y el agua en la cara hace que al salir mi mente se sienta ligeramente despejada. Tras vestirme, bajo a desayunar. Hoy Irene libra también debido a que es Año Nuevo y eso hace que me sienta mejor, ya que tengo pensado desde anoche hacer una pequeña escapada a casa de Andreas.

—Necesito que te quedes con las niñas —le pido mientras desayuna a mi lado.

—No te preocupes. Oye, ¿va todo bien?

—Sí, claro —miento enseguida. No quiero preocuparla con todo esto—. Bueno, cuando se levanten las enanas dales un beso de mi parte —me levanto llevando la taza a la cocina. Luego me dirijo a la entrada—. ¡Vuelvo para comer!

Agarro mi chaqueta del perchero y me encamino hacia la casa de Andreas que se encuentra a quince minutos de la mía. El aire fresco de la mañana me despeja aún más, hacía mucho tiempo que no salía tan temprano a la calle. A las nueve de la mañana no encuentras mucha gente joven despierta y menos en un día festivo como el de hoy. Atravieso la plaza central y saludo a los ancianos que se sientan alrededor de ella. Por el camino voy pensando en lo que voy a contarle a Andreas.

Ya en su puerta lo tengo más que claro.

—Buenos días, ¿está Andreas?

Me ha recibido su padre, conocido como “El quiosquero” por ser el único

del barrio. Adiviné la respuesta nada más ver que él estaba en casa.

—Hoy me reemplaza él.

Con un tímido “gracias” me encamino hacia el quiosco y en menos de diez minutos he llegado.

—Meredith, ¿qué haces aquí? —me abre la puertecilla y entro en su interior.

Me cuesta un poco contarle todo lo que sé y no hace falta mencionar que no le ha sentado bien la infidelidad y el silencio de Nina, pero Andreas guarda bien sus sentimientos y no derrama ni una lágrima, aunque os puedo asegurar que lo haría en cuanto saliera yo de allí y le dejara solo.

—Ahora quiero que me ayudes. He decidido hacer algo que nunca antes se me habría pasado por la cabeza. Pero ayer en la cama llegué a una conclusión —nos miramos a los ojos—. Si el destino juega conmigo, yo también pienso jugar con él.

Andreas no duda ni un segundo en ayudarme con el plan.

Capítulo 23

El mes de enero pasa volando ante mis ojos y mi plan con Andreas está a puntito de salir a la luz en la primera semana de febrero. Nina no ha vuelto a dejarse caer por aquí, solamente una vez escuché su voz en la entrada, pero no quise saber nada de ella. Desy le dio mi recado.

—Meredith no quiere saber nada de ti. Supongo que te lo mereces, Nina.

Sonreí al escuchar mis palabras dichas de los labios de mi querida Desy, ella ha sido mi gran apoyo todo este mes. Bueno, también tengo que destacar a dos personas más. Ellos son Stefan y Martin. Sí, así es. Stefan no se separa de Desy (me alegra ver cómo sonríe Desy cada vez que recibe a su ídolo en casa) y Martin, desde que supo el mal que ha hecho Marcus acostándose con una de mis mejores amigas parece algo más interesado en mi vida y en todo lo que se refiere a mí. A Martin le encanta acompañar a Stefan cuando nos visita. Las pequeñas no dejan de jugar con él para demostrar sus dotes con la imitación de la batería. Martin se ha convertido en un gran apoyo y confidente. Quién me lo iba a decir.

Sobre Marcus... No le he vuelto a ver desde aquel día de los resultados que ya tan lejanos me parecen. Es Stefan quien trae el dinero que les corresponden a las pequeñas. Tampoco veo a Jon, el bajista. Según Martin, Jon “es el perrito faldero de Marcus” por lo que supongo estaría de su lado.

Acerca del plan que tengo entre manos desde hace ya casi un mes solo lo sabe Andreas. Un día estuve a punto de contárselo a Desy, pero no sé cómo hacerlo ni cómo se lo tomará. Bueno sí, sé que intentará impedírmelo, pero lo tengo más que claro y estoy decidida a seguir con ello: Nina y Marcus lo iban a pagar de alguna forma y si eso tenía que recaer en otras personas, así sería. Sobre todo quiero que Marcus sufra, ya que ni siquiera ha tenido las suficientes agallas de venir a pedirme perdón a la cara. Sí, le sigo odiando, lo reconozco; y más que nunca, pero también una parte de mí le ama. Y esta parte es la peor y más dura de llevar.

Último domingo de enero. Observo por la ventana el cielo oscuro y estrellado cuando alguien me rodea con sus brazos. Por un instante me dejo llevar imaginándome la silueta de Marcus a través del reflejo del cristal de la ventana y sonrío. Pero la voz de Martin me hace dar un respingo y hace desaparecer esos pensamientos.

—¿Cómo se encuentra la princesita hoy?

¿Por qué siempre es tan dulce? Siempre llena la casa de palabras bonitas. Por eso me encanta su presencia. Transmite una felicidad increíble.

—He subido al cuarto un momento. Necesitaba pensar.

El resto sigue cenando abajo. Aún puedo escuchar los aplausos animando a las peques bailar al son de la música. Definitivamente, mis hijas serán artistas en el futuro. Martin apoya su barbilla en mi hombro produciéndome un escalofrío. Siempre suele estar cariñoso conmigo, pero admito que nunca antes se había acercado tanto a mi cuello. Noto su cálido aliento y hace que se me erice el vello de los brazos. Coloco mis manos sobre sus fuertes brazos que siguen colocados sobre mi cintura.

—¿Y en qué pensabas? —me pregunta tras un pequeño silencio.

En realidad solo pensaba en Marcus, como hago a cada momento (ya sea para odiarle o para amarle), pero creo que destruiría la magia del momento si pronuncio su nombre en este preciso instante. Entreabro los labios dispuesta a inventarme cualquier cosa pero el rugido de un motor de coche hace callar mis futuras palabras. Ambos nos inclinamos un poco hacia la ventana para asomarnos. La calle está muy oscura, pero la tenue luz de las farolas hace que Martin reconozca de inmediato el coche que acaba de parar.

—Pero ¿qué hace éste aquí? —se separa de mí colocándose a mi lado y acercando aún más el rostro al cristal.

No sé a quién se refiere hasta que la puerta del conductor se empieza a abrir. De pronto, como si el tiempo fuera a cámara lenta veo cómo Marcus sale de su coche con aires de orgullo y abre la puerta del copiloto. Las lágrimas caen por mis mejillas cuando alcanzo a ver el rojizo pelo de Nina. ¿Siguen viéndose? ¿Han estado juntos todo este mes? ¿Y le está acompañando a casa sin siquiera pasar por aquí a saludar a sus hijas al menos? La bilis parece haber subido hasta mi garganta con rapidez. Trago saliva varias veces intentando que vuelva al estómago e intento no romper a llorar delante de Martin, pero es demasiado tarde. Cuando me doy cuenta Martin ya me está estrechando entre sus brazos. Me aprieta contra su firme pecho y es ahí cuando

me siento cómoda y protegida. Éste me da un suave beso en el pelo. Apenas tengo fuerzas. Creo que voy a desmayarme de tanto sofoco. Suerte que Martin me tiene bien agarrada porque cuando a punto he estado de caerme sin fuerzas, él me ha cogido en brazos y me ha depositado en la cama. Pocos segundos después noto sus cálidos y jugosos labios sobre los míos, humedecidos por mis lágrimas. Pero a él no parece importarle ese pequeño detalle y me besa dulcemente. Cada roce, cada suave y frágil caricia de su parte me estremecen de pies a cabeza y hace sentirme en la gloria. ¡Qué digo en la gloria! ¡En el mismísimo paraíso! Creo que era algo que necesitaba y Martin ha conseguido llenar esa necesidad que hasta ahora no pensaba que necesitara tan urgentemente.

Cuando Stefan y Martin han tenido que marcharse a casa me he sentido vacía de nuevo y ya ni Desy ni mis hijas podían llenar la felicidad que había alcanzado hacía tan solo unos minutos con Martin en mi cuarto. Una vez en la cama decido escuchar música relajante y por mi mente van pasando los encantadores momentos que he tenido con Martin. Él ha hecho que por minutos, o incluso días, me sintiera bien conmigo misma. Decido mandarle un mensaje al móvil. ¿Estará acostado ya?

¡Hola Martin! No te lo he dicho antes pero te lo digo ahora. Me haces muy feliz y quiero que sepas que... te quiero.

Vale, he tardado como quince minutos hasta que lo he escrito y he pulsado el botón de enviar, pero finalmente he cerrado los ojos y lo he hecho. Casi caigo dormida cuando noto el móvil vibrar en mi mano. Abro los ojos lentamente y leo el mensaje en la oscuridad. No puedo evitar sonreír al leerlo.

Yo también te quiero, demasiado, no sabes cuánto. Agradezco al destino al hacer que llegaras hasta mí. Me gustaría ir en serio contigo. ¿Qué me dices? Te amo.

Mi corazón parece a punto de estallar de tanto bombeo. Respiro rápido varias veces intentando controlar los nervios y la emoción. Así que Martin también piensa que hay un destino que ha hecho que nos una tanto... A decir verdad, eso parece. ¿Querrá entonces el destino que siga este camino olvidándome de Marcus Ackerman? Porque Marcus no tiene pinta de ser ese

chico que terminaría saliendo conmigo. Él ha caído en las redes seductoras de Nina y yo me he dejado atrapar por la ternura de Martin Schäfer. Está bien, lo admito. No se me ha pasado lo que siento por Marcus, al fin y al cabo es el padre de mis hijas, pero Martin me ha dado lo que Marcus debería haberme dado.

Bien, lo tengo más que decidido.

Capítulo 24

Al día siguiente, Martin y yo hicimos oficial nuestra relación y todos se han puesto la mar de contentos. Las niñas quizás no entiendan qué significa estrechar una relación con alguien, pero me basta con que vean que nos queremos.

Es viernes y estoy a punto de salir de casa cuando Desy me llama desde el salón.

—Dime, tengo prisa —contesto asomándome por la puerta.

Desy está viendo la tele con las niñas después de haber desayunado con ellas.

—Que a dónde vas tan pronto. ¿Con Martin?

—Mmm... no, voy con Andreas —titubeo mientras Desy me lanza una mirada de desconcierto. Hablo rápido antes de que vuelva a preguntarme—. Ya te contaré. ¡Hasta luego, enanas!

—¡Adiós, mami! —exclaman al unísono sin quitar la vista de la pantalla.

¡Buf! Me está costando un montón guardar el secreto a todo el mundo sobre la que estoy a punto de armar, pero ya no hay vuelta atrás y no pienso arrepentirme. Marcus y Nina merecen un escarmiento por el daño que nos han hecho, sobre todo a Andreas y a mí. Éste me recibe en su casa. Está solo, ya que su padre se encarga hoy del quiosco. Estamos reunidos en su salón tomando un café cuando me mira seriamente de repente tras charlar un poco de otros temas.

—¿De verdad quieres que lo lleve a publicar?

—Sí —contesto segura de sí misma y sabiendo que ya está hablando del tema en cuestión—. ¡Y ahora enséñamelo!

Andreas suspira poco convencido y como por arte de magia aparece ante mis piernas una hoja de papel escrita a ordenador.

—Así quedaría más o menos, ya en la imprenta corrigen lo que haga falta —señala con el índice un párrafo en cuestión y lo leo en voz alta.

MARCUS ACKERMAN ¿PADRE DE DOS HIJAS?

Parece mentira pero el guitarrista de 4Kats (Marcus Ackerman, 22) considerado entre las propias fans como el mismísimo “Dios del sexo” o “El mujeriego” podría haber tenido dos hijas gemelas, sangre de su sangre, con una desconocida fan entre las tantas que han caído ya en sus redes y que él mismo no tiene reparo en ocultar ante los medios de comunicación. Sin embargo, sí hay algo que ha mantenido fuera de los medios. Fue hace ya cuatro años cuando, según ciertos rumores, tuvo ese desliz con una joven. Más rumores dicen que a día de hoy parece ser posible que haya conocido por fin a estas dos niñas gemelas. Y es que Marcus Ackerman no tiene intención de admitir que son hijas suyas para así poder mantener su reputación, pero unas pruebas de ADN muestran lo contrario. Marcus Ackerman no puede esconderlas más. Al fin han salido a la luz. ¿Qué pensarán de todo esto sus fans? ¿Y 4Kats? ¿Seguirá teniendo el mismo éxito o hará que su carrera se desmorone?

Respiro hondo tras terminar de leer el artículo.

—Vaya, Andreas, se te da genial esto de escribir noticias impactantes.

Pero el chico no parece darle importancia y solo se encoge de hombros antes de responderme:

—Yo solo espero que dé buen resultado.

Ambos chocamos la mano y tras terminarme el café me despido de él, no antes de prometerme que me llamaría cuando el periódico se pusiera en venta. Sé a lo que me estoy exponiendo con todo esto. Todos me pueden dejar de hablar cuando se enteren de que he publicado la noticia que tantos años he callado. Pero no me importa, ya estoy harta de ser la niña buena y la que llora por ser vulnerable a todo lo que me rodea o me hace daño. Ahora me toca a mí ver vulnerables a los demás, sobre todo al indolente de Marcus Ackerman por todo lo que me ha hecho pasar y lo poco que se preocupa por sus hijas. Espero que dé buen resultado como dice Andreas y se produzca un cambio en él.

Acaba de transcurrir la semana y puedo decir que he pasado el fin de semana más feliz de mi vida. Lo pasé con Martin en una casa que tiene a varios kilómetros y ubicada en las montañas. Dice que apenas nadie de su familia la ha usado, pero que sus bisabuelos vivieron en ella desde siempre y que ahora le pertenece. Quise llevarme a las niñas pero Irene se negó en rotundo. “Tienes que tomarte un descanso, no te preocupes por ellas”,

recuerdo que me dijo antes de que me marchara. El fin de semana con Martin ha sido magnífico, me ha hecho olvidarme de todo y solo parecíamos existir él y yo.

Ya en casa y tumbada en la cama no puedo dejar de pensar en el momento en el que Martin lea el periódico y sepa que todo fue idea mía. Espero que pueda entenderme. Desy me preguntó sobre mi visita a casa de Andreas y he tenido que volver a mentirle. No me atrevo a decir nada, no soy capaz de decirle que he roto la promesa. Y lo peor de todo... Que Desy haya hecho a Stefan prometer mantener a las niñas en secreto y que yo lo vaya a estropear todo.

Al día siguiente, desayunando junto a Desy, suspiro hondo mientras doy vueltas con la cucharilla a mi taza de cola cao.

—Mañana es San Valentín —comenta Desy mirándome de reojo.

Ella también da vueltas a su cola cao. Las niñas están en la sala de juegos ausentes de todo, una vez se encierran allí es como si no existieran. Tan tranquilas y entretenidas.

—Ah.

No sé qué más decir.

—Stefan me ha invitado a pasar la noche con él.

Le miro de repente con ojos desorbitados.

—¿Qué me dices?!

—Pues eso —se estaba sonrojando—. Creo que vamos a dar un gran paso. O eso espero.

—¡Ay, me alegro mucho, tía! —le agarro de ambas manos.

De repente, el teléfono comienza a sonar.

—¿Sí? Ah, hola. Claro. ¿Hoy? ¿Seguro? Muy bien, gracias. Sí, yo también lo espero. Ya te contaré. Hasta luego —cuelgo nerviosa y vuelvo a la mesa a terminar la leche de un largo trago.

—¿Quién era?

—Andreas —me levanto con intención de evitar el tema, pero Desy me agarra del brazo haciendo que vuelva a sentarme.

—¿Estás liada con él?

—¡Desy! ¿Cómo puedes pensar eso? ¡Estoy con Martin! —le miro enfadada porque se le haya pasado por la cabeza esa estupidez—. ¡No puedo creer que pienses que puedo llegar a... —hago una pausa pensando las

palabras exactas— ponerle los cuernos!

Me suelto de ella con brusquedad y, dejando en el fregadero mi taza, salgo a la puerta a que me dé el aire. Tras un rato fuera, decido dar un pequeño paseo. Me vendrá bien. Camino por delante de las casas vecinas sin rumbo fijo y pensativa. Desy y Stefan darán un paso más en su relación mañana. Seguro que le pedirá salir, lo que quiere decir que no pueden leer el periódico hasta pasar aquella noche. No quiero estropear ese momento que sé que Desy ha estado esperando estos meses con ansia. Sin embargo, Andreas me ha llamado para informarme de que hoy mismo sale a la venta. Espero que hasta mañana por lo menos nadie lo compre. Cruzo los dedos. Aunque ¿para qué lo hago? La suerte no suele estar de mi lado y lo compruebo cuando de vuelta a casa para comer, Nina aparece saliendo por su puerta, furiosa y con un periódico en la mano. Hace días que no la veo. ¿Días? Quizás un mes, creo.

—¡Sé que ha sido idea tuya! ¡¿Cómo te atreves a hacerle esto a Marcus?! —me está gritando con toda su ansia a pocos centímetros de mi cara pero no me importa, no tengo la vista fija en ella sino más allá. Un coche acaba de parar delante de nosotras—. ¡Ahora tendrás que explicárselo a él a la cara! —señala el coche que acaba de frenar.

Estoy paralizada, también hace un mes o más que no veo a Marcus cara a cara.

Creo que no debí de haber cruzado los dedos, demasiado tarde.

Marcus sale del coche y llega hasta nosotras con sus andares chulescos.

—¿Qué pasa, Nina? ¿Por qué tanta urgencia en que viniera? —hasta que no ha llegado hasta su chica no ha reparado en mí. Entonces me mira de reojo—. Hola.

El corazón me da un vuelco, creo que voy a desmayarme aquí mismo.

No, ahora no Meredith, afronta lo que ya está hecho, me dice mi mente una y otra vez.

La engreída e irritante voz de Nina vuelve de nuevo a mi cabeza:

—Ni la saludes, Marcus. Te acaba de destrozar la vida. Lee esto —le estampa el periódico en las narices y sigue con la mirada puesta en mí.

Yo observo a Marcus mientras meto mis manos en los bolsillos del abrigo para que no vean lo mucho que me tiemblan. Sabía que tenía que llegar este momento, pero juro que jamás pensé que sería así, cara a cara y con Nina de su lado. Echo de menos estar con alguien en este momento, si al menos tuviera a Andreas para que me apoyara... Pero no, ha sido idea mía. Yo me metí en

esto y seguiré con ello.

Marcus está leyendo muy concentrado el párrafo que Nina le ha señalado con anterioridad y yo sigo esperando su reacción, preparada para afrontar cualquier cosa. Es hora de poner en práctica mi nuevo yo: el de chica dura. Aquel que he mantenido desde pequeña y que fue interrumpido por culpa de la apuesta que hicimos hace cuatro años.

Marcus termina de leer y clava su mirada en mí.

—Espero que te hayas quedado a gusto —tira el periódico a mis pies. Su voz suena neutral, sin sentimiento alguno. No sé, esperaba que me gritara al igual que Nina, pero no lo hizo—. Lo que más me jode es que de tu boca haya salido lo de que eres “fan de *4Kats*” —dice haciendo las comillas con los dedos.

La garganta comienza a arderme, quiere gritar. Pero mi mente es más fuerte ahora mismo. Me mantengo en mi sitio y con la cabeza bien alta. Él niega con la cabeza mostrando repugnancia hacia mi persona. Seguidamente, dando la mano a Nina, me dan la espalda en dirección hacia la casa de ésta.

—¡A mí también me jode que de tu boca saliera “os prometo venir mañana a veros”! —le imito con las comillas y además intento imitar su potente voz. Sabe que me estoy refiriendo a aquella promesa que hizo a sus hijas y que no cumplió.

Marcus gira el rostro y puedo verle de perfil decir:

—Hasta otra, Meredith —y sin siquiera mirarme agarra a Nina de la cintura y se dirigen hacia la casa y ambos entran sin volverse ni una vez.

Me quedo quieta un buen rato con la esperanza de que Marcus salga de nuevo recapacitando y pensando que su deber ahora es estar al lado de sus hijas pero allí como una tonta permanezco en vano.

Camino arrastrando los pies y llego a casa. Desy, al verme, me pide perdón corriendo por pensar aquello de Andreas, pero no le hago mucho caso. Eso ya no es nada comparado con lo que me ocurrirá cuando se entere de la noticia. No tendría que haberlo hecho. Pero ¿para qué lamentarse ahora? Ya no se puede hacer nada. El periódico se está vendiendo por toda la ciudad. Las pequeñas corren hacia mí desde el salón para abrazarme. Ahora mismo son lo más importante en mi vida y si Marcus no se da cuenta de lo que se está perdiendo, allá él.

Capítulo 25

El catorce de febrero ha llegado al fin. Bonito día ¿verdad? Irene ha decidido quedarse en casa con las pequeñas, ya que Desy esta noche sale con Stefan y yo con Martin. Éste me llamó ayer para invitarme de nuevo a su casa de la montaña. Debo estar feliz, al menos intentarlo. Pero, ¿y si ya conoce la noticia del periódico?

Cuando me despido de Desy, que se marcha en el coche de Stefan que ha venido a recogerla, el corazón no deja retumbar en mi pecho. Ojalá les vaya bien y no se enteren de lo que he hecho. Martin llega a los pocos minutos de irse ellos. Durante el trayecto parece notarme tensa.

—¿Estás bien?

Suspiro y le miro lo más sonriente posible, que no es mucho.

—Sí, estoy contenta de pasar la noche contigo otra vez.

Éste me acaricia la mano y enseguida la coloca en el volante.

—Yo estoy nervioso por Desy y Stefan —ríe tan encantador como siempre.

—Seguro que les irá genial.

—Sí.

Tras una media hora de viaje, llegamos hasta la acogedora casa que ya pisé el fin de semana pasado. Bajo del coche encontrándome con él que me abre puerta como todo un caballero. Una vez fuera, saca una venda negra del bolsillo. No me da tiempo a preguntarle porque me la coloca sobre los ojos y hace un nudo por detrás.

—¿Qué tramas, Martin?

—Tu confía en mí —dice mientras me agarra de la cintura.

Me va empujando suavemente al mismo tiempo que le noto detrás de mí muy pegado a mi espalda. Damos pequeños pasos. ¿Qué quiere que no vea? Escucho cómo abre la puerta con la llave y me agarra de una mano. A ciegas noto el calor de la chimenea del salón.

—Uy, que calentito. ¿Ya tenías todo preparado?

También escucho la televisión de fondo. Ya no noto a Martin a mi lado.

—¿Martin?

Escucho cómo el volumen de la televisión comienza a subir y que una presentadora pronuncia el nombre de *4Kats*.

—Pero ¿qué...?

Algo está ocurriendo así que decido quitarme la venda yo misma. Me encuentro a Martin a pocos metros del televisor. Mi mirada se dirige hacia la mesa que tiene dos velas encendidas y un mantel precioso. Lo ha preparado todo para este día especial, pero Martin sigue escuchando a la presentadora de televisión y se ha olvidado de mi presencia.

Entonces el corazón me da un vuelco al escuchar lo que la presentadora está contando:

—Al parecer, una persona anónima y muy cercana a los chicos decidió publicar esta noticia. ¿Será verdad que uno de los componentes de 4Kats tiene dos niñas de cuatro años de edad y que no quiere saber de ellas? ¿Qué pensarán las fans de todo esto? Es una noticia bastante inesperada y muy llamativa para los medios que ya comienzan a moverse intentando encontrar respuestas directamente de boca de los componentes. También intentarán encontrar a la supuesta fan y madre de las niñas. Bien, y ahora hablaremos de... —dejo de escuchar cuando Martin me mira directamente a los ojos.

Su rostro no es para nada enfadado sino más bien triste. O quizás ¿defraudado?

—Has sido tú ¿no? —su voz sonaba ronca y desesperada.

Asiento con la cabeza casi de forma inconsciente.

—Luego hablamos, ahora voy a subir al segundo piso. Me parece que no estamos solos.

Frunzo el ceño y observo cómo sube las escaleras hacia arriba. Claro, alguien debe haber encendido la televisión. Pero ¿esta casa no es solo de Martin? Me siento en el sofá y cuando encuentro el mando a mi lado pulso el botón de apagar. La televisión nos ha estropeado el momento romántico. Claro que tenía pensado contárselo, pero la televisión me lo ha fastidiado. El silencio se apodera del lugar en ese momento. Miento. Escucho voces procedentes de arriba. No consigo reconocerlas hasta que ya comienzan a bajar las escaleras.

Me da un vuelco al escuchar *su* voz.

—¿En su día me dijiste que me dejarías la casa para mis ligues! Pero claro,

es verdad —Marcus se ha parado en seco al final de la escalera y me mira de reojo, a su lado lleva a Nina de la mano—. No contaba con que la utilizarías tú, y menos para estar con ella —ha bajado la voz, pero le he escuchado perfectamente.

Nina ni siquiera se digna en mirarme.

—Vámonos, anda —tira Nina del brazo de Marcus hacia la puerta, pero éste se resiste un momento.

—Sí. ¡Ah, Martin! —exclama cuando éste ya les ha dado la espalda dirigiéndose a mí. Martin se gira para mirarle—. Usa protección. Ya sabes, podrían venir trillizos esta vez. No querrás ser también la comidilla de los medios ¿no? —le guiña un ojo y me echa una última mirada. Una mirada llena de odio que me produce escalofríos.

Una vez escucho cerrar la puerta, me levanto para dirigirme a Martin.

—No le hagas caso.

—Es Marcus —dice solamente como si fuese la respuesta a todas mis preguntas. Me agarra de la mano y me invita de nuevo a sentarme en el sofá junto a él. Inspira un momento y sin mirarme comienza a hablar—. Meredith, ¿por qué lo has hecho? ¿Por Marcus? Porque si es así deberías haber elegido otro camino para hacerle daño si es eso lo que quieres —me mira entonces a los ojos sin soltarme la mano—. Porque no solo le haces daño a él ahora mismo, sino a todos nosotros, lo sabes ¿no?

Intento tragar saliva, pero no puedo. Tengo la boca seca.

—Lo siento mucho, Martin. Fue en un momento de rabia y pensé que de esta manera Marcus —las lágrimas empiezan a aparecer debido a los nervios— haría algo por sus hijas, que les prestaría más atención. Pero me he equivocado —me suelto de su mano, no merezco ser acariciada por nadie en este momento.

De repente, me ha estrechado entre sus brazos y mis lágrimas caen sin cesar. Qué poco me ha durado el aparentar ser fuerte. Con Martin siento que puedo llorar más fácilmente y desahogarme con él.

—¿Me vas a dejar? —digo casi en un susurro.

Martin deja de abrazarme para mirarme a los ojos.

—Ni lo sueñes. Te quiero más que a nada y voy a estar contigo en esto.

Se acerca lentamente y al final soy yo la que besa apasionadamente sus cálidos labios. ¿Por qué es tan bueno conmigo? Me siento tan culpable... Yo le he herido y él en cambio me da un cariño que no merezco. Vuelvo a

sentirme un poco mejor. Sin embargo, durante la cena tan romántica que me ha preparado tengo la cabeza en otra parte. No puedo quitar de mi mente a Marcus y Nina sonriendo y dándose placer, me suena repugnante por parte de ambos.

De pronto, recuerdo el día en que concebí a mis niñas junto a Marcus, ambos desnudos sobre aquella cama ya hace cuatro años. Fue tan precioso y mágico...

—¿Te encuentras bien? ¿Estás cansada?

La voz de Martin hace que vuelva en sí.

—Sí, la verdad, me gustaría descansar.

—Bien, pues vamos arriba —me agarra de la mano y apagando las luces y la chimenea me conduce hasta uno de los cuartos.

—¡Me encanta esta habitación! —exclamo al ver la cama de matrimonio tan bonita con sus mesitas de pino y con una alfombra bien calentita y mullida. Me descalzo y me tiro sobre la cama, rendida. Martin me imita y ambos nos abrazamos un buen rato. El silencio hace que poco a poco mis párpados vayan cerrándose.

Capítulo 26

El resplandor del sol me da de lleno en la cara y me hace entreabrir los ojos con lentitud. Una vez me doy cuenta de dónde estoy, observo que estoy vestida con la ropa del día anterior y sin Martin a mi lado. Un extraño sudor corre por mi frente. Me levanto al escuchar ruidos provenientes de la cocina. Pero no es solo ruido, son voces. Salgo de la habitación y bajo lentamente varios escalones. Una vez cerca de la cocina me limito a escuchar en silencio.

—¡Marcus, por favor, madura un poco!

—¿Me dices a mí que madure cuando ella no lo hace!? ¡Porque nos ha dejado bien clarito que de madura no tiene nada haciendo que ahora *4Kats* solo sea la comidilla de los medios! ¡Van a estar más pendientes de la tontería de las niñas que de nuestra música!

Escucho un golpe, como si hubiera golpeado con el puño la encimera. De nuevo, escucho a Martin salir en mi defensa:

—Piensa lo que está pasando ella, Marcus. ¡Joder, solo quiere que prestes atención a tus hijas! ¿De verdad es pedir tanto?

—¡Ya le doy dinero todos los meses! ¿Qué más puedo hacer?

—¡Pues quizás acompañarnos a Stefan y a mí los días que vamos a verlas y que así ellas puedan verte!

—¡Las niñas no saben ni quién soy yo! Primero deberían saberlo, digo yo.

—¡Ni hablar! —ambos me miran—. ¡No pienso permitir que lo sepan y tampoco quiero que las veas por obligación! Martin, déjale en paz. Que haga lo que le dé la gana.

Marcus mantiene el rostro serio y enseguida pasa rozándome el hombro con malicia. Seguidamente, escucho el portazo al salir. Martin viene corriendo hacia mí y me abraza para tranquilizarme.

—Yo solo intentaba que entrara en razón —me susurra—. Venga, vamos a

desayunar algo y te llevo a casa.

Una vez me ha dejado en casa promete llamarme por la noche, como todas las noches. Siempre lo hace para preguntarme qué tal me fue el día. Es un sol ¿verdad? No quiero hacerle daño pero no consigo amarle de la misma manera que a Marcus. Es imposible. Una vez en casas las niñas me saludan con sus abrazos.

—¿Y la tita Desy? —les pregunto cuándo se vuelven hacia las escaleras para subir a jugar.

—En su cuarto.

—Aunque está enfadada —añade Amanda con su vocecita angelical.

—¿Enfadada? —frunzo el ceño y mientras subo las escaleras hacia su cuarto no pienso en otra cosa que en su noche de San Valentín con Stefan. ¿Será que no le ha ido como esperaba?

Llamo con los nudillos encogidos de miedo, casi sale un golpe demasiado flojo. ¿Lo habrá escuchado? Hago el amago de volver a llamar cuando la puerta se abre.

Desy me mira a los ojos. Los tiene húmedos y enrojecidos.

—¿Ha pasado algo con Stefan? —es lo primero que le pregunto.

Ésta me deja pasar y sin cerrar la puerta se sienta en la silla del escritorio. Se ha creado un silencio bastante incómodo, hacía mucho tiempo que con Desy me ocurría esto.

Mi corazón empieza a latir fuertemente cuando comienza a hablar.

—No puedo creer lo que has hecho, Meredith.

Arrugo al frente pero ella, al ver mi cara de extrañeza, coge un periódico que casualmente estaba en el escritorio y me lo tira. Lo he cogido al vuelo. ¡Se ha enterado y no por mí! No consigo poder mirarle a la cara y sigo con la vista fija en las letras, pero sin leerlas. Me sé de memoria el texto. No me hace falta leerlo de nuevo.

Desy sigue tomando la palabra:

—Ayer Stefan me enseñó el periódico. Todo debía haber sido genial y sí, me ha pedido salir —quiero sonreír, pero al ver que ella no lo hace solo consigo hacer solamente una mueca. Luego, sigue hablando—: Me llevó a un hotel precioso de Leipzig y allí no pude hacer otra cosa que sentir pena por él. Le prometí que nunca llegaríamos a publicar por ahí lo de las niñas y Marcus. Pero nunca pensé que harías esto, y sin consultármelo.

Ha terminado de hablar, me parece que me toca a mí.

—Lo siento mucho, Desy, de verdad. Estaba muy enfadada viendo a Nina y Marcus juntos y...

—Y pensaste que jodiendo al grupo completamente sería lo mejor, ¿verdad? —me interrumpe con lágrimas en los ojos.

Agacho la cabeza y noto como el labio inferior me tiembla.

—Perdóname... —me levanto y salgo del cuarto derecha al mío.

Me tumbo sobre la cama y derramo las lágrimas que he contenido delante de Desy. Sabía que iban a estar en mi contra. Me siento fatal. El plan no ha salido como esperaba. Nina no ha dejado a Marcus para volver con Andreas y Marcus aún sigue sin querer visitar a sus propias hijas. Y encima he defraudado a Desy y le he hecho quedar mal con Stefan. Lo único bueno que puedo sacar de todo esto es que al menos Desy ha conseguido salir con Stefan sin problemas de por medio. Bueno, quitando los problemas ajenos, es decir, el mío y el de Marcus.

Capítulo 27

La semana pasa volando. Desy no ha hecho otra cosa que esquivarme dentro de la propia casa. Martin me llama como cada noche y hoy viernes me ha invitado a salir de copas para despejarme, pero le he rechazado. No estoy con ganas de nada. No dejo de dar mil vueltas en mi cuarto pensando en Marcus. ¡¿Por qué razón no puedo sacarle de mi cabeza cuando él lo ha hecho hace ya tiempo?! ¡Qué digo tiempo! Nunca estuve en su cabeza. En cambio, él está en la mía a cada momento. Cada vez que noto que voy a romper a llorar me encierro en mi misma y busco mi propio lugar de refugio ante todo lo que me rodea y sobre todo ante él... Ante Marcus, ese ser que existe constantemente dentro de mí.

Casi caigo dormida tras terminar de hablar con Martin por el móvil rechazando su invitación cuando la puerta suena.

Me levanto a abrir.

—¿Estabas dormida, cariño? —me pregunta Irene, dubitativa.

Niego con la cabeza frotándome los ojos.

—Bueno, es que alguien os espera a Desy y a ti abajo, en la entrada. Ya se lo he dicho también a ella.

Siento cómo Irene se acongoja al hablar de Desy y de mí, ya que no le resulta nada agradable vernos enfadadas, pero no puedo hacer nada si ella no quiere saber nada de mí. Me lo merezco después de todo.

—¿Y quién es?

—Mejor que bajes —dice solamente. Y se dirige hacia la sala de juegos con las niñas.

El corazón me golpea fuertemente contra el pecho. ¿Será Stefan que viene a echarme la bronca delante de Desy? Es lo primero que pienso. Bueno, lo primero y lo último.

Bajo las escaleras. No hay nadie en la entrada así que miro hacia el salón. Entonces la veo allí, mirando de reojo a todos lados.

—¿Qué hace ella aquí? —pregunto con sequedad.

Nina se levanta del sillón. Me fijo en que lleva una maleta. Desy solamente se aparta y nos mira a ambas sin decir palabra.

—Vengo a despedirme —dejo que prosiga y sigo mirándole con mala cara—. Sé lo que estáis pensando de mí ahora mismo, pero tras pensármelo mucho quise pasar y al menos despedirme cara a cara. Me voy a Hamburg, mi padre me ha conseguido allí un trabajo en una empresa y me marchó. No sé cuándo volveré a veros.

—¿Y Marcus? —es lo único que me sale de los labios ahora mismo.

Ésta no pone mala cara al escuchar su nombre, al contrario, se limita a contestar tranquilamente:

—Marcus ha sido algo pasajero, al igual que yo lo he sido para él —muestra una sonrisilla y mira una última vez a Desy que sigue allí quieta. Entonces comienza a caminar hacia mí—. Espero que no se monte una buena con todo lo de los periódicos, los chicos están muy inquietos con el tema. Por lo que me ha contado Marcus, no dejan de acosarles con cámaras y periodistas a cada sitio que van —me roza el hombro mientras que arrastra la maleta llegando a la puerta de la calle. Me giro para mirarla una última vez—. Despedidme de Andreas, no creo que quiera verme y lo entiendo perfectamente.

Al ver que ni Desy ni yo tenemos intención alguna de contestar solamente se despide con un gesto de mano y sale de casa directa a un taxi que le está esperando en la puerta. Una vez escuchamos al taxi girando la calle miro a Desy que explota de rabia.

—¡Será estúpida! ¿Viene aquí como si nada y encima te dice a la cara que Marcus solamente fue pasajero? ¡Dios, te juro que poco más y la reviento!

Sé que tendría que estar enfadada, pero la situación tan extraña me hace reír. Desy me mira extrañada por mi comportamiento. He empezado a reír como loca y lo mejor es que ella también. Nos acercamos al sofá y le tiro un cojín en la cara.

—¡Jajaja te vas a enterar! —exclama devolviéndomelo.

Y así es como hemos hecho las paces. Buena forma ¿eh? Una gran amistad y hermandad nos une y es imposible que se rompa. Ahora lo sé. Y sí, desde siempre fuimos tres. Tres amigas inseparables: Nina, Desy y yo. Pero ya conocéis el destino. Desde un principio estaba escrito que Nina nos apuñalaría por la espalda sin darnos cuenta y ha llegado ese momento. Pero también tengo

bien claro que el destino ha hecho que Desy y yo estemos más unidas que nunca. Eso también lo sé.

Capítulo 28

Han transcurrido dos meses desde que Nina se marchó. Se lo contamos a Andreas esa misma tarde como bien nos dijo Nina y tampoco se preocupó demasiado. De hecho, su respuesta fue “me da igual”.

En este mes han ocurrido varias cosas importantes: una, y creo que la más importante, es que los medios de comunicación me han “cazado”. Hasta he salido por televisión como “la famosa fan con la que Marcus Ackerman tuvo dos hijas hace cuatro años”. Sí, así me reconocen ahora por la calle. Bueno, gracias a Martin ya no me persiguen tanto. Me explico: En las primeras semanas, la casa de Irene estaba llena de periodistas todos los días, en la misma puerta, esperando sacar fotografías de las pequeñas. Sin embargo, con ayuda de todos, hemos conseguido esconderlas. Llegó un momento en el que las niñas no soportaban entender por qué no dejábamos que salieran al parque y siempre mencionamos el frío como causa. Pero ahora que llegaba la primavera no podíamos poner esa excusa. Fue entonces Martin quien se portó tan bien que nos ha dejado su casa de la montaña para vivir. El día en que nos lo dijo lo rechacé, pero Irene y Desy me dijeron que no fuera tonta y que aceptara. Las niñas necesitaban aire libre y esa casa era el mejor lugar para huir de cualquier paparazzi. Nadie conocía su paradero. Así que al fin estoy viviendo en “mi propia casa” junto a mis hijas. Martin suele venir todos los días para comer y pasar la tarde. Y alguna noche también se ha quedado a dormir, pero luego se vuelve a Leipzig con sus padres o para ir a eventos con el grupo. Me siento algo mal porque no me deja pagar nada de los gastos; dice que su familia es la que lo paga y que no me preocupe por ello. Aun así, no dejo de buscar trabajo, de nuevo sin éxito. Pero no dejo de intentarlo. Quiero pagar parte de la casa. No quiero ser una mantenida. Las niñas juegan en el parque que hay cerca de allí, les encanta el olor a primavera, las montañas y el río que transcurre a pocos metros. La verdad es que el ambiente es perfecto para ellas.

Queda tan solo una semana para el cumple de las pequeñas y ya está previsto que la celebración de sus cinco añitos sea aquí, en la casa de la montaña donde ya ellas se sienten más a gusto que nunca.

—Mami, ¿va a venir Marcus también? —pregunta Amanda el día anterior a la fiesta mientras comienzo a ver la lista de contactos para ir avisando a los invitados sobre la fiesta.

La pregunta hace que se me caiga el teléfono de las manos. Yasmina lo recoge y me lo devuelve.

—Gracias, cariño.

—¡Eh, mamá! —insiste Amanda—. ¿Vendrá o no?

Las niñas amaban a Marcus casi tanto como yo. Se nota que somos de la misma sangre ¿verdad? Es verdad que quieren a Martin, ya que se pasa casi todo el tiempo con nosotras, pero ellas se fijaron en su guitarrista favorito y no hay quien les quite ese gusto tan exquisito por Marcus.

—Pues le llamaré, a ver si puede venir —les muestro una pequeña sonrisa.

Resoplo cuando éstas se alejan a jugar. Sigo llamando. Irene vendrá acompañada por Mario. Ah, claro. Que no lo he contado. Mario, el padre divorciado de Nina, lleva una relación estrecha con Irene. Al parecer Mario ha sido contratado como relaciones públicas en la misma empresa que trabaja Irene y aparte de ser vecinos son algo más que amigos. Me parece bien que Irene quiera intentar rehacer su vida, pero ¿por qué precisamente con el padre de Nina? La sola idea de llegar a ser “hermanastra” de Nina me repugna. Desy y yo tenemos más que asimilado que podría llegar a ocurrir, pero aún hay una pequeña posibilidad de que eso no pase.

Tengo el teléfono en la mano y ya estoy marcando el número de la casa de los gemelos Ackerman. Rezo para no escuchar la voz de Marcus tras el teléfono.

—¿Sí?

Mierda.

—Mmm... Hola, soy Meredith.

—Dime.

—Bueno, quería hablar con tu hermano —le digo antes de que se piense que tenía intención de hablar con él—. Para deciros la hora de mañana.

—¿Mañana?

Noto la duda en su voz. No sabe ni qué día es mañana. Y me duele, sí. Ni siquiera ha tenido nunca el interés de saber la fecha de nacimiento de sus

hijas. Trago saliva y contesto lo más tranquila que puedo:

—Celebramos el cumple de las niñas —tus hijas, pienso para mí—. Y era para recordaros que estéis en la casa de la montaña sobre las siete o así.

—Bien, yo se lo digo a Stefan ahora. Se está duchando.

Se crea un pequeño silencio con lo que decido despedirme.

—Adiós.

—Hasta luego —Y cuelga.

Con el teléfono aún en la oreja pienso en sus últimas palabras. ¡Ha dicho hasta luego! ¿Será entonces que vendrá? El corazón me palpita a más no poder. De pronto, reacciono cuando la puerta se abre debido a una llave. Debe ser Martin. Dejo el teléfono en su sitio y enseguida le veo en el recibidor.

—Hola —nos damos un dulce beso en los labios—. ¿Cómo que estás aquí tan pronto?

—Bueno, como hoy no pude venir a comer, pues vengo antes para ayudaros con la preparación de la fiesta de mañana. Por cierto —mira de reojo a su alrededor asegurándose de que estamos solos—, tengo el regalito de las niñas en el coche. ¿Lo saco para guardarlo?

—Creo que mejor lo traigas mañana directamente, son demasiado cotillas. Como la madre —sonríe guiñando un ojo y éste me imita—. Podríamos abrirlo antes de tiempo y trae mala suerte.

—¿Ah, sí? No sabía yo eso.

—Me lo decía mi madre... —un rápido escalofrío recorre mi piel al recordarla.

Cómo me hubiera encantado que estuviera aquí. Al igual que mi padre. No es lo mismo sin ellos.

Martin se da cuenta de mi estado de ánimo y enseguida cambia de tema.

—Bueno, ¿hacemos la tarta? A ver si sale a la primera.

Ambos reímos y pasamos la tarde pringados de chocolate y nata. Hemos tenido que hacerla dos veces, ya que la primera ha sido un destrozo total. Finalmente se ha quedado a cenar con nosotras y, tras acostar a las pequeñas, despido a Martin en la puerta.

—Nos vemos mañana. Buenas noches —me da un dulce beso en la frente.

—Hasta mañana —susurro viendo cómo se mete en el coche.

Por un instante vuelvo a pensar que es Marcus quien ha venido a ver a sus hijas. Espero que mañana aparezca y las vea después de casi tres meses sin dejarse ver el pelo.

Capítulo 29

Abro los ojos de repente. Noto un sudor recorriendo mi espalda. Me toco la frente. Vaya, estoy sudando. Al parecer he debido de tener una pesadilla.

De pronto, lo recuerdo todo: He soñado que las niñas estaban en peligro por los medios de comunicación. Querían arrebatármelas para sacarlas a la luz y hacerles mil preguntas sobre Marcus. Además, les contaban que él era su padre y las niñas no dejaban de llorar. Me llevo la mano al corazón que me late con desesperación. Me quedo un rato en la cama sentada esperando tranquilizarme cuando la puerta se abre y aparecen las niñas con su pijama puesto y el pelo revuelto.

—Buenos días, mamá —dicen al unísono.

Sonrío y noto en sus sonrisillas que esperan algo de mí. Por supuesto, me levanto para abrazarlas.

—¡Felicidades, niñas mías!

Ambas sueltan una risita dejándose abrazar.

—Anda, vamos a desayunar.

—¿Y el regalo? —pregunta Amanda ya sentada junto a su hermana en la mesa del comedor.

—Pero bueno, esperad a esta tarde cuando vengan los demás —les sirvo mientras tanto la leche en sus respectivas tazas—. No seáis impacientes.

Revuelvo sus cabellos y tras servirme el desayuno lo tomamos mientras vemos los dibujos de las mañanas.

El teléfono comenzaba a sonar desde bien temprano y las niñas parloteaban por lo menos diez minutos cada una preguntando cuál sería su regalo e intentando adivinarlo. Yo apenas prestaba atención a las llamadas porque empecé a limpiar cada rincón de la casa, ya que no me gustaba para nada que estuviera sucia. Ya no solo porque yo era muy organizada sino porque no era mía y debía cuidarla aún más. Martin ha venido para comer y me ha encantado tenerle ahí porque así mientras él terminaba de limpiar yo empezaba con la

comida.

Estaba preparando los macarrones cuando, de repente, escucho a Martin gritar hacia la escalera tras un timbrazo del teléfono:

—¡Chicas, es para vosotras! ¡Es Marcus!

Doy un respingo y enseguida escucho a las pequeñas correr escaleras abajo gritando cosas como “yo primero”, “no, yo”, “pero seguro que quiere hablar conmigo primero”. Al final, escucho cómo Yasmina refunfuña al haber perdido. Mientras dejo los macarrones hacerse a fuego lento, me acerco a Martin que sigue pasando la aspiradora a la alfombra del comedor. De este modo, escucho un poco lo que Amanda está hablando con Marcus. No me puedo creer que se haya animado a felicitarlas por teléfono. ¿Será que se está dando cuenta por fin de que es su deber? No, seguro que ha sido Stefan quien le ha obligado.

—Sí, ¿entonces vas a venir? —Yasmina mientras tanto le empuja para que le deje el teléfono. Es una situación bastante graciosa—. ¡Ay, Yas! —grita Amanda, enfadada—. Que no oigo. Vale —parece que Marcus le ha dicho que le pase a Yasmina porque le tira el teléfono a su hermana, enfurruñada.

Amanda me mira enfadada y yo solo le sonrío de vuelta.

—Anda, ¿me ayudas a poner la mesa? —ésta asiente medio enfadada aún—. ¿Qué te ha dicho Marcus? ¿Va a venir? —le pregunto mientras coge los tenedores del cajón.

—Claro que viene —entonces sonrío por fin.

Me encanta verla feliz. Sonrío ligeramente y le sigo con la mirada. Qué andares tan graciosos. Martin apaga la aspiradora en ese momento y al rato escucho la puerta del desván donde comienza a bajar las escalerillas para guardarla.

Una vez estamos los cuatro comiendo, Yasmina comenta algo que me llama la atención.

—Pues Marcus ha dicho que no nos va a dar el regalo hoy —dice sin mostrar enfado alguno.

—¿Ah, no? —miro a Martin, pero éste se encoge de hombros.

—Ah, ya —asiente Amanda—. A mí me ha dicho que será sorpresa, pero no hoy.

Frunzo el ceño. ¿Qué tendrá pensado Marcus? No entiendo nada.

—¿Os ha llamado la tita y la abuela? —digo refiriéndome a Desy e Irene.

Éstas dicen que sí con la cabeza y siguen embelesadas con los dibujos.

—Venga, comed que al final vienen los invitados y aún seguís aquí —les advierte Martin una vez ya hemos terminado nosotros dos.

Las niñas comienzan a comer más rápido.

A falta de una hora para que los invitados comiencen a llegar, me encuentro con las niñas en su cuarto eligiendo la vestimenta apropiada para la fiesta de cumpleaños. Al final, después de tanto “éste no”, “éste tampoco” o “éste es feo,” se decidieron por vestir con ropa más cómoda: un mono vaquero con una camiseta roja de tirantes. Luego fuimos al baño a terminar de retocarles el pelo. Martin intentaba imitarme. Mientras yo le recogía el pelo a Yasmina, él se encargaba de hacer lo mismo con Amanda. Tuvo que repetir la operación varias veces, pero al final fue él mismo quien le hizo el peinado. Les colocamos un pañuelo rojo sujetándoles la coleta y... ¡Voilà! Estaban perfectas. Sus grandes ojos azules resaltan gracias al peinado. Están guapísimas.

Sonaba el timbre cerca de las seis y media.

—¡Hola! —exclaman las niñas que llevan por lo menos media hora tras la puerta esperando recibir a sus invitados.

Irene, Mario y Desy son los primeros en llegar y les dan un abrazo felicitándolas nada más verlas.

—¡Pero qué guapas! —exclama Desy.

—¡A mí me ha hecho la coleta Martin! —dice Amanda señalando su pañuelo en la cabeza.

—Vaya Martin, no te imaginaba de peluquero.

—Ya ves —se encoge de hombros algo tímido—. Hay facetas que ni yo mismo sabía que tenía.

Todos reímos y enseguida van acomodándose en los sillones del comedor. A los diez minutos el timbre vuelve a sonar y las niñas abren la puerta de nuevo. Yo, que estaba en el comedor junto al resto, escucho a las pequeñas gritar:

—¡Andreas! —me asomo un poco y veo cómo ambas le abrazan.

Éste les felicita y luego se dirige a mí.

—Bienvenido.

Me da un beso en la mejilla y se acomoda con el resto tras los respectivos saludos. A falta de media hora para las siete, vuelve a sonar el timbre. Llegan los que faltaban: Jon, Stefan y Marcus.

—¡Hola! —exclama Stefan en cuanto les abre la puerta.

Ambas gritan de emoción y abrazan a cada uno de ellos. Sobre todo agarran a Marcus de las piernas como aquella vez en el hospital. Tras las felicitaciones van pasando al comedor. Chocan la mano a Martin como saludo aunque noto cómo Marcus no lo hace con mucho entusiasmo. Su relación ya no es la misma que antes.

—Hola —me saluda Marcus con sequedad al pasar por mi lado.

En cambio, Stefan y Jon enseguida me dan un caluroso abrazo. Supongo que no esperaba ni un “hola” por parte de Marcus, así que no puedo rechistar.

—¿Podemos abrir ya los regalos? —pregunta Yasmina dirigiéndose al montón de regalos que han ido dejando en la entrada.

—Anda, id —sonríó agitando la cabeza.

Todos vamos hacia la entrada para observar sus reacciones. Tras abrir todos los regalos, no hacen otra cosa que dar las gracias (como bien las he educado).

—¿Y esto qué es? —pregunta Amanda con un CD en la mano.

Yasmina se lo quita de las manos y le da la vuelta para mirar la carátula.

—¡Son *4Kats*! —exclama la niña ilusionada.

Ambas se giran para mirarles.

—Idea mía —añade Martin rascándose la cabeza.

—¡Vamos a probarlo! ¡Mamá vamos, ponlo! —grita Amanda corriendo hacia la minicadena del salón.

Todos reímos y nos dirigimos de nuevo hacia el salón. Con la música de *4Kats* sonando, comenzamos a cenar todos juntos. Martin me agarra suavemente la mano sobre la mesa y parece que ese gesto de cariño no le hace mucha gracia a Marcus. No sé por qué, pero le noto bastante raro, ya no solo conmigo sino también con Martin.

Tras terminar de lavar los platos con ayuda de Irene (Desy me habría ayudado de no ser porque no se despega de su querido Stefan), decido hablar con Martin en privado. Salimos al exterior, hacia el cobertizo donde guardamos trastos viejos.

—¿Pasa algo? —me pregunta agarrándome de ambas manos.

¿Por qué es tan dulce y cariñoso? Suspiro.

—Es Marcus, ¿no le notas algo reacio contigo?

Éste frunce el ceño, escudriñando mi rostro con la mirada.

—No sé, no me he dado cuenta.

—Venga ya, Martin. Os lleváis genial y en la cena no ha hecho otra cosa que dejarte en ridículo e incluso te ha tirado el vaso de agua encima “por accidente” —añado haciendo el gesto de las comillas con las manos.

Éste me suelta ambas manos y se queda frente a mí pero mirando hacia otro lado.

—Te preocupas demasiado —se produce un pequeño silencio—. No lo has superado, ¿verdad?

—¿Qué? —me está dejando sin palabras y para colmo, el corazón me late como nunca antes lo había hecho. Parece que se me va a salir por la boca de un momento a otro.

—Lo sabía. Mira, yo no quiero servir para que le olvides... —le coloco mi mano sobre sus finos labios haciéndole callar.

—Martin, yo te quiero, de verdad.

Me acerco a su boca y rozamos los labios. Estamos a punto de besarnos cuando escuchamos la voz de alguien aproximarse a nosotros.

—¡Uy, perdonad, parejita! —ambos nos separamos por el susto y volvemos la cabeza hacia Marcus que, con las manos dentro de la sudadera, nos mira medio sonriendo—. Pensé que podría hablar con Mere. A solas —añade con su grave pero excitante voz.

El corazón vuelve a golpearme contra el pecho a gran velocidad. Martin mira a Marcus con desconfianza.

—Eh, tranqui, Martin, no te la voy a robar —dice alzando ambas manos, excusándose—. Ya tuve mi oportunidad —sonríe de medio lado y, a pesar de la oscuridad, la luz de la luna hace que lo vea y me derrita con ese gesto.

Me sucumbe el pánico ahora mismo. ¿Qué querrá de mí a solas? Martin aprieta mi mano y tras darme un pico en los labios pasa al lado de Marcus y le dice algo en un susurro que no alcanzo a escuchar. Marcus ríe tras escuchar sus palabras y cuando Martin desaparece de su campo de visión se va acercando a mí.

—Qué felices se ponen las enanas al verme —sonríe victorioso—. Se nota que no solo gusto a las mujeres sino también a las niñas —suelta una pequeña carcajada.

No consigo mirarle a los ojos, no entiendo por qué. ¿Vergüenza? Tal vez.

—Dime qué quieres.

—Bueno, quería informarte sobre el regalo de las niñas —alzo la mirada esta vez encontrándome con aquellos ojos tan penetrantes que aún siguen clavándose en mi retina para no querer salir. Trago saliva y dejo que prosiga—. Mañana se vendrán conmigo, las voy a llevar al parque temático. Seguro que les encanta.

—¿Qué?! —exclamo, atónita. ¿Pretende que las deje ir con él?—. Ni hablar —me niego en rotundo—. No voy a dejar que se vayan solas contigo.

Mientras hablo, éste sonríe de medio lado y hace que no pueda seguir enfadada. ¿Por qué tiene algo que no me deja odiarle? ¡Odio no poder odiarle!

—Sabía que reaccionarías así, pero ya lo tengo todo planeado. Se lo he dicho hace unos minutos a las *pequeñajas* —me encanta cuando pronuncia esa cariñosa palabra hacia las niñas—. Y se han puesto la mar de contentas con la idea. ¿No querrás defraudarles, verdad? —se pasa la lengua de seguido por el labio inferior mostrando esa manía tan cautivadora que tiene. Giro la cara de nuevo evitando su mirada—. ¿Por qué no puedes mirarme? —me acaba de agarrar de la barbilla y se ha acercado unos centímetros a mí. Puedo notar su respiración—. ¿Te pongo nerviosa?

Le miro tímidamente. Debe notar mi agitada respiración. No puedo aguantar mucho más o pasará algo que no debe pasar. El destino quiere que vuelva a caer en su trampa, pero no. Esta vez pienso elegir por mí misma. ¡Al diablo con el dichoso destino!

Consigo separarme de él sin saber muy bien cómo. Entonces suelta su mano de mi barbilla suavemente y añade:

—Mañana pasaré a recogerlas temprano. Que se lleven las mochilas con algo de comida si quieres. Aunque puedes estar tranquila, tendrán de todo —se gira y con una última mirada se adentra hacia el interior de la casa.

Enseguida me llevo la mano al corazón que comienza a serenarse poco a poco. Respiro hondo y suelto el aire varias veces hasta poder tranquilizarme. Madre mía, he tenido a Marcus tan cerca que me ha hecho olvidar todo por un momento. Estaba tan irresistible... Pero he conseguido controlarme y no he caído en sus garras. Ahora debo entrar y enfrentarme a las niñas. He de convencerlas para que no se marchen con Marcus mañana. No me fío de lo que pueda ocurrir. ¿Y si les hace daño? ¿Y si les dice la verdad respecto a que él es el padre? ¿Debo confiar en un padre que no ha querido reconocer a sus hijas?

Tras varios minutos allí sola, he conseguido tranquilizarme y he vuelto con

el resto. Martin no deja de mirarnos a Marcus y a mí alternativamente, pero intento que no me note nerviosa. Esperaré a que se marchen todos para contárselo y para hablar con mis hijas sobre esa excursión con Marcus Ackerman.

—¡Mamá, la tarta! —exclama Yasmina tirándome del vestido y haciéndome volver a la realidad.

—Uy, es verdad. Quédate ahí, que ya la llevamos Martin y yo —miro de reojo a Martin y éste, al escucharme, me sigue hasta la cocina.

Nada más entrar a la cocina me habla entre susurros:

—¿Qué quería? —inmediatamente sé que se refiere a Marcus.

—Luego hablamos.

Éste hace una mueca, pero no se la tengo en cuenta.

Pasamos un rato agradable y tras la tarta los invitados van desalojando la casa. Marcus se despide de las niñas con dos abrazos y les susurra algo al oído que no puedo escuchar. Luego ambas ríen y me miran dando saltitos. Observo cómo Marcus se marcha sonriéndome. Una vez despedimos a todos, llevo a las niñas hasta el salón para hablar con ellas seriamente.

—¿Qué pasa, mami? —dicen con su característica vocecita angelical.

Martin, a mi lado, me mira esperando conocer la respuesta. Suspiro con los brazos cruzados intentando parecer algo más dura y seria.

—No creo que podáis ir mañana con Marcus al parque temático.

—¿Cómo? —Martin me mira atónito mientras las niñas ya comienzan a criticar.

—¡Pero mamá!

—¡Es nuestro regalo!

Yasmina comienza a llorar y berrear cuando ve que sigo negando con la cabeza. Intenta ablandarme, pero no puedo consentirlo. Amanda, al ver a su hermana, también rompe a llorar. Miro a Martin buscando ayuda pero éste, tras un pequeño silencio, se agacha y agarrando las manos de las pequeñas dice:

—¿Tenéis muchas ganas de ir con Marcus, verdad?

Ellas responden que sí entre pucheritos.

—Vale. Subid a dormir anda, yo hablo con mamá.

Éstas cambian su cara de pronto a una gran sonrisa y tras darle un apretón en el cuello por el abrazo, suben corriendo las escaleras comentando lo bien que se lo van a pasar.

Miro a Martin medio enfadada.

—¿A qué viene esto?

—Pues viene a que no les puedes prohibir que quieran pasar una tarde con su padre —baja la voz al final.

—¡Pero es Marcus! —exclamo intentando que entienda mi postura.

—Lo sé. Y también sé que tarde o temprano las niñas sabrán la verdad. Creo que es hora de que se marchen con él.

—No —sigo negándome una y otra vez tomando asiento en el sofá, enfadada.

—Meredith, no te entiendo —se sienta a mi lado—. ¿No querías que se acercara a ellas? ¿Por qué ahora eres tú quien las aleja?

Vale, no tengo respuesta para ello.

—Mira, tenía pensado quedarme esta noche —añade rápidamente—, pero ha sido un día raro —frunzo el ceño. ¿Día raro? ¿Se refiere a la “discusión” que hemos tenido en el porche antes de que llegara Marcus? Sin mirarle noto cómo se pone en pie y coge su chaqueta del perchero—. Piensa bien lo que quieres. Hasta mañana.

Escucho la puerta y observo por la ventana cómo el coche de Martin desaparece en la oscuridad del bosque. ¿Que piense lo que quiero? Quiero formar una familia y por más que intento encajar el rostro de Martin no aparece en ella. En su lugar, aparece Marcus. Pero, ¡yo quiero a Martin! Sí, le quiero, pero... esos minutos en los que he estado a solas con Marcus han sido tan mágicos que me han llevado a querer realizar una locura. Por supuesto me refiero a besar aquellos carnosos labios que tanto echo de menos. ¿Acaso es tan difícil olvidar a la persona que amas? ¿Por más tonto e idiota que sea? ¿Por más irresistible que sea? ¿Por más que intente enfadarme? ¿Aún sabiendo que él no siente ni sentirá lo mismo hacia ti? Sí, es muy difícil, creo que imposible. Está bien, dejaré que mañana las niñas vayan con él. Le daré otra oportunidad. Y sobre Martin, basta de engaños. No quiero volver a negarle que haya olvidado a Marcus porque tiene razón. No le he olvidado y no quiero hacerlo.

Capítulo 30

El sonido del móvil hace que me despierte. Miro la llamada perdida: Marcus. Me da un vuelco al corazón. Me asomo por la ventana y puedo verle allí abajo con las manos metidas en su enorme sudadera. Sus rastas rubias se ven más claras por los rayos de sol. Miro la hora: 9.00 A.M. Ahora que recuerdo dijo que vendría temprano. ¡Y aún no tengo a las niñas preparadas!

Con el pijama puesto decido bajar y abrir la puerta. Total, no creo que le importe verme sin arreglar.

—Hola —intento abrir los ojos, pero el sol me da de lleno en la cara y no consigo ver su rostro.

Éste se acerca a la puerta.

—Gracias por dejarme entrar, pensé que tenía que quedarme ahí fuera a esperar a que algún oso me devorase.

—Eres gracioso hasta temprano —murmuro dejándole pasar y cerrando a mis espaldas.

—Claro —mira hacia ambos lados—. ¿Y las pequeñajas?

—Tendrás que esperar. Como ves —me señalo el pelo enmarañado—, estaba durmiendo y ellas también.

—Vaya, bueno —se dirige a la cocina—. Prepáralas que yo mientras voy a desayunar algo.

Una pequeña sonrisa ha salido de mis labios. Echaba de menos llevarme bien con Marcus. No sé qué habrá sido lo que le ha hecho cambiar de carácter, pero me gusta.

En media hora bajo con las niñas bien vestidas y peinadas. Bajan corriendo las escaleras y saludan a Marcus con un fuerte abrazo mientras yo en la cocina termino de meter algo de fruta y un par de sándwiches en sus pequeñas mochilas.

—Tomad chicas, venga —ambas escogen su mochila idéntica a la otra y se la ponen sobre la espalda.

Enseguida agarran a Marcus cada una de una mano.

—Bien, pues vamos a ello.

—Marcus, ten cuidado. Llámame con lo que sea.

Éste me guiña un ojo solamente. Me despido con la mano cuando las niñas, desde el interior de su enorme coche, agitan las suyas apresuradamente. Una vez pierdo de vista el vehículo, suspiro y vuelvo al interior. Me siento sola de pronto por lo que tras desayunar y ducharme, decido llamar a Martin para hablar más tranquilos. Éste, en menos de quince minutos llega a casa.

—¿A qué hora vino Marcus a por ellas? —pregunta mientras nos tomamos el café de media mañana.

—A las nueve.

—Vaya, algo ha debido de cambiar en él porque Marcus madrugando... —no termina la frase porque le interrumpo.

—Martin, tengo que hablarte de Marcus —venga, ya no hay marcha atrás. Doy un sorbo a mi café temiendo quedarme sin saliva y no poder hablar de lo seca que se me está quedando la boca. Éste permanece callado mientras hablo—. Estuve pensando en lo que me preguntaste ayer... —trago saliva—. Y tienes razón. Marcus me sigue importando, y demasiado... No quiero engañarte con mis sentimientos. Te quiero de verdad, pero...

De pronto, me agarra ambas manos mirándome a los ojos.

—Desde que me dijiste que sí a esta relación supe que aún no habías olvidado a Marcus, pero pensé que podría llenar gran parte de tu corazón. Ahora sé que nunca podré. Esa gran parte le pertenece a Marcus y no a mí —me acaricia una mejilla suavemente y dándome un cálido y último beso en los labios prosigue—: Siempre me tendrás a tu lado, lo sabes ¿no?

Asiento levemente con la cabeza y cuando me doy cuenta ya ha soltado sus manos de las mías y se ha marchado de allí. Quizás para pensar, quizás para llorar. No lo sé. Pero lo que sí sé es que me siento totalmente a gusto ahora que ya lo he soltado todo. Sí, quizás ya no volvamos a tener una relación tan estrecha, pero sé que puedo contar con él para lo que sea y que siempre nos tendremos el uno al otro para lo bueno y para lo malo.

Avanza el día. No puedo soportar la ausencia de las niñas, sus voces y sus gritos provenientes de la sala de juegos.

Necesito despejarme.

Decido ir a comer a casa de Desy e Irene. Allí se encuentra Stefan

también.

—¿Te sientes sola sin las enanas, eh? —comenta Stefan pinchando un poco de ensalada—. Tranquila, Marcus me ha prometido que las cuidará.

—No sé si creérmelo —titubeo mientras doy vueltas a la sopa que todavía no he llegado a probar.

Irene permanece callada durante la conversación, parece algo tensa.

—Irene, ¿estás bien? No has abierto la boca.

—Bueno, tengo que decir algo....

—¿Estás embarazada, mamá?! —exclama Desy haciendo que del susto Stefan tirase su cuchara al suelo.

—No, hija —Desy suspira, aliviada—. Pero sí tengo algo importante que contaros —todos la miramos, intrigados—. Mario y yo hemos decidido casarnos a principios de verano.

Mis ojos se abren como platos, al igual que los de Desy. Ambas nos miramos sabiendo lo que eso significaba: ser hermanastra de Nina.

—Vaya, no os veo muy contentas.

—No, mamá, claro que nos alegramos, de verdad —reacciona Desy al fin. Yo asiento con la cabeza, repetidas veces—. Es solo que... Tendremos que acostumbrarnos a ser las hermanas de una falsa.

—Desy...

—¡Eh, subid el volumen! —salta de pronto Stefan señalando la pantalla del televisor donde ahora mismo daban las noticias del mediodía—. ¿No es ese el parque temático al que iba Marcus con las niñas? Parece que ha ocurrido algo. Están en directo.

Agarro el mando corriendo y subo el volumen casi a tope.

Por Dios, que no haya sucedido nada malo que perjudique a mis pequeñas, pienso rápidamente.

—... y aquí tenemos a Marcus Ackerman, guitarrista de 4Kats. Parece muy agitado. Cuéntanos exactamente qué ha sucedido —mi corazón está a punto de salir del pecho cuando Marcus aparece en pantalla y comienza a hablar demasiado angustiado—. Pues no lo sé, yo había dejado a las niñas un momento en la cola del tiovivo mientras iba al quiosco de al lado a por unos helados que me pidieron y al volver ya no estaban allí... ¡Joder! —se lleva las manos a la cabeza cuando la periodista vuelve a hablar—. ¿Eran tus hijas? ¿Al fin las reconoces como tal? —Marcus le interrumpe medio furioso—. Pero ¡¿qué está diciendo?! ¿Cree que voy a responder ahora a

esas preguntas? ¡Tengo el parque cerrado y con cientos de policías en busca de las pequeñas! Es lo que más me importa ahora, encontrarlas y devolverlas sanas y salvas a su madre —pero la periodista le interrumpe de nuevo—. ¿Cree que si consigue entregárselas a la madre conseguirá reconciliarse con ella y formar una familia?

Sin embargo, Marcus no puede responder, ya que es arrastrado por varios policías que solicitan su ayuda. La conexión termina ahí diciendo que volverían a dar nuevas noticias en cuanto tuvieran más datos. Mientras tanto, Irene ha corrido a la cocina para traerme un vaso de agua fría y Desy comienza a abanicarme con una revista.

Comienzo a hiperventilar.

—Respira hondo, cariño. Todo saldrá bien —escucho en la lejanía la voz de Irene.

—¡¿A dónde vas?! —grita Desy de repente.

Stefan se ha puesto en pie y ha salido escopetado hacia la puerta.

—¡Aquí hay gato encerrado! ¡Estad atentas al teléfono! —cierra la puerta de golpe y en pocos segundos escucho el motor de su coche.

—Le odio, le odio, le odio... —son las únicas palabras que salen de mis labios en este momento humedecidos por un torrente de lágrimas.

Creo que he llegado a la locura. Sí, debe ser eso.

Cierro los ojos y respiro varias veces seguidas pero no entra aire a mis pulmones.

He perdido a mis hijas, están desaparecidas. Alguien se las ha llevado y les hará daño.

Me siento débil, demasiado débil para seguir viviendo sin ellas.

Es el fin.

Capítulo 31

—¡Meredith, despierta! ¡Meredith!

Varias voces gritan mi nombre desde la más negra oscuridad. No consigo ver a nadie. Noto mi corazón latir lentamente. Un momento, ahora escucho una sirena horrible que retumba en mis oídos. Es molesta.

—¡Dios, por favor, Mere, despierta!

—No la agobien —les dice una voz algo más lejana.

Intento volver en sí y abrir los ojos pero mi cuerpo no reacciona. Sólo puedo escuchar el exterior, pero sin poder intervenir. Maldita sea. No escucho a mis hijas. ¿Dónde están? ¡Marcus! ¿Dónde estás? Por favor, que alguien hable de ellas. ¿Las han encontrado?

*

No sé cuánto tiempo ha transcurrido cuando al fin mis ojos alcanzan a ver dos siluetas a ambos lados.

—Des... Desy... —la reconozco y me sonrío—. Irene... —ésta, al otro lado, me acaricia la mejilla.

—Tranquila ¿vale? No hagas ningún esfuerzo —murmura Desy secándose un par de lágrimas.

—¿Dónde están? —apenas escucho mi propia voz, pero ellas parecen haberme entendido porque se miran comprendiendo mi pregunta.

—Están bien, están en la casa de la montaña con Martín y Jon. No te preocupes.

¿Debía creerlas? Ya no me fío de nadie.

—Quiero verlas... —sigo susurrando—. Llévame con ellas, por favor.

De pronto, una puerta blanca que hay a mi derecha se abre y de ella aparece un médico.

—Déjenme a sola con la paciente, por favor. Necesito comentarle lo ocurrido.

Irene, entre lágrimas, me da un beso en la frente mientras que Desy le dice

al médico que no sea duro conmigo. ¿A qué viene eso? ¿Qué tiene que decirme? Me han dejado a solas con aquel médico que me mira seriamente. De pronto, siento miedo. El hombre se acomoda en una silla al lado de la cama y observa detenidamente unos papeles que tiene en la mano. Seguidamente, comienza a hablar con voz dura y seca:

—Señorita Meredith, ¿cómo se encuentra? —levanta la mirada hacia mi rostro.

—Un poco fuera de mí. Doctor, ¿qué me ha pasado? ¿Cuánto he dormido?

El hombre carraspea un momento antes de empezar a hablar:

—Verá señorita, lleva ingresada en el hospital desde hace tres noches. Le hemos tenido que hacer una serie de pruebas mientras le hemos tenido en anestesia general para poder hacerlas sin problemas y...

—Pero ¿por qué? ¿Qué me pasa? ¿Es algo grave? —le interrumpo.

De pronto, siento calor en mi cuerpo y noto cómo el sudor cae por mi frente. Qué raro, de niña nunca solía sudar en abundancia y últimamente no hago más que sudar.

—Voy a ser franco y claro. Tras los análisis y pruebas hemos localizado que padece una enfermedad.

Los párpados me tiemblan y pestañean sin cesar. Mi labio inferior comienza a temblar exageradamente.

—¿Cómo? ¿Cómo dice? —consigo hablar de forma entrecortada.

El miedo se apodera de mí y comienzo de nuevo a hiperventilar.

—Por favor, tranquilícese o será peor, respire hondo y eche el aire despacio —hago lo que me manda y sigue hablando sin despegar la mirada de sus papeles—. Por lo que veo en su ficha médica dio a luz a temprana edad —hizo una pausa relejendo sus papeles—. Sí, con catorce años por lo que puedo comprobar. Bueno, debo decirle que ha heredado una infección en la sangre que ha ido desarrollando bacterias con el tiempo. Todo ello ha derivado a una enfermedad llamada Septicemia. Lo que ha hecho que perdiera el control de sí misma y de su cuerpo fue un pequeño *shock* séptico. Ha tenido suerte al fin y al cabo —murmura para sí—. Me gustaría preguntarle algo —al fin me mira a los ojos los cuales están anegados en lágrimas—. Ha debido de tener los síntomas de esta enfermedad. Dígame, ¿ha padecido escalofríos, respiración acelerada o frecuencia cardíaca rápida, aparte de altas fiebres?

Intento hacer memoria. Sí. Por culpa de mi agitada vida he tenido bastantes problemas de aceleración cardíaca, y ya no solo desde el nacimiento de las

niñas sino también en mi niñez. Recuerdo también haber tenido fiebre algunas mañanas al levantarme, pero no me preocupé y salí al parque con las pequeñas igualmente. ¿Respiración acelerada? Por supuesto, sobre todo tras la noticia de la desaparición de las niñas o todas esas veces en las que Marcus rechazó verlas. Todos estos momentos se los cuento al doctor al tiempo que los voy recordando. Una vez termino de contar y antes de que vuelva a preguntarme algo, me adelanto:

—Doctor —me giro un poco hacia él colocando la mano sobre la húmeda almohada, y digo húmeda de lo empapada que está por mis lágrimas que siguen cayendo por mis mejillas sin cesar—. ¿Cuáles... cuáles son los riesgos de esta enfermedad? ¿Se puede curar? —me atrevo a preguntar.

De pronto, me llega el recuerdo de mi madre pocos días antes de su fallecimiento. Ella también tuvo todos estos síntomas desde la muerte de mi padre. Por lo que el doctor me cuenta, he debido de heredar esta enfermedad de mi madre que se ha ido desarrollando lentamente en mi cuerpo. ¿Quizás el destino también me tenía guardado que enfermera al igual que ella?

—Verá señorita Meredith, le explico: esta enfermedad puede conllevar a la infección repentina de los huesos, de los pulmones, del abdomen y de las vías urinarias. Visto su estado actual va demasiado avanzado. Quizá si hubiera sido ingresada con anterioridad podríamos haber encontrado una manera de frenar...

—Un momento —le interrumpo—. ¿Qué está queriendo decir? ¿Me voy a morir? —la voz se me quiebra al final de la pregunta.

El hombre al fin parece mirarme con algo de sentimiento. Pena. Impotencia.

—Hay altas posibilidades, no le voy a mentir. Quizá un 80%. Esta enfermedad es potencialmente mortal y normalmente un *shock* séptico llega a acabar con la vida de esa persona. Ha tenido suerte de alguna forma. Sin embargo, ahora usted tiene que decidir —hizo una leve pausa—. Si quiere puede permanecer ingresada en la Unidad de Cuidados Intensivos y de este modo podemos suministrarle por vía intravenosa los antibióticos que podrían llegar a reducir el dolor de la enfermedad. Eso sí, el tiempo es indefinido. Quizás hasta le lleve años permanecer aquí. No se sabe nunca con seguridad.

—¿Y la otra posibilidad?

No sé para qué pregunto, ya la sé.

—La otra sería vivir en casa lo que le reste de vida, le recetaríamos un par de medicamentos que deberá de tomar para no agravar la enfermedad y...

—rompo a llorar de repente lo que hace interrumpirle. Al rato me agarra de la mano y prosigue—: Señorita Meredith, debe ser fuerte. No se preocupe, tiene hasta mañana para pensar qué quiere hacer.

Mi mente parece reaccionar a toda velocidad. Las palabras del doctor han sido muy claras y directas. Pero mejor así. Todo esto me hace pensar. Mis hijas. Ellas son mi vida, y si mi vida se acorta, ellas deben estar a mi lado todo el tiempo posible. Y aún quiero cumplir varios sueños, no puedo quedarme encerrada el resto de mi vida en un hospital. Y me da igual que puedan retrasar mi fallecimiento. Yo quiero vivir, ser libre... Vivir lo que me queda al lado de los míos.

El doctor se levanta de la silla cuando le agarro de pronto la mano, frenando su salida.

—Deme el alta. Quiero vivir.

El hombre me mira comprensivo con una sonrisa de medio lado y hace que me sienta mejor con mi elección. Asiente con la cabeza y sale de allí dejándome con una pequeña sonrisa dibujada en mis labios.

Esa misma tarde me dan el alta. Irene y Desy me han trasladado en el coche hasta casa, pero enseguida les pido que me lleven a la casa de la montaña para estar con mis hijas.

—Antes debes descansar —me responden al unísono con algo de pena en sus rostros.

No quiero que me traten como una estúpida enferma y me pone de los nervios que no dejen de prestarme atención. Tanto me agobian que finalmente reviento sin poder evitarlo:

—¡Estoy bien! ¡Y sí, quizás muera mañana o pasado, pero no significa que tengáis que tratarme como si fuera a romperme! —mientras grito estas palabras Desy e Irene me miran angustiadas con lágrimas en los ojos—. ¡Quiero vivir! ¡Vivir lo que me queda! ¿Lo entendéis? —se me quiebra la voz y me derrumbo en el sofá.

Ambas se sientan a mi lado y las tres lloramos en silencio durante varios largos minutos.

Tras recomponerme un poco y comer los deliciosos espaguetis de Irene, les pregunto por lo sucedido en el parque temático. ¿Qué ocurrió en realidad? ¿Cómo encontraron a mis niñas? Desy es la que me cuenta todo sinceramente y me lo creo indudablemente. ¿Cómo pudo hacer eso Marcus? Jamás lo hubiera

imaginado.

—Voy a llamarle. Necesito que me lo diga a la cara —agarro el teléfono, enfadada.

—No creo que sea la mejor manera, Meredith. Marcus está muy afectado por lo sucedido.

—¿¿Afectado?! —arrugo la frente—. ¡Já! ¿Entonces yo cómo estoy? —comienzo a marcar el número de la casa de los Ackerman.

Es Stefan quien contesta. En cuanto me escucha se le quiebra la voz y no hace más que tartamudear preguntándome qué tal me encuentro.

—Stefan, estoy bien, maldita sea —le interrumpo finalmente—. ¡Que me pases con Marcus! ¿Cómo? ¿Que no quiere hablar? Muy bien, que no salga de allí, voy para vuestra casa —cuelgo antes de que Stefan pueda responder.

Desy e Irene quieren acompañarme, pero me niego en rotundo. Necesito enfrentarme a Marcus yo misma y sola. Es hora de poner las cosas en su sitio de una vez por todas.

Capítulo 32

Tras coger el autobús indicado, en menos de media hora he llegado. En cuanto Stefan me abre la puerta, me abraza. Yo, con un simple “hola” subo corriendo hacia el cuarto de Marcus donde me dice que está encerrado desde hace varias horas.

—Meredith —escucho a Stefan susurrar mi nombre, apenado. Al ver que no tengo pensado hablar con él vuelve hacia el salón.

Una vez frente a la puerta del cuarto de Marcus la abro sin llamar. Vengo con fuerza y con ganas de dejar las cosas bien claras. Sin embargo, me quedo paralizada al ver la situación con la que me encuentro: Marcus, sentado en el suelo en un rincón del cuarto, se abraza las rodillas con la cabeza agacha. Si intenta darme pena no lo conseguirá.

Alzo la barbilla más aún. Segura de mí misma.

—Tenemos que hablar —cierro la puerta tras mi espalda y espero allí de pie a que Marcus me mire. Pero no hay contestación alguna ni signo de respuesta. Decido entonces sentarme frente a él en la misma postura—. Quiero que me digas por qué jugaste así conmigo. Dejaste a las niñas en casa de Jon y montaste el numerito de que las habías perdido en el parque. ¿Qué pretendías? —le miro con ira, pero éste sigue sin levantar la cabeza que la esconde entre sus rodillas. No despega la vista del suelo. Vale, ya me está hartando. ¡Joder, la que debe estar mal soy yo, no él!—. ¡¿Quieres decirme qué coño pretendías jugando así con las vidas de mis niñas?! —grito las palabras con rabia. Unos lagrimones caen de repente por mis pálidas mejillas—. ¡Casi me da un infarto cuando escuché la noticia de que habían desaparecido! ¡Y hoy me entero de que todo era mentira y que montaste todo ese numerito!

No puedo más con su silencio por lo que le empujo los hombros golpeándole contra la pared intentando hacerle un mínimo de daño. Entonces levanta la mirada encontrándose con la mía. No puedo creerlo. Estaba llorando. ¡Está llorando! Por eso escondía el rostro, no quería que le viera

llorar. Me quedo estupefacta hasta el punto de sentir que el tiempo se ha congelado. Ambos nos miramos a los ojos al mismo tiempo. Su semblante es de una tristeza absoluta. Jamás, y repito, jamás he visto a Marcus Ackerman tan derrumbado como en este instante.

—Por favor, Marcus. Necesito que digas algo —nuestras miradas siguen conectadas. Por primera vez consigo fijar mi mirada en la suya.

—Lo siento —escucho finalmente salir de sus labios. Entonces me agarra de ambas manos. Su contacto hace estremecerme de cabeza a los pies—. Lo siento mucho. Todo ha sido culpa mía, lo sé. Pero no quería llegar a tanto. Solo quería llamar la atención de los medios para que vieran que sí me preocupaba por las niñas, que en realidad no soy ese tío duro del que hablan, que por supuesto las quiero y que... —traga saliva—. Meredith, lo de tu enfermedad... Yo... no he querido reconocerlo, pero te he querido sin saberlo. Te quiero, de verdad. He sido un idiota por no haberme dado cuenta antes. Por favor —me aprieta un poco una de las manos—, perdóname.

Por inercia me separo de él levantándome del suelo bruscamente. Éste me imita quedando frente a mí y mirándome, esperanzado.

—Demasiado tarde, Marcus —éste niega con la cabeza sin poder creerlo y me agarra de la cintura—. Has perdido el tiempo todos estos meses, no te apiades de mí ahora porque estoy enferma. Solo dices eso porque ahora te doy pena —apenas me salen las palabras de seguido por culpa del nudo en la garganta que cada vez se va haciendo más grande.

—No, por favor, Mere. Te juro que desde aquel primer día que pasamos juntos no me he olvidado de ti, en serio. Por favor... —comienza a suplicar.

No quiero estar más aquí. Es demasiado para mí. Me abraza aún más fuerte e intento separarme.

—¡Marcus! ¡Déjame ir! ¡Es demasiado tarde para esto! —intento deshacerme de él.

—¡Dime que no me quieres y te soltaré! —exclama agarrándome de ambos hombros quedando a escasos centímetros de mí.

Observo sus labios y sus lágrimas cayendo sobre ellos. Comienzo a sentirme mal de nuevo.

Necesito aire. Necesito respirar.

—¡No vuelvas a acercarte a mí o a las niñas! ¡Nunca jamás! —consigo soltarme de sus garras—. ¡Eres un estúpido, Marcus! ¡Un estúpido! —le grito a los cuatro vientos con el corazón encogido.

Podría haber terminado diciendo “¡un estúpido pero te quiero, claro que te quiero!”. Pero si lo hubiera dicho todo hubiera terminado feliz y la vida no es fácil. No, la vida es complicada. A veces tienes que guardar lo que sientes hacia la otra persona solo para que ella misma se dé cuenta de la verdad. No se lo voy a poner tan fácil. Él a mí no me ha abierto un camino de rosas que se diga. Es hora de que él sufra por mí. Y si es verdad que me ha querido o me quiere tendrá que demostrarlo con hechos, no con palabras.

—¡Meredith! —pero ya he cerrado la puerta saliendo de su cuarto y escucho cómo se derrumba tras la puerta—. ¡Las niñas deben saber quién soy! —grita al otro lado de la puerta sin intención de salir en mi busca.

Bajo corriendo hacia la salida encontrándome con Stefan. Tiene los ojos vidriosos como de haber llorado también. Seguro al habernos escuchado discutir.

—¿Estarás bien, Meredith? ¿Quieres que te acompañe a casa? —me agarra suavemente de la mano.

—Stefan... —le abrazo y descanso un momento sobre su regazo, desahogándome.

Media hora más tarde he subido a la casa de la montaña, sin pasar antes por la de Irene. Necesito ver a mis niñas más que nunca. Allí me encuentro con Jon y Martin, ambos me abrazan al verme, pero enseguida se ven interrumpidos por mis pequeñas. Debo decir que hemos acordado entre todos no decir nada a las niñas. Sé que será muy duro e insoportable tener que abandonarlas, pero no puedo hablarles tan temprano de mi enfermedad. No quiero estropearles su vida al igual que la mía ya lo está.

—Mamá, ¿ya estás curada? Martin dijo que tenías mucha fiebre —argumenta Yasmina, preocupada.

—Tranquilas, estoy perfectamente —les acaricio el pelo con cariño y miro a los chicos.

—Podéis marcharos a casa. Gracias, por todo —añado al final.

Martin me mira comprensivo y ojos llorosos. Jon, en cambio, me mira con perdón. Debe estar dolido por haber formado parte del plan de Marcus. Por supuesto él no tiene culpa de nada. Es Marcus quien debe sentirse culpable. Solamente él.

Mientras las pequeñas juegan, he llamado a Desy. Necesito que suba para contarle lo ocurrido con Marcus. Quiero tener a mi lado a la persona en la que

he confiado desde mi niñez. En menos de una hora ya está en la casa con nosotras y pasamos la tarde tomando un café. Desy me anima bastante. Al menos ella no está decaída como el resto cuando está conmigo. Así me gusta. No quiero verla deprimida porque eso hace que me deprima a mi también. Y lo que me faltaba ya. Quiero vivir lo que me queda estando feliz, no llorando por los rincones.

—Entonces ¿no vas a darle otra oportunidad? —me pregunta ya en la puerta para salir.

—No lo sé. Por el momento no —nos quedamos un momento pensativas hasta que suena el teléfono—. Bueno, nos vemos mañana. Voy a por el teléfono.

—Hasta mañana. Descansa, hermanita —me da dos besos y se marcha hacia la parada de autobús.

—¡Mami, el teléfono! —gritan las niñas desde el piso de arriba.

—¡Voy! —lo agarro desde el salón—. ¿Sí? Marcus... —trago saliva al escucharle—. ¿Qué quieres? —bajo la voz para que las niñas no escuchen que estoy hablando con él—. He dicho que no quiero saber nada de ti. No, no pienso dejarte hablar con ellas. Déjanos en paz. ¿Entiendes? —cuelgo enfadada y me dirijo a hacer la cena.

Capítulo 33

Se abre paso el mes de junio. Han pasado cerca de dos meses desde que me diagnosticaron la enfermedad. He disfrutado de mis niñas día a día y aún sigo haciéndolo. Es por eso que estoy feliz. Ellas me dan la felicidad que necesito, aunque sé que está incompleta. Falta él. Sí, soy una cabezota y en todo este tiempo le he esquivado. Ni siquiera he dejado que tenga contacto con las pequeñas. Necesito darle una lección y que me haga ver que no solo me quiere por estar enferma o por pena. No, eso jamás. No pienso permitirlo. En estos meses no ha parado de intentar hablar con ellas mediante el teléfono. Estuve a punto de cortar la línea, pero sería una estupidez. Necesito estar en contacto con el resto. Las niñas se daban cuenta de que algo raro pasaba con el teléfono, que no dejaba de sonar todos los días a la misma hora. Cerca de la hora de cenar. Pero siempre las incité para que no lo cogieran diciendo que era un hombre que tendría el número equivocado.

He apuntado a las niñas a una escuela y allí les han enseñado a escribir y leer. Están muy contentas y han podido conocer niños de su edad. Por cierto, ¡Andreas me ha conseguido trabajo! ¡Al fin! Justo ahora es cuando más lo necesito. Quiero dejar a las niñas algo del dinero ganado con mi sudor, no quiero que el resto tenga que pagarles luego todo. Trabajo los fines de semana en un periódico local. Durante los fines de semana dejo a las niñas en casa de Irene y allí pasan el tiempo entretenidas.

Nina volvió de nuevo el mes pasado y se ha enterado de todo. Pero no por mí, sino por Jon, con el que ha comenzado una relación. Mira por dónde, pero pienso que éstos dos sí que hacen buena pareja. Desy y yo volvemos a hablarnos con Nina. Pero es normal, dentro de un mes seremos hermanastras y tendremos que convivir juntas. La he notado demasiado atenta y amable conmigo. No ha dejado de pedirme perdón desde que llegó. Al final le he perdonado. Quizás es que me ablando al recordar los buenos momentos con ella de niñez, esos momentos tan geniales que nunca se olvidan. Quizás no nos

llevemos tan bien como antes, pero al menos nos respetamos.

Durante este último mes me he sentido más cansada y con problemas respiratorios. De hecho, tengo que usar el aparato del asma para poder aguantar un poquito más. Rezo todas las noches para vivir el día siguiente. No quiero irme aún. Tengo que estar presente para la boda. Quiero estar allí e irme con ese recuerdo. Las niñas irán de damas de honor repartiendo los pétalos y no puedo perdérmelo.

Es fin de semana, por lo que me toca trabajar un día más.

—Vamos chicas, dadme un beso —me despido de las pequeñas en la puerta de Irene y Desy.

—Adiós, mami —agitan la mano como despedida.

En el autobús voy tan sumida en mis pensamientos que no me doy cuenta de que alguien, con un perfume irremediablemente atractivo, se ha sentado a mi lado.

—Marcus —trago saliva mirándole cara a cara—. ¿Qué... qué haces aquí?

—El autobús es de todos —se encoge de hombros y me pone nerviosa tenerle tan cerca. De hecho, nuestros hombros se rozan—. ¿Qué tal estos meses sin mí? ¿Muy pesados? —se pasa la lengua por su labio inferior haciendo que me fije en su *piercing* de aro.

¡Cuánto extrañaba ver ese gesto! Pero por supuesto, no se lo voy a hacer ver.

—Pues perfectos la verdad. Aunque casi me fundes el teléfono. ¿Hasta para cagar te lo llevabas o qué? —intento sonar seria, pero su sonrisa es contagiosa y me hace sonreír también.

—La verdad es que no. Sería un tanto raro... —nos quedamos un segundo en silencio hasta que rompemos a reír al mismo tiempo.

Hacía mucho que nadie me hacía reír como ahora mismo. Me limpio las lágrimas de la risa y me llevo la mano a las costillas por el dolor.

Al fin. Lágrimas de felicidad.

—¿Estás bien? —me agarra enseguida la mano y nos miramos a los ojos por fin.

—Sí, no es nada. La risa —le explico mientras separo mi mano de la suya—. Hacía tiempo que no me reía tanto.

Cómo da de vueltas la vida. La última vez que vi a Marcus hace casi tres meses fue mientras ambos llorábamos sin cesar. Y ahora, el reencuentro también tiene lágrimas, esta vez de risa.

—Meredith —se pone serio de nuevo. Sabía que duraría poco—. No sé qué más puedo hacer para demostrarte que lo que siento es verdad. Por ti y por las niñas —miro hacia la ventana incapaz de mirarle a los ojos.

Respiro hondo para calmarme. Sabía que volvería a hablar de ello.

—No tienes por qué demostrar nada.

—Por favor. Dime qué quieres que haga. Soy tu genio. Tú solo dime cuáles son tus deseos y te los concederé.

Le noto algo más cerca. ¿Se ha acercado a mi oído o me lo parece? Noto su respiración. Miro un poco de reojo y contesto con una sonrisa de medio lado.

Ha dicho, ¿mi genio?

—Así que me concederías cualquier deseo... Y, ¿qué ganarías tú con ello?

—Ganaría tu amor y confianza, ya que lo he perdido al parecer.

El corazón me late fuertemente cuando giro la cara para encontrarme con la suya. Nuestros labios están a punto de rozarse y nuestras respiraciones van al compás.

De pronto, el vehículo da un frenazo y me doy cuenta de que es mi parada.

—¡Casi me la paso! —me levanto corriendo saliendo de mi asiento—. Te escribiré esa lista de deseos —Y diciendo esto, bajo corriendo del autobús.

Me quedo un momento parada mirando cómo el autobús, donde Marcus Ackerman casi me besa, desaparece por la próxima calle.

Esa misma noche, cuando he terminado de acostar a las niñas, me tumbo sobre la cama con un bolígrafo y un papel medio arrugado. Muy bien, Meredith, piensa en cosas difíciles de cumplir. Debe currárselo. No se lo puedo dejar en bandeja. No va a ser fácil.

De repente, me vibra el móvil. Un mensaje de Marcus. Qué pesado con los mensajitos. Lo leo desgana:

Por cierto, se me olvidó decirte que hay algo que tú me deberás si yo cumplo tus deseos. Les diremos a las niñas quién soy yo en realidad. No admito un no por respuesta.

—Será idiota —pronuncio las palabras sonriendo.

Está bien. De todas formas, creo que antes de que yo me marche para siempre las niñas deben saber quién es Marcus y que él se comprometa a darles la vida que yo no podré darles. Por esta vez, decido contestarle:

Está bien, Marcus Ackerman. Tú ganas. Pero no te lo pondré nada fácil. Sube mañana a comer con nosotras si quieres. Así te doy la lista. Además, tenerlas delante te dará más ganas aún de concederme mis deseos.

Tan solo obtengo un toque al móvil como respuesta. Mañana les daré una sorpresa a las niñas con la visita de Marcus. Me encantará verlas de nuevo emocionadas por su visita.

Capítulo 34

Con el pelo enmarañado me levanto directa hacia el baño para lavarme la cara. ¡Madre mía! ¡Qué ojeras! Me siento demacrada. Además, se nota que he perdido peso. Debe ser otro de los síntomas de la estúpida enfermedad. Si ya estaba delgada antes, imaginad ahora. Los huesos se me marcan cada vez más. Doy asco. Tras vestirme, decido maquillarme, me siento más saludable si no me veo las ojeras.

Hoy es domingo así que tengo que ir a trabajar después de comer y dejar a las niñas en casa de Irene. Pero bueno, de momento pensaré en hacer la comida. Una comida perfecta para Marcus y las niñas.

—¡Mamá, han llamado al timbre! —gritan ambas desde el salón cerca de la hora de comer.

—¡Abrid! ¡Que estoy terminando la comida! —grito desde la cocina.

Entonces espero la reacción de las niñas al verle.

—¡Marcus! —las escucho gritar su nombre.

—¿Y mamá? —escucho su grave voz proveniente de la entrada.

Las niñas le responden que estoy en la cocina y los tres llegan hasta mí.

—Uy, ¿y tú qué haces aquí? —bromeo haciéndome la tonta.

—Mami, Marcus se queda a comer ¿a qué sí? —pregunta Amanda agarrada de su mano.

Éste sonrío a la pequeña.

—¿Le dejamos quedarse? ¿Qué opináis?

—¡Que sí! —dicen al unísono.

—Anda, tomad. Id llevando un plato más a la mesa.

Ambas se sueltan de Marcus y corren hacia la mesa para llevar lo que falta. Nos quedamos Marcus y yo solos en la cocina.

—Gracias por venir —digo mientras saco una perfecta lasaña del horno.

—Solo vengo por interés. Sabes que quiero esa lista —noto en la voz que no lo dice seriamente y cuando le miro veo una sonrisa encantadora en sus

labios.

—La tendrás. Pero primero tendrás que superar la prueba de comer con nosotras. ¿Podrás con tanta feminidad junta?

—No lo sabes tú bien. Estoy acostumbrado —me saca la lengua y se la devuelvo.

Marcus me ayuda entonces a llevar la lasaña y la bebida hasta el comedor, y enseguida comenzamos a comer. Se hace raro. Es la primera vez que comemos “en familia”. Padre, madre e hijas. Casi me emociono de pensarlo. Las niñas están felices, Marcus está feliz y yo estoy feliz. Esto era lo que yo buscaba, lo que necesitaba desde hace ya cinco años. Supongo que es verdad lo que dicen: tarde o temprano, todo llega. Qué pena que mi destino no me vaya a dejar vivir muchas más comidas familiares como ésta. Pero les observaré desde algún lugar del más allá y me sentiré feliz, igual de feliz que ahora.

Tras una comida entretenida y recoger entre todos la mesa, ordeno a las niñas que suban a por sus cosas para bajarlas a casa de Irene. Ahora es el momento de darle mi lista de deseos a Marcus. La escribí anoche antes de acostarme.

—Aquí tienes —le entrego en mano un papel doblado.

Comienza a desdoblarlo cuando le freno colocando mi mano sobre la suya.

—No los leas aquí.

—¿Te da vergüenza? —se relame el labio inferior jugueteando con el *piercing*. ¡Buf!

—No es eso. Pero quiero que lo leas solo —le voy empujando fuera del cuarto.

Las niñas se nos cruzan en el pasillo y antes de que les dé por preguntar por el misterioso papel que Marcus tiene en la mano, éste, más rápido que ellas, se lo guarda en uno de sus enormes bolsillos del pantalón.

—Venga chicas, hay que coger el bus de las tres —cojo las llaves y salimos fuera.

—¿Bus? Tengo coche ¿recuerdas? —señala su Cadillac aparcado en la puerta—. Os bajo y a ti te acerco al trabajo.

—Pero...

—¡Sí! ¡Vamos! —las niñas ya corren hacia el Cadillac y se suben rápidamente una vez que Marcus lo abre mediante un mando a distancia.

—Supongo que tendremos que ceder a tu amabilidad —ambos sonreímos dirigiéndonos al coche.

Capítulo 35

MARCUS

Tras dejar a las *pequeñajas* en casa de mi cuñada Desy, he dejado a Meredith en la misma puerta de la pequeña empresa donde ahora trabaja. Martin me dijo que intentó convencerla de que no lo aceptara, que no hacía falta, pero Meredith es muy cabezota y quiere dejar algo de herencia a las pequeñas. Es tonta, está más que claro que tendrán todo, yo se lo proporcionaré.

Conduciendo de nuevo hasta casa no dejo de darle vueltas a lo gilipollas que he sido durante estos últimos cinco años. La verdad es que todo esto de las niñas me ha hecho madurar y pensar con cordura. Bueno vale, quitando la que monté con lo de perder a las niñas en el dichoso parque temático. Pensé que de esa forma haría ver a todo el mundo que me había dado cuenta de que dos pequeñas vidas formaban parte de mí. Pero por lo visto la cagué hasta el fondo, haciendo mandar a Meredith al hospital con un *shock* séptico o no sé qué historias de una maldita enfermedad hereditaria que al parecer su madre también tenía. Vaya mierda de médicos hoy en día. Lleva años engendrando esa movida y no le han dicho hasta ahora que llevaba esa enfermedad con ella desde su nacimiento. Joder, que asco de vida.

Me he derrumbado. Soy un humano con sentimientos aunque a veces no me dé por mostrarlos. Pero lo de Meredith me ha dado de lleno en el corazón y no puedo esconder lo mal y culpable que me siento. Delante de Meredith intenté, con lágrimas en los ojos, hacerle ver que la quiero, que he sido un idiota y un inmaduro, pero que me he dado cuenta de que la necesito tanto a ella como a mis “renacuajos”. Sin embargo, al destino le encanta jugar con nuestras vidas y no quiere ponérmelo fácil. Estoy de acuerdo, la verdad. Me lo merezco. Tras dos largos meses intentando hablar con ella o con las niñas me encontré con Meredith en el bus y parece que al fin cedió a darme una oportunidad más que no puedo desperdiciar. Tengo en el bolsillo ahora mismo unos deseos que debo concederle y con ello conseguiré que las niñas sepan que soy su padre. Tengo muchísimas ganas de que lo sepan.

Aparco el coche y saco el papel del bolsillo deseando leerlo. ¿Serán los deseos tan difíciles como dice? No lo creo. Nada es difícil para Marcus Ackerman. El genio.

—Marcus, ¿qué tal la comida con Meredith? —es mi hermano Stefan quien me abre la puerta.

—Mmm, bien, bien, voy a echarme una siesta —no le hago mucho caso, ya que quiero subir a leer los deseos.

—¡Vale! ¡Yo voy a pasar la tarde con Desy! —le escucho ya desde el piso de arriba.

Escucho la puerta cerrarse y el motor de su coche.

—Bien, veamos de qué van estos deseos...

Despliego el papel tumbado sobre la cama. Qué letra más bonita, por cierto. Siempre lo digo, una letra dice mucho de la persona. La suya es preciosa porque ella lo es. Vaya, los ha enumerado del uno al tres. ¿Irán por orden de preferencia? Comienzo a leer:

1. Mi primer deseo antes de morir: Que el día de la boda de Irene no haya una sola novia en el altar.

2. Mi segundo deseo antes de morir: Que escuche de tus labios un “te amo” delante de todos los invitados. Ah, mientras suena en la iglesia “I’ll be there”, mi canción favorita de 4Kats (a ver cómo te las arreglas para conseguir éste).

3. Mi tercer y último deseo antes de morir: Que no llores nunca delante de las niñas y menos por mí.

P.D. ¡Hala, señor genio! A ver si es verdad que has pillado todas las indirectas, ya sabes, empieza la cuenta atrás...

La cara de estúpido que tengo ahora mismo no os la podéis ni imaginar. Un momento, tengo que volver a leerlos para asegurarme de que lo que he leído es verdad.

Muy bien. Vamos a ver, ¿me está pidiendo que le pida matrimonio? ¡Solo tengo veintidós años! ¡Y soy Marcus Ackerman! ¡Mi vida nunca se ha basado en el compromiso y mucho menos en casarme! Resoplo varias veces intentando reflexionar y aún con el papel en mis manos, releyéndolo una y otra vez. Entonces termino sonriendo. Mi vida ha sido fundamentalmente una locura tras otra, ¿por qué tendría que parar de hacerlas? Por supuesto que tengo

huevo a casarme, y más con ella. Y claro que me las ingeniaré para que en la boda suene su canción favorita, y le diré te amo alto y claro para que todo el mundo se entere. De hecho, invitaré a los medios de comunicación para que estén presentes. Marcus Ackerman no volverá a guardar lo que siente. No, jamás. El último deseo es para mí el más difícil de cumplir. ¿Cómo puede pedirme que no lllore delante de las niñas cuando Meredith nos deje para siempre? ¡Será imposible! Pero debo intentarlo al menos. Las pequeñas deberán crecer sin saber la verdad hasta que tengan edad suficiente para entenderlo. Espero que Meredith ya tenga un buen plan sobre qué decirles porque juro que a mí no se me ocurre nada para no herir sus sentimientos.

Bien, Marcus Ackerman, genio. Allá vamos. Comencemos a idear estos deseos y hacerlos realidad. Meredith se merece ser feliz y yo conseguiré que las niñas sepan la verdad. Yo soy el padre de las niñas y mi orgullo ahora mismo es infinito.

Capítulo 36

MEREDITH

El mes de junio ha pasado volando. Acabo de terminar mi contrato, ya que en julio mi empresa cierra. Vaya, he ganado muy poco. Pero algo es algo.

Mi cuerpo no da más. La última semana de este mes he estado casi todo el tiempo en cama, solamente me levantaba para ir al baño o hacer la comida. Aunque tenía la ayuda de Desy y Stefan que venían a menudo. También Martin se acercaba a echarme una mano. Por cierto, debo decir también que Martin ha encontrado un nuevo amor. Me presentó a su chica hace unos días, se llama Sarah. Es una chica bastante maja y sencilla y creo que pegan bastante. Martin me preguntó que qué me parecía. “Es perfecta para ti”, fue lo que le respondí. Me alegro mucho por ellos la verdad. Quería ver a Martin feliz tras todo lo mal que se lo hice pasar yo, y Sarah parece la chica perfecta para él, sin duda alguna.

Hoy me encuentro un poco mejor, me he tomado una dosis más del antibiótico que me mandó el doctor aquel día. Necesito al menos poder mantenerme bien serena para el fin de semana. Solo quedan dos días para la boda de Irene. El domingo se casa, por fin. En todo este tiempo, Marcus ha pasado por casa tres veces en semana para cuidar a las niñas. No me he atrevido a preguntarle por mis deseos. ¡Qué vergüenza! La verdad, no creo que cumpla ninguno. De todas formas le he pedido una locura, que me pida matrimonio Marcus Ackerman es como soñar con que existe el paraíso ¿verdad? Y bueno, si me lo pidiera sabría que solo lo haría por las niñas, para que sepan que es su padre y luego me reiría y le diría que me ha hecho mucha gracia que haya sido capaz de llegar a pedírmelo por ellas. Aunque no los vaya a cumplir es obvio que accederé a que las pequeñas sepan al fin de verdad quién es Marcus Ackerman. Deben saberlo antes de que me vaya, que por cierto, me voy el lunes.

Me explico, tengo un plan. Sé que estoy en mis últimos días. No, no soy pesimista. Es que me noto muy débil, cansada y los huesos me pesan cada vez más. Por tanto, ahora mismo acabo de reservar un vuelo para el día siguiente

de la boda. Me va a doler mucho dejar todo atrás, pero necesito irme lejos de lo que amo. No quiero causar más dolor del que ya van a tener que pasar cuando me vaya a París. Sí, he elegido ese destino para desaparecer porque es la ciudad del amor, o eso dicen. Sé que allí reinará el amor de todos los míos. Allí, en un hotel, descansaré hasta el resto de mis días. Nadie sabe mi plan por ahora. No quiero fastidiar la boda así que ya lo haré saber cuando finalice. Solo de pensar que deba despedirme de todos para siempre hace que mi corazón se encoja y un escalofrío me recorra de pies a cabeza.

Acabo de hacer la reserva cuando la puerta del cuarto se abre.

—Mere, ¿nos vamos ya? Stefan está fuera con el coche.

—Sí —apago la pantalla corriendo al ver a Desy—. Id yendo, ahora bajo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —le sonrío.

Cuando se marcha, apago el ordenador. Respiro hondo y bajo.

Hemos quedado en ir los tres con las niñas a comprarles el vestido de damas de honor. Stefan, siempre tan atento, conduce. Y las niñas, ansiosas por comprarse los vestidos, le gritan para que coja más velocidad. Stefan sonrío todo el tiempo al igual que Desy. Yo, al lado de las pequeñas en el asiento trasero, miro por la ventanilla cómo el paisaje se ve pasar volando ante mis ojos.

Tras una larga tarde de compras, llegamos de nuevo a casa extasiados. Las niñas se han probado por lo menos veinte vestidos. ¡En serio! ¡Les encanta la moda al parecer! Van a estar guapísimas y voy a poder verlas, eso es lo mejor. Stefan y Desy nos han dejado en la casa de la montaña a la hora de comer. Me dirijo directa a la cocina a comenzar a calentar una sopa cuando las niñas gritan “¡mamá!” desde el piso de arriba. Subo estrepitosamente los escalones a punto de caer rodando, pero me sujeto a la barandilla. ¿Habrá pasado algo?

—¡Aquí, mami! —se asoma la cabecilla de Yasmina desde mi cuarto.

Me acerco ya más tranquila al ver que todo va bien.

—¿Qué pa...? —me quedo muda al ver lo que hay encima de mi cama.

—¡Mami, mira, una nota! —Yasmina me acerca un papel y lo agarro temblorosa sin quitar la mirada del vestido blanco tan precioso que hay sobre mi cama.

No entiendo nada.

—Niñas, id poniendo la mesa ¿vale?

Éstas sonrían y sin quejas bajan corriendo las escaleras hacia el piso de

abajo. El corazón me late con fuerza y las piernas comienzan a flaquear. Decido sentarme en la silla de mi escritorio y leer la nota más tranquila:

*Como puedes comprobar, ya tengo parte del primer deseo cumplido. Ahí tienes el vestido que llevarás el domingo. Espero que sea de tu talla, si no me llamas y te mando otro. Bien, espero verte con él puesto ¿eh? No me vayas a fallar tú ahora.
Te quiere, Marcus Ackerman.*

¿Que qué hice con el vestido? ¡Probármelo nada más leer la nota!

Me miro al espejo con él puesto. Madre mía, es precioso. Doy varias vueltas haciendo notar el volumen del vestido. Aún no me creo que Marcus vaya a tomarse en serio los deseos. Casi me da la risa, bueno en realidad me ha dado. Comienzo a reír llena de felicidad. ¿Sabéis lo que me preocupa ahora? Que las niñas van a tener que saber la verdad antes de que me case con Marcus. Antes de que las niñas me vean con el vestido puesto y comiencen a preguntarme me lo quito enseguida. Aún no estoy preparada para contarles nada de la boda, ya que no quiero hacerme ilusiones. No quiero imaginar que Marcus me la vaya a jugar de nuevo. Prefiero mantener todo en secreto y ver si es verdad que Marcus está llegando a tanto con todo esto o si es solo otro de sus montajes.

Capítulo 37

El viernes pasa volando y el sábado hacemos una pequeña fiesta de amigos en casa de Marcus y Stefan. Irene está realmente guapa esa noche. No quiero pensar cómo va a brillar mañana en el día de su boda. Todos estamos felices y contentos. Al fin no noto a nadie decaído. Aún así, decido contarle a Desy lo de mi huida a París al terminar la boda. Ella, antes que nadie, debe saberlo. Necesito su apoyo. No hemos podido evitar llorar al tiempo que nos abrazamos.

La fiesta termina pronto, ya que mañana la boda es a las doce y debemos madrugar un poco para prepararlo todo. Marcus no ha aparecido por la fiesta, según Stefan está con fiebre. Por supuesto Stefan no sabe mentir y aunque todos le creyeran yo sabía que no era esa la verdad.

Por tanto, decido llamarle antes de acostarme.

—¿Sí? —responde con su grave voz.

—Marcus, ¿qué tal la fiebre? —intento no reír.

Pero es él quien rompe a reír y luego contesta:

—Bien, bien, tranquila que mañana estaré allí. Cumpliendo tu deseo. Por cierto, ¿te vale el vestido?

—Mmm, sí —respondo tímidamente, no puedo creer que lo diga todo con tanta naturalidad—. Quería hablarte de eso. No puedo ir con ese vestido a la boda.

—¿No te gusta? —le noto preocupado.

—¡No, no es eso! Es solo que —hago una pequeña pausa— nadie sabe nada, y quien me vea vestir tan de blanco pues...

—Meredith, ¿me vas a dejar plantado en el altar? —me interrumpe medio riendo.

—No —sonrío sin darme cuenta—. Pero...

—Entonces allí te esperaré. Tú ve con el vestido y con las niñas. Por cierto, irá nuestro mánager a vuestra casa con la limusina a las once en punto.

Estad preparadas.

—¿Cómo? ¿En limusina? —abro los ojos de par en par. ¿Es parte del plan de Marcus?

—Sí, en limusina —lo dice tan normal. Como si yo fuera en limusina todos los días—. Allí te espero. Mañana será un gran día.

Tardo un par de segundos en responder.

—Sí, lo será —sonríó, y tras darnos las buenas noches, cuelgo suspirando.

Mañana será un día inolvidable. Debo anunciar que me marcho el lunes y sólo Desy lo sabe. ¿Cómo se lo tomarán los demás? Y pensar que mañana será mi último día aquí, junto a mis niñas, junto a todos los que amo... Pero me iré con la conciencia tranquila, las pequeñas estarán bien y felices junto a Marcus. Ahora lo sé.

El domingo amanece soleado. Cerca de las nueve de la mañana suena mi despertador. Las niñas parecen haberse levantado antes, ya que escucho los dibujos animados procedentes del comedor. Antes de bajar, me tomo mi nueva dosis de antibiótico y tras ello, saco la maleta dejándola sobre la cama. Bajo a desayunar, no antes de comerme a besos a las gemelas que están tumbadas en el sofá tranquilitas.

—Chicas, ¿por qué no subís y os vais poniendo los vestidos? —les pregunto cuando ya termino de desayunar y tengo la intención de hacer mi maleta sin que se enteren. Sin rechistar, apagan la tele corriendo para subir a ponerse sus vestidos. Subo tras ellas y comienzo a hacer mi maleta.

A falta de media hora para que llegue la tal limusina, estoy aún con el pijama y peinando a las niñas que, ya con sus vestidos puestos, no dejan de mirarse en el espejo y jugar con ellos.

—Mamá, ¿tú vas a ir en pijama? —ambas sueltan una risita.

—No —sonríó concentrada en el peinado de ambas. Quiero que estén perfectas.

—¿Te vas a poner el vestido de boda como Irene?

Miro a Mandy a través del espejo.

—No es de boda cariño. Es blanco y ya está.

—Da igual, ¿te vas a poner ese? —pregunta de nuevo interesada.

—¿Y quién te lo ha regalado? —añade Yasmina.

Respiro hondo y finalmente decido ser sincera con ellas. Total, pronto van a conocer toda la verdad.

—Me lo ha regalado Marcus.

—¡Hala! —exclaman ambas llevándose las manos a la boca. Qué graciosas.

—¿Te vas a casar con él, mami? —la pregunta de Yasmína hace que el cepillo que llevo en la mano se me resbale cayendo al suelo.

Lo agarro y con manos temblorosas termino al fin sus peinados.

—Anda, id abajo y esperadme que voy a vestirme.

—¿Pero te casas o no? —insisten al mismo tiempo.

Las miro a ambas con una sonrisa de medio lado. Son más listas de lo que yo pensaba.

—Es secreto —me llevo un dedo a los labios y les guiño un ojo.

Ambas ríen y bajan corriendo al salón. No sé si habrán captado que sí me casaré con él y que guarden el secreto o, directamente, no se lo han creído. Aún así, dejo que ellas mismas hagan sus cavilaciones.

Una vez duchada, con el vestido puesto y tras media hora en el baño peinándome, me he mirado una vez más al espejo y he bajado a la entrada.

—¡Mami, qué guapa! ¡Es que pareces una novia! —gritan ambas a mi alrededor y tocando mi vestido.

—Me alegro que os guste, es precioso la verdad —observo a ambas—. Vosotras parecéis dos princesitas ¿eh?

El corazón me late a mil por hora. ¿Qué pensarán todos los invitados al verme con este vestido? Es obvio que es un vestido de novia. Pero está bien, lo voy a hacer por Marcus y por las niñas. Y más le vale que vaya a cumplir de verdad mi deseo porque si no me hará quedar fatal en la iglesia.

Como bien me dijo Marcus ayer, a la once en punto el manager de *4Kats* está en la puerta con una limusina blanca preciosa. Está decorada con flores blancas y rosas. No puedo creerlo. Es como un sueño. Las niñas no dejan de saltar de la alegría y por más que intento que se estén tranquilas es imposible. Ambas se sientan a mi lado y una vez ya en marcha comienzo a retocarme un poco los labios dándoles brillo. ¡Ay! ¡Me va a dar algo! Saco del bolso el aparato del asma y lo tomo una vez más, no puedo decaer en el último momento. Respiro e inspiro durante todo el camino hacia la iglesia mientras las niñas comienzan a cantar canciones de *4Kats* que van sonando en la radio que el manager acaba de encender.

Se me hace eterno el trayecto hacia la iglesia. Tras largos minutos de viaje, miro de nuevo por la ventanilla, los paisajes ya van más lentos.

—Ya casi hemos llegado —dice el mánager.

Las niñas se pegan a la puerta dispuestas a salir, pero las retengo con la mano. No puedo creer lo que veo. El coche se ha parado frente a la puerta de la iglesia. Pero la puerta no está vacía. A ambos lados de ella hay dos filas llenas de gente dejando un pasillo entre medias. Hay caras que reconozco, pero hay muchas otras que no. También veo cámaras de televisión y hasta guardas de seguridad.

¿Qué está pasando?

De repente, localizo entre el gentío a Irene y Mario, ambos vestidos muy elegantes, pero no con la apropiada vestimenta para casarse. ¿Y por qué están junto a los invitados en vez de en el interior de la iglesia? Todos miran atentos a la limusina donde nos encontramos las niñas y yo a punto de salir. ¿Es que nos están esperando a nosotras? Entonces Stefan se abre paso entre la gente y es quien me abre la puerta. Todo el mundo aplaude al tiempo que las niñas salen. Desy (guapísima, por cierto), se acerca a ellas y les susurra algo al oído mientras les da una cesta con pétalos a cada una. Tras este detalle, se quedan mirándome emocionadas y sonrientes.

Sigo sin entender nada.

Stefan aún permanece con una gran sonrisa al lado de la puerta del auto, esperando a que salga.

—Adelante, estás bellísima.

Trago saliva y alcanzo su mano que acaba de estirar hacia mí para ayudarme a bajar.

—Sorpresa —le leo los labios entre los vítores del gentío.

Aún enmudecida, caminamos por el pasillo de gente. Así que todo estaba preparado, la que se casa hoy soy yo, no Irene.

No puedo creerlo.

Los ojos me brillan de la emoción y mientras voy agarrada del brazo de Stefan voy mirando de reojo a todos aquellos rostros sonrientes a ambos lados. Irene y Mario me guiñan un ojo y puedo apreciar que Irene está llorando, ya que se restriega un pañuelo blanco por las mejillas. Al otro lado, encuentro a Andreas que leo en sus labios un “guapa”, de seguido encuentro el pelo rojizo de Nina y a su lado a Jon que la tiene agarrada por los hombros. Ambos me sonrían como nunca. Por último, reparo en Martin y su novia Sarah, guapísimos y aplaudiendo aún más fuerte cuando paso delante de ambos. Miro entonces al frente y veo a Desy que camina en medio de las gemelas quienes

van tirando los pétalos con energía hacia arriba, cayendo seguidamente sobre el suelo. Una vez atravieso el umbral y piso la iglesia me da un vuelco. A punto estoy de desmayarme al reconocer a Marcus Ackerman a lo lejos con las rastas recogidas en una coleta baja y de traje. Es lo más impresionante que he visto nunca. Ver a Marcus por vez primera de traje. Madre mía. Decir que estaba guapísimo es quedarse corto. Brillaba como nunca lo había hecho antes. Noto cómo Stefan, que sigue a mi lado, me aprieta la mano y hace que sonría y me tranquilice. Pero eso no es todo, mientras caminamos lentamente por el largo pasillo donde el sacerdote espera en el altar, una melodía comienza a sonar por toda la iglesia. Es una pieza a piano y la reconozco nada más empezar. ¡Es *I'll be there!* Miro a todos lados intentando buscar de dónde proviene. Entonces reparo en el hermoso piano que se encuentra en el segundo piso. Marcus lo ha cumplido. Está sonando para mí. Justo como le pedí en la lista de deseos. Los ojos se me anegan de lágrimas en ese momento y caen por mis mejillas. Madre mía, no puedo creer lo feliz que me siento ahora mismo. Jamás pensé que podría llegar a sentir tal felicidad. Stefan me sigue conduciendo hacia Marcus que me espera con una sonrisa de medio lado irresistible. Las niñas, al llegar antes que nosotros, toman asiento en el banco de la primera fila junto a Irene y Mario. Desy, la que sería mi madrina, se coloca al lado izquierdo de Marcus esperando a que yo llegara, de pie y emocionada. También se seca las lágrimas con un pañuelo al igual que su madre minutos antes. Marcus me mira con ojos brillantes, yo le sonrío tímidamente y, éste, sin quitar esa media sonrisa de sus labios, extiende al fin su mano hacia mí.

—Es toda tuya —susurra Stefan a su gemelo, soltándome y colocándose a su derecha como padrino del novio.

Agarro con nervios la cálida mano de Marcus. El contacto hace de nuevo estremecerme como aquella primera vez, aquel día, hace ya cinco años.

Los nervios son los mismos, quizá incluso mayores.

—Estás preciosa —me susurra al oído.

—Tú también estás muy guapo —consigo hablar al fin.

Me entran ganas de besarle allí mismo, pero no, debo esperar a finalizar la misa. La melodía sigue sonando aunque ya más baja para poder escuchar al sacerdote que con un micrófono comienza a dar la misa.

Nuestras sonrisas duran la hora exacta. En el momento de los anillos, es Stefan quien se los entrega a Marcus. Primero fue mi turno. Sé de memoria lo

que viene ahora, ya que aunque parezca una chorrada, cuando éramos pequeñas Desy, Nina y yo jugábamos a las bodas y a casarnos y acabamos aprendiéndonos los votos.

Tras decir los míos le tocó el turno a Marcus. Escuchar su voz tan clara y sincera me hizo estremecer de arriba abajo.

—Yo, Marcus Ackerman, te tomo a ti, Meredith, para ser mi esposa, mi socio en vida y mi amor verdadero. Acariciaré nuestra unión y te amaré cada día más que el anterior. Confiaré en ti y te respetaré —me mira a los ojos. Los suyos parecen a punto de soltar un par de lágrimas al igual que los míos. Bueno, rectifico, acaban de caer por mis mejillas un par de ellas. Él continúa recitando—. Reiré y gritaré contigo, amándote en las malas y en las buenas épocas, sin importar los obstáculos que podamos hacer frente. Juntos. Siempre juntos —me agarra entonces ambas manos—. Te doy mi mano, mi corazón y mi amor, a partir de este día en adelante hasta el resto de nuestras vidas... —se le quiebra la voz al final.

No sé si alguien más lo ha notado, pero yo sí. Nunca había visto a Marcus tan nervioso y emocionado. Sin despegar la vista de él, escucho las palabras finales del sacerdote:

—Bien, yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Entonces Marcus me suelta ambas manos y lentamente me agarra con delicadeza la barbilla y se va aproximando a mí. Toda la iglesia está en silencio, emocionada y expectante. Tan solo se escucha de fondo la armoniosa melodía que parece provenir del cielo.

—Meredith —me dice mirando mis labios y mis ojos de forma arbitraria—. Te amo.

No puedo evitar sonreír. Lo ha cumplido. Me ha dicho “te amo” mientras de fondo se escucha la canción que le pedí.

—Yo también te amo —consigo decir, feliz.

Entonces nos besamos dulcemente y un largo rato. Saboreando aquel beso con el que tantas veces he soñado. Todos los invitados se ponen en pie y aplauden acompañado con silbidos. La música ya apenas se escucha porque los aplausos y vítores destacan por encima de todo. Una vez finaliza la misa, las niñas corren a abrazarnos. Una a Marcus y otra a mí. Luego se intercambian.

Creo que es hora de decirles la verdad.

—¡Ahora eres nuestro papi! —grita de repente Amanda interrumpiendo lo

que justo iba a decirles.

Amanda añade:

—¡Marcus! ¿Vas a ser nuestro papá ahora? ¡Porque te has casado con mamá!

Marcus y yo nos miramos y sonreímos entendiéndonos perfectamente. Ambos estamos pensando en lo mismo, puedo leer su pensamiento como un libro abierto, al igual que él a mí. Las pequeñas solo tienen cinco años, es mejor no contarles nada del pasado por ahora. Entienden el concepto de casarse y saben que ahora Marcus se convierte en su padre, así que ¿para qué contarles algo que ya dan por verdadero? Ya en un futuro, cuando sean más mayores y puedan entenderlo Marcus contará la verdad. Por ahora, es mejor así para todos.

—¡Sí! —responde Marcus subiendo en brazos a Mandy—. ¿Qué os parece tener de papá al más guay de *4Kats*, eh? —dice bromeando como siempre.

—¡Genial! —gritan ambas abrazadas a él.

Poco a poco se van acercando todos a darnos la enhorabuena. Enseguida llegan las cámaras de televisión y demás medios que empiezan a preguntarnos. Marcus es quien, con elegancia y simpatía, va contestando uno por uno. Me alegra ver que está haciendo todo esto por mí y por las niñas. Tras salir de la iglesia nos dividimos en los coches. No han querido decirme a dónde vamos y hasta me han tapado los ojos con una venda. Marcus, a mi lado, intenta que no haga trampas.

—Te va a gustar —me dice cada vez que intento adivinar el lugar.

Capítulo 38

—Venga, ya hemos llegado. Puedes quitarte la venda.

Una vez ya fuera del coche, me deshago de la venda y abro la boca de par en par.

—Es precioso... —me quedo sin palabras.

No sé cómo describir el lugar. Es de cuento. Todo es campo, como si estuviéramos en mitad de un bosque encantado. El verde destaca por encima de todo y hasta un arroyo se puede escuchar de fondo. Es un paisaje mágico. He vivido en el campo durante toda mi vida, pero puedo decir que este paisaje supera todo aquello. Observo cómo las enormes hojas de los altos árboles dejan traspasar tímidos rayos de sol.

—¿Y los demás?

Me doy cuenta de que solo está nuestro coche. Las niñas se subieron en el coche de Stefan con Desy, así que ahora estamos Marcus y yo solos.

—Esperándonos para comer.

Me da la mano y tras caminar por un pequeño sendero llegamos hasta una enorme tienda blanca. No sé muy bien cómo describirla, nunca antes he estado en una parecida. Es como una tienda de campaña pero a lo grande. No tiene puerta, solo un tejado de tela y bajo ella varias mesas rebosantes de rica comida. Allí están todos los invitados. Me doy cuenta de que ya no hay cámaras ni ningún medio de comunicación, solo nosotros junto a nuestros seres queridos.

—¡Ya vienen! —escucho a la pequeña Amanda gritar.

La tarde pasa enseguida comiendo en el campo, y la verdad es que jamás hubiera imaginado que *4Kats*, un grupo de ciudad, llegara a comer en mitad del campo. Daba igual nuestras elegantes galas, estábamos pasándolo genial y no importaba nada más. Esto era lo que más me gustaba, me sentí muy querida y agradecida por todo lo que habían organizado.

Ya comenzaba a atardecer cuando, en un momento en el que pusieron música y la gente comenzaba a bailar, Marcus y yo nos escapamos para tener algo de intimidad. Llegamos hasta un acantilado precioso donde más allá se podían ver valles y demás pueblos pequeños. Un paisaje maravilloso. Nos tumbamos sobre el césped y agarrados de la mano observamos cómo el sol comienza a esconderse tras el valle muy como a cámara lenta. Mientras tanto, voy pensando en cómo decirle que en cuanto llegue a casa me marchó a París. Ésta será la parte más dura y horrible del día. Creo que comienza a notar mi respiración acelerada, ya que de repente me suelta la mano.

—¿Te encuentras bien, Mere? —decido no mirarle, pero éste se coloca frente a mí—. ¿Quieres que volvamos con los demás?

—No, no tranquilo. Prefiero estar contigo —sonrío débilmente, pero sigue notándome diferente y decide insistir.

—Mi niña —me da un suave beso en los labios—. ¿Sabes que a partir de hoy todo será estupendo, verdad? —el corazón me late con rabia—. ¿Sabes que estaré a tu lado pase lo que pase, no? —una lágrima se escurre por mi mejilla de inmediato y éste frunce el ceño—. No debes preocuparte, siempre estaré contigo. Yo voy a...

Bien, ha llegado el momento. Las palabras van salir de mi boca en unos segundos.

—Mañana me voy a París —le interrumpo sin pensarlo dos veces.

—¡¿Qué?!

El sonido del viento es lo único que se escucha en este momento tan importante para ambos.

—¿Qué estás diciendo? No digas tonterías —suelta una pequeña risa, pero yo sigo seria.

—Marcus, ya está decidido. Tengo el billete, me voy de madrugada —hago una pausa—. Yo sola —me sigue mirando incrédulo, pero prosigo antes de que decida interrumpir de nuevo—. Ahora, escúchame. Quiero que me prometas que...

—No vas a irte —niega con la cabeza repetidas veces y con lágrimas en los ojos—. No vas a irte sin mí.

—Marcus, no lo pongas más difícil... —mi voz apenas es ya reconocible entre el nudo en la garganta y los constantes sollozos.

Decido levantarme y éste me imita colocándose frente a mí a pocos centímetros de mis labios.

—¿Es que no has escuchado mis votos? —coloca sus manos sobre mi cuello suavemente dejándome atrapar por su mirada—. ¡Los votos son promesas! Promesas que voy a cumplir —hace una pausa y mirando al cielo reproduce una parte de los votos que hace apenas unas horas ha dicho en el altar—. “Te doy mi mano, mi corazón y mi amor, a partir de este día en adelante hasta el resto de nuestras vidas...”.

Bajo la mirada al suelo intentando de este modo salir de su encanto.

No, debo irme sola, no puede venir.

—Marcus. Por favor, déjame marchar. No quiero que sufráis el día que... —me interrumpe y me agarra de la barbilla haciendo que le mire a los ojos.

—Meredith, joder. ¡No me hagas esto! Las niñas no sabrán nada, no sufrirán, no por el momento, les diremos que nos fuimos de luna de miel. Se quedarán con Stefan y los demás. Pero no me dejes solo, no sin ti.

Entonces caigo en su magnetismo de nuevo y como dos adolescentes que por primera vez tienen contacto con el sexo opuesto nos dejamos llevar por la pasión, por la rabia, por el dolor, por todo aquel sentimiento que ambos compartimos en esos momentos. Terminamos tumbados de nuevo en el césped. Las caricias aumentan cada vez más. Nuestras respiraciones van al compás y de una forma tan acelerada que ni siquiera podemos escuchar otra cosa que no sean nuestros propios suspiros y jadeos. Volver a sentirle dentro de mí es como volver a aquel primer día; aquella felicidad en la que al fin sentí lo que era el amor verdadero.

Capítulo 39

Abro los ojos lentamente, los tímidos rayos de sol hacen que los abra, ya que se proyectan en mis ojos haciendo que se me irriten aún más. Escucho el piar de los pájaros aún con la ventana cerrada. Toso varias veces seguidas. Oh, la garganta. Tengo un dolor irremediable. De pronto, la puerta (¿hay una puerta?) se abre. Una mujer joven vestida de enfermera llega hasta mí.

—¿Te encuentras mejor? Te traigo el desayuno —la mujer de acento francés deja la bandeja al lado de una mesilla en la que ni había reparado.

Estoy en una camilla llena de cables por todo el cuerpo. Intento hacer memoria. Hará un mes que he llegado a París. Sola. Me despedí de Marcus con una nota aquella última noche que pasamos juntos. Quiso venir conmigo y a punto estuve de ceder, pero en la nota le dije que no viniera, que si de verdad me quería que se quedara con las niñas. Mi móvil no ha parado de sonar desde entonces pero nunca se lo llegué a coger. Tampoco sabe mi dirección de hotel. La soledad se ha acaparado de mí durante este largo mes de agosto. He llorado a cada momento, deseando abrir la puerta y volver a irme a Leipzig junto a todos. Junto a mis niñas. Ni siquiera me despedí de ellas. Tan solo besé sus frentes cuando estaban dormidas. No sé ni siquiera lo que Marcus les habrá contado sobre mi ausencia, pero confío en él. Sé que se le habrá ocurrido cualquier cosa.

La enfermera, hablándome en inglés y con acento francés, hace que vuelva a la realidad.

—Por favor, desayune algo, ¿vale? —señala la bandeja que me ha dejado.

—¿Dónde estoy? —susurro lentamente.

No se me ocurre otra cosa qué decir. Solo recuerdo el hotel. Ayer estaba viendo la televisión cerca de la medianoche y ya no recuerdo más.

—En un hospital de París. El personal del hotel entró en su habitación anoche y la encontraron inconsciente —intentó moverme un poco, pero gimo de dolor.

Las costillas parecen tan frágiles... Todo mi cuerpo parece tender de un pequeño hilo. Debo estar en mis últimas horas. De pronto suenan unos golpecitos en la puerta. La enfermera se acerca y abre. No consigo mirar hacia allí, mi mirada sigue perdida en un vacío lleno de oscuridad. La voz de Marcus. Estoy escuchando su voz. Tras un mes aún la recuerdo. ¿Cómo puede ser que la escuche tan clara y tan real?

—Déjeme verla, soy su marido.

Sonríó un poco y me llevo la mano al pecho. Mi corazón se está apagando lentamente y sigo escuchando su voz muy cerca de mí. Una lágrima de felicidad cae velozmente por mi mejilla izquierda.

—Creo que sería mejor dejarla. Ya no hay nada que hacer, lo siento.

La voz de la enfermera de nuevo. ¿Cómo es posible que también esté escuchando ella la misma voz que yo?

Cierro los ojos lentamente, cada vez me siento más y más pesada; y la oscuridad se va apoderando de mí.

—¡Me da igual! —Marcus ha alzado la voz—. ¡Tengo que verla!

Parece que empuja a la enfermera y se abre paso.

—¡Tengo que llamar a seguridad! ¡No se admiten visitas! —Y entonces se oyen pasos acelerados hasta mí.

Mi respiración es cada vez más corta y débil. De pronto, alguien me agarra la mano. Aún puedo sentir esa caricia. Es tan real...

—Meredith, soy yo, Marcus. Estoy aquí. No me preguntes cómo pero estoy aquí, contigo. Mírame, por favor... —le siento muy cerca esta vez. ¿Marcus? ¿Está aquí? Consigo abrir los ojos notando mis párpados cada vez más pesados—. Mi vida, soy yo.

Entonces veo su rostro al fin. Sus lágrimas caen sobre mis mejillas mezclándose con las mías.

—Marcus... —susurro sin apenas abrir los labios—. Lo... Lo siento.

—No digas tonterías. Tenías que haberme dejado el nombre del hotel. Me ha llevado tiempo encontrarte pero ya estoy aquí. ¿Por qué? ¿Por qué tienes que marcharte?! —alza la voz un poco, pero luego la suaviza tras darme un beso en los labios lentamente—. Te amo, Meredith. Las niñas te van a echar mucho de menos y yo... yo... —no consigue decir nada derrumbándose allí mismo.

—Tú me has alargado la vida —termino yo la frase—. Gracias por... —trago la poca saliva que me queda—. Gracias por todo. Por hacerme tan

feliz. Siempre te querré... —mis ojos se cierran sin más y mi cuerpo ya no reacciona a mis órdenes.

—¿Meredith? ¿Mere? —noto su mano haciendo fuerza contra la mía.

—¡Chico! ¡Tienes que salir! —varias voces masculinas y femeninas acaparan mi alrededor.

De repente, ya no noto nada. Solo puedo escuchar en la lejanía, pero poco a poco las voces, los sonidos... Todo se vuelve más y más lejano.

—¡Meredith! ¡Recuerda, estamos destinados! ¡Seguiremos juntos! ¡Te quiero! —la voz desgarradora de Marcus Ackerman es lo último que escucho.

De repente, todo se vuelve completamente diferente.

*

¿Dónde estoy? ¿Es el cielo? Estoy volando. Sí, flotando. ¿Alguna vez os habéis tumbado en una colchoneta sobre las olas del mar y con la vista fija en las nubes del cielo azulado? Así es como me siento ahora mismo. Siento que estoy flotando. A mi alrededor todo es azul con nubes blancas que atraviesan mi cuerpo con facilidad. Me siento bien y tan feliz... Ya no siento dolor alguno. Estiro los brazos y observo el paisaje más detenidamente. No hay nada. No hay nadie. ¿O sí? Una figura se está acercando a mí a través de la neblina. Es entonces cuando mis ojos se abren de par en par al reconocer la silueta.

—Estoy contigo, Meredith.

—Marcus —de mi boca solo sale su nombre.

¿Qué hace él aquí? La única manera de llegar aquí es a través de...

No.

No puede ser, ¿no será que...?

Le miro a los ojos. No puede ser verdad.

—¿Qué has hecho, Marcus?

De pronto, la imagen de Marcus en mitad de la carretera y en coma me viene a la mente como un fogonazo. Como si desde allí, donde fuera que estuviese, pudiera ver lo que ocurría en la Tierra. ¡Marcus ha intentado suicidarse a la salida del hospital! Entre sollozos y rabia del dolor ha cruzado la carretera en el momento en que un coche pasaba a gran velocidad. ¿Por qué lo ha hecho?

Mi rostro es totalmente de enfado, pero Marcus sonríe abiertamente

acercándose aún más a mí.

—No —le freno colocando mis manos sobre su pecho—. No está bien. Tienes que volver a casa.

—Pero ¿qué dices? —deja de sonreír al ver que sigo rechazándole con mis manos—. El destino ha querido que estemos juntos y aquí estamos. Juntos para siempre.

Niego con la cabeza repetidas veces.

—Pero el destino solo me eligió a mí. Lo que has hecho tú es distinto. Esto no es el destino, tú pudiste elegir. Morir ahora no era tu destino. Tienes que volver con las niñas, con tu hermano, con tu grupo... Todos los demás te necesitan.

Marcus frunce el ceño sin entender. De pronto, da un respingo. Ambos sabemos por qué. Su cuerpo, casi en estado vegetal, está siendo reanimado en estos momentos por los médicos.

—Aún estás a tiempo. Marcus, por favor. Márchate —una lágrima cae por mi mejilla al tiempo que sonrío—. Tu destino está con ellos, no conmigo.

Parece pensárselo varios segundos. Coge aire y apartando mis brazos de su pecho me abraza una última vez. Le sigue una última mirada y un último beso.

—¿Seré un buen padre sin ti? —dice ya retrocediendo y a la vez alejándose de mi campo de visión.

—Lo serás. Y yo os protegeré desde aquí. Nos volveremos a ver, Marcus —digo adiós con la mano.

Su figura ya apenas es visible, pero escucho su voz en la lejanía una última vez:

—Claro que nos volveremos a ver, estamos destinados ¿no?

Asiento levemente con la cabeza y cierro los ojos de repente. Otro fogonazo me viene a la cabeza y consigo ver lo que está ocurriendo en la Tierra. Sonrío feliz dejando resbalar un par de lágrimas sobre mis mejillas.

Lágrimas de felicidad.

Marcus acaba de despertar volviendo de nuevo a la vida y está mirando al cielo. Le guiño un ojo desde aquí y ambos sonreímos seguros de que tarde o temprano nuestras almas volverán a estar juntas.

EPÍLOGO

Todos están preparados. Algunos agazapados tras los sofás, otros escondidos tras las cortinas.

—¡Apaga la luz, Marcus! ¡Están llegando! —exclama Desy medio agachada bajo la ventana donde ya divisa a sus dos sobrinas bajando del coche y aproximándose a la puerta.

Marcus apaga la luz corriendo y se esconde tras la puerta. Comienza a contar en bajito hacia atrás:

—Tres..., dos..., —la puerta se abre—. Uno....

—¿Por qué está todo apagado? —la voz de Yasmina les da la señal para encender de pronto la luz del salón y salir de sus escondites.

—¡Feliz cumpleaños, chicas!

Las gemelas, recién llegadas de un viaje de fin de curso con el instituto, no se esperaban para nada este recibimiento, por lo que se llevan las manos a la boca sorprendidas al ver a todos allí con sombreritos y un montón de regalos sobre la mesa.

Todos se abrazan a ellas que lloran de la emoción.

—Papá, yo te mato... —dice Amanda bromeando al ser abrazada por Marcus.

—¿Qué tal sientan esos quince años?

—Déjame asimilarlo anda.

Desy y Stefan, recién casados hace apenas un mes, se acercan a dar sus regalos. Y así, sucesivamente, con el resto de invitados. Había tarta, música y baile. Todo lo indispensable para que las gemelas estuvieran contentas. Pero aún faltaba un gran detalle por parte de Marcus.

—Venid, chicas —les dice cerca del atardecer.

Ambas siguen a su padre caminando fuera de la casa.

—¿A dónde vamos? —pregunta Yasmina una vez dentro del coche de Marcus.

—Os va a gustar —dice solamente, al tiempo que pone en funcionamiento el motor.

A punto está de abrirse paso la noche cuando llegan hasta el lugar que Marcus ha elegido mostrar a sus hijas. Un acantilado, un valle enorme y un sol escondiéndose tras las montañas rodean ahora mismo su campo de visión.

—Vaya, papá. Es precioso —dicen ambas emocionadas tras escuchar a su padre el significado tan importante de aquel lugar.

—Sí, aquí estuve con vuestra madre hace ya diez años —concluye posando sus brazos por las cinturas de ambas.

—Ojalá pudiera vernos —resopla una emocionada Yasmina.

De pronto, el viento sopla con fuerza haciendo caer varias hojas de los árboles sobre sus cabezas. Los tres miran hacia arriba y luego posan la mirada en el sol que acaba de desaparecer dejando asomar las tímidas estrellas de la llegada de la noche.

—¿Acaso no la sentís? —Marcus cierra los ojos al mismo tiempo que mete aire en sus pulmones de forma exagerada.

Ambas le imitan llenando de aire sus ya grandes pulmones.

—Sí, es verdad. Está aquí con nosotros —afirma Amanda al tiempo que varias lágrimas caen por sus rosadas mejillas.

—Os está felicitando el cumpleaños de alguna manera.

Ambas sonrían e invitan a su padre a que les cuente cómo se conocieron. Ya conocen la historia pero les encanta escucharla de nuevo una y otra vez, imaginándose el rostro de su madre, feliz.

FIN